
HISTORIAS 5 - 8
Millonarios de
MANHATTAN
ELSA TABLAC

Contenido

Millonarios de Manhattan: Historias 1-4

Primera edición: Mayo 2024

Fuego en la mirada
Millonarios de Manhattan

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

LILY

—No sé si voy a poder ocuparme yo de este asunto —dije, cerrando de un plumazo la carpeta con la información sobre el caso Byrd.

Jocelyn, mi jefa en el despacho de abogados, parpadeó incrédula. Era la primera vez que yo sugería la posibilidad de rechazar a un cliente. Tenía mis motivos, por supuesto. Motivos inconfesables. Y el escalofrío que había recorrido mi espalda cuando vi el nombre y la foto de Nick Byrd entre aquellos papeles me decía que estaba haciendo lo correcto.

Ese hombre, bien lejos.

Jocelyn golpeó la mesa con su bolígrafo, impaciente.

—¿Lo conoces?

—¿Cómo?

—A Byrd.

—No tengo el gusto —mentí, y me sentí culpable al instante. Yo era una abogada joven que aún no se sentía cómoda del todo maquillando las verdades.

Jocelyn clavó sus ojos azules en los míos. Era mi mentora en el bufete de abogados, el espejo en el que me miraba desde hacía tiempo, y en ese momento tenía la sensación de que estaba obviando lo bien que ya me conocía.

Yo, por mi parte, esperaba que insistiese. Cuando a Jocelyn se le metía algo entre ceja y ceja no desistía hasta salirse con la suya. Y sin embargo, recogió la carpeta que había puesto en mis manos y se despidió.

—No hay problema —murmuró—. Le preguntaré a Vivian si le puede hacer un hueco.

Creo que si Jocelyn se hubiese quedado dos segundos más en mi despacho habría saltado de nuevo sobre esa dichosa carpeta. Se la habría arrebatado y le habría dicho, entre dientes, que sí, que vale, que yo me ocuparía de sacar a Nick Byrd de la cárcel. De librarlo del maldito embrollo en el que se había metido aquel idiota.

Pero Jocelyn ya había desaparecido por el fondo del largo pasillo, en busca de Vivian.

Viv, sin embargo, no estaba en su despacho. Esto yo sí lo sabía y había mantenido el pico debidamente cerrado. Mi compañera se había marchado a casa hacía dos horas, alegando un sospechoso dolor de

cabeza, sin avisar a nadie más que a mí. Quién sabe, tal vez se había olido, con esos extraños poderes extrasensoriales de los que hacía gala de vez en cuando, que estaba a punto de caerle sobre la mesa un marrón importante. A veces me preguntaba por qué Vivian era abogada en lugar de bruja. O tal vez siempre fue las dos cosas.

Me levanté de mi elegante silla de cuero y di unas vueltas por el despacho, nerviosa. Instintivamente cogí mi teléfono móvil. Después lo solté de nuevo, agarré la regadera y vertí un poco de agua en los ficus semi mustios que me hacían compañía.

No podía ocuparme del caso de Nick Byrd, porque, efectivamente, ya lo conocía y las cosas no habían terminado precisamente bien entre nosotros.

Habían pasado dos años. Fue el mes antes de empezar a trabajar en la firma de abogados Bolt and Associates. Bolt es Jocelyn Bolt, mi maestra, mi guía, mi faro en la noche en mitad de un mar embravecido. O sea, mi jefa.

Conocí a Nick Byrd de una de las maneras más neoyorquinas posibles: en el ferry que va hasta Staten Island. Lo tomé una mañana en la que quería desesperadamente navegar, o lo más parecido a ello, y acabé subida en aquel barco que va hacia el sur de Manhattan.

Creo que merece la pena resumir la historia; pues terminó de forma brusca al cabo de tres semanas, de la forma más rastrera posible.

Yo estaba en la barandilla del barco, mirando hacia el infinito, pensando en el poco rumbo de mi vida y en qué haría si no conseguía el puesto en el despacho de Jocelyn Bolt.

Y entonces Nick Byrd se acercó a mí.

Allí mismo, en la cubierta del ferry.

Era rico. Millonario. Multimillonario.

Lo parecía, se comportaba como uno de ellos, lo exudaba por cada poro de su piel.

Y yo me pregunté qué hacía un hombre como él, que seguramente tenía poder adquisitivo como para tener un helicóptero sobre su propio techo, en el ferry que se desliza a lo largo de Manhattan.

Nunca lo supe.

Tal vez porque Nick Byrd era experto en ocultar verdades y desplegar mentiras.

Tres semanas. Eso fue exactamente lo que duró nuestro romance, nuestra montaña rusa.

Pasaron tres semanas y Nick desapareció de mi vida tal y como llegó: envuelto en niebla. De repente no contestaba mis mensajes y llamadas, las pocas que hice, y no había nadie en el ático en el que vivía en Park Avenue cuando me comí mi orgullo y, desesperada, fui a verlo. Era como si, literalmente, se lo hubiese tragado la tierra.

Y así subsistí las siguientes semanas, cuando en realidad debía estar

feliz por empezar a trabajar en el despacho de abogados de mis sueños. La boca de mi estómago se cerró. Perdí seis kilos y mientras me bajaba de la báscula me juré a mí misma que no volvería a confiar en un hombre.

Nick Byrd había decidido esfumarse al día siguiente en que decidí hacer partícipe de aquella relación volcánica a mis padres. Les dije que estaba saliendo con alguien especial.

Y al cabo de unas semanas reuní el valor para decirle a mi madre que esa historia se había terminado. Y lo peor: no tenía un motivo. Ni siquiera unas palabras de despedida. Aunque, ¿qué importaba ya eso?

Y así, con ese panorama desolador, me dediqué a trabajar. Me dediqué en cuerpo y alma a Jocelyn Bolt, a mi trabajo de abogada. Pasaron los meses y de repente era feliz, estaba ocupada. Y lo mejor: no tenía que preocuparme por un hombre.

Supongo que cualquiera entendería mi estado de agitación, las turbulencias que me invadieron, cuando esa mañana llegué al despacho y Jocelyn me propuso que acudiese rauda y veloz a sacar a Nick Byrd de la cárcel.

Lo primero que sentí fue incredulidad.

Lo segundo, unas increíbles ganas de reír. A carcajadas.

Lo tercero fue darme cuenta de que en todos y cada uno de los setecientos treinta días que nos separaban había pensado en él, aunque fuese un microsegundo, porque me había cruzado con alguien que llevaba su perfume, porque había tecleado distraídamente su nombre en Google cuando en realidad pretendía buscar información relacionada con el cayo que estuviese en mis manos, o porque estiraba la mano en mi colchón y ansiaba su presencia en secreto.

En el fondo cualquier excusa era buena.

Nick Byrd se había convertido en un fetiche secreto, una memoria que recuperaba a mi antojo, cada vez menos dolorosa, convertida en un fantasma que se instalaba en mis carnes. Y que volvía a excitarme como si me tocase.

¿He dicho ya que era *secreto*?

Dejé las plantas en paz, respiré hondo y salí en busca de Jocelyn.

Atravesé la planta décima y llamé a la puerta de su despacho.

—Adelante —oí al otro lado.

Me di cuenta de que estaba ridículamente nerviosa. Ella, por su parte, guardó a toda prisa en su cajón de las golosinas la bolsa de *snacks* en la que estaba hurgando.

—¿Tienes un segundo? —pregunté.

—Claro.

—¿Has encontrado a Vivian?

Negó con la cabeza. No sé si era porque en realidad no la había buscado y ni siquiera era consciente de que no estaba en la oficina.

—¿En qué puedo ayudarte, Lily?

—¿Sigues buscando a alguien que se ocupe de lo de Nick Byrd?

—¿Lo has pensado mejor?

Exhalé.

—Creo que puede hacerle un hueco.

Me moría de ganas de decirle que lo que en realidad me interesaba era averiguar cómo había acabado alguien como él en la cárcel. Y por qué, entre todos los abogados de Nueva York, había solicitado los servicios de Jocelyn Bolt. No me cabía ninguna duda que, según los negocios que Nick manejaba, debía tener siempre cerca un abogado. ¿Por qué quería ahora a Jocelyn? ¿Y por qué ella había decidido pasarle aquel asunto a alguien de su equipo? A mí, en concreto.

Eran demasiadas incógnitas como para no arriesgarme a perder la cordura que había recuperado en esos dos años de bendita ignorancia. Pero también pensé que podría manejarlo bien. Que estaba *curada* de aquella enfermedad llamada Nick Byrd.

La jefa me extendió de nuevo la documentación.

—Hay una cosa que no entiendo —dije—. ¿Por qué nosotros? Creía que Nick Byrd era alguien con muchísimo dinero. Con un abogado de confianza propio, integrado en su equipo.

Jocelyn me miró.

—Lo conoces, ¿verdad?

No tenía mucho sentido seguir negando la evidencia.

—Sé quién es.

Era un eufemismo, Jocelyn no tenía ni un pelo de tonta.

—Entonces va a ser interesante para ti. Un reto, supongo. Y a decir verdad, me preocupaba que hubieses rechazado a este cliente por motivos personales que no pareces muy dispuesta a compartir conmigo.

Abrí la boca para contestar. Jocelyn era implacable, pero también justa. Levantó el dedo para que no hablase:

—He leído el informe —dijo—. El motivo por el que te he pasado el caso es porque, aunque es un cliente de peso, y cuando digo de peso me refiero a que tiene mucho dinero, está bastante claro que es inocente de los cargos que se le acusan. No deberías tener problemas para ayudarlo. Te he visto salir de atolladeros mucho peores. Y si, por casualidad, Nick Byrd te debe algo, ahora podrás cobrártelo con creces.

CAPÍTULO 2

NICK

—Byrd. Tu abogada está aquí. Te espera en la sala ocho.

Solo oí la voz del guarda. Ni siquiera se dignó a asomarse al habitáculo que me habían asignado en la tercera planta del Correccional de Attica. Aún así, los nervios afloraron. Sabía muy bien que la posibilidad de que fuese Lily Sinclair quien apareciese por allí era real. Aunque remota. Remotamente real.

Me levanté y salí de mi celda acompañando al oficial del turno de tarde.

Llevaba cuatro días privado de libertad y la incredulidad empezaba a disiparse. Después de la inesperada renuncia de mi abogado —él no quería problemas con la familia Viotto, y eso era algo que podré llegar a entender en el futuro—, había recurrido al primer despacho que me vino a la mente: el de Jocelyn Bolt, a pesar de que sabía muy bien que Lily aún trabajaba allí.

Atravesamos los pasillos del Correccional en silencio, a pesar de que el oficial que acompañaba, o más bien me custodiaba, estaba de un inusitado buen humor. Aún así, yo no tenía ganas de cháchara. Era la primera vez —y la última, espero—, que pisaba una cárcel. Y la broma ya estaba durando demasiado.

—Suerte —susurró el oficial—. Vendré a buscarte en media hora.

A veces sucede que lo que más temes y lo que más deseas es exactamente lo mismo. Y a veces pasa, también, que eso es lo que al final te arrolla. Era muy consciente de aquella ínfima posibilidad, la de que Lily estuviese en la sala ocho del Correccional de Attica para sacarme las castañas del fuego.

Y sí. Pasó. Allí estaba.

Y la primera pregunta que cruzó mi cabeza no tenía nada que vez con mi complicada situación. No era una pregunta para ella, sino para mí mismo. Eran dos, de hecho:

¿Cómo se te ocurrió dejarla escapar?

¿Cómo pudiste desaparecer sin más?

Estaba diferente. Igual de atractiva o más, pero destilaba un halo de seguridad y de poder que no vi durante las tres semanas que duró lo nuestro. No puedo engañarme a mí mismo: me he sorprendido en más de una ocasión pensando en ella. De hecho, dos meses después de

dejarla me di cuenta de mi error. Supe que había dejado escapar, muy posiblemente, a la mujer de mi vida.

Pasaron dos, tres semanas. Y cuando me di cuenta, dos meses. Y algo dentro de mí desistió, creí firmemente que no había ni una opción, que no tenía ni la más mínima posibilidad de que Lily Sinclair me perdonase.

Y aquello parecía un chiste de mal gusto.

La mujer que hacía apariciones por sorpresa en mi mente cuando menos lo esperaba estaba allí de pie, en medio de la sala de reuniones número ocho del Correccional, vestida con un impecable traje de chaqueta gris y estudiando mi propio semblante, impasible.

Es inútil que quiera pasar desapercibida con ese color apagado, pensé. *Es demasiado atractiva*.

Entendí que debía tomar las riendas de la conversación enseguida. Porque en cuanto solventásemos el pequeño embrollo en el que me había metido iba a reconquistarla. Estaba decidido.

Observé cómo sus ojos claros caían hacia la silla vacía. Me senté como si ese simple gesto fuese una orden silenciosa.

—Lily…

Abrió una carpeta repleta de papeles sobre la mesa y acto después me fulminó con su mirada. Era una mirada incandescente, fraguada en brasas, a pesar de su relajante color verde.

En ese momento se me ocurrió una terrible posibilidad: que Lily Sinclair estuviese en aquella habitación solo para destruirme, para vengarse, para enterrarme aún más en mi agujero.

—Nick. Siento decirte que Jocelyn me ha asignado tu defensa. Pero tal vez sospechabas que esa era una opción plausible en el momento en que contactaste con nuestra firma de abogados.

Respiré hondo.

No era cien por cien hostil, pero estaba claro que Lily no me lo iba a poner fácil.

—Antes de pasar a discutir el caso y la estrategia de defensa —le dije—, quería disculparme.

—No sé si este es el momento más adecuado para hablar de cosas del pasado. Tenemos mucho trabajo…

—Quiero pedirte perdón por desaparecer. No sé si vas a aceptar mis disculpas, y puede que pienses que solo lo hago porque ahora estoy en tus manos, pero no podría mirarte a la cara durante el rato que nos queda aquí si no te digo que, de veras, siento lo que pasó.

Me miró de nuevo.

Parpadeó.

Me sorprendió que su mirada pudiese pasar del fuego al hielo en décimas de segundo.

Se reubicó enseguida.

—Nada que decir sobre eso, Nick. La pelea —dijo—. Cuéntame exactamente qué sucedió.

Mi abogada no me daba tregua. Quería hacer exactamente lo que había venido a hacer.

Cumplir con su trabajo.

—Está bien. Supongo que tendré que dejar esa charla para más adelante. Para cuando me saques de aquí, quiero decir…

Lily no contestó. Desde ese momento se había convertido en un témpano de hielo. Tenía todo el derecho, faltaría más. Observé cómo hacía "clic" en el extremo de su bolígrafo, dispuesta a tomar notas. Suspiré.

—Sucedió hace diez días —relaté—. Estaba en la calle, hablando por teléfono con uno de mis clientes, esperando a que mi chófer trajese el coche. Entonces lo vi. Me sorprendió que fuese un tipo tan parecido a mí. Misma altura, un traje a medida…Observé cómo agarraba a una mujer por el pelo de forma violenta. Parpadeé y agucé la vista para asegurarme de que no estaba imaginando aquella escena.

—Necesito saber el lugar exacto donde pasó—dijo Lily.

—Déjame que haga memoria…Broadway con Duane Street.

Lily apuntó el dato concienzudamente. Continuó ella con el relato crudo de los hechos. Se había estudiado el caso.

—Según el atestado, fuiste directamente hacia el tipo y sin mediar palabra empezaste a golpearle. En la cara. Cayó, su cabeza golpeó contra el suelo y perdió el conocimiento. Permaneció dos días en coma y por suerte para ti despertó y parece que no le quedarán secuelas importantes. Eso no quita que te haya denunciado y que pretenda sacar una buena tajada del mismísimo Nick Byrd.

—Estaba maltratando a su esposa, Lily. No iba a permitir eso.

Levantó la mirada de sus notas y aprecié que empezaba de nuevo a ser tibia.

—Está bien. Pero tendrías que haber llamado a la policía, Nick. ¿La conocías de algo? ¿Y a él?

—No. En absoluto.

—¿Hubo más testigos?

—No estoy seguro. Supongo que sí, pero honestamente no vi nada, Lily. Me fui a por aquel tipo.

—Dime una cosa…¿es la primera vez que esto sucede? No tienes antecedentes. Eso nos va a ayudar en tu defensa. Pero me temo que no te vas a librar de la fianza.

—Eso no me importa.

Observé mis manos.

Y en ese momento, el maldito *flashback*. Allí estaba de nuevo, la escena que nunca se iba de mi mente. El segundo marido de mi madre rodeando su cuello con sus manos. Y apretando. Yo era solo un

adolescente.

—No es la primera vez —dije.

—¿Cómo?

Dudé un instante. Pero sabía muy bien que no tenía sentido ocultarle nada a mi abogada.

—Una de las parejas de mi madre la maltrató. Y obviamente tampoco lo consentí. Solo que esa vez no hubo denuncia. Lo golpeé y le dije que se marchase. Que no volviese nunca más. Y eso fue exactamente lo que hizo.

—Cuándo.

—No sé, Lily. Tenía dieciséis o diecisiete años. Supongo que ver esa escena en plena calle, en Nueva York, activó algo que creía muy enterrado.

Lily tomó nota de todo.

—¿Recuerdas la hora exacta en qué sucedió?

—No, lo siento.

—Pero me has dicho que estabas hablando por teléfono.

Asentí.

—Entonces será muy fácil averiguarlo. Dime con quién hablabas, por favor.

—Con Noah Pruitt.

Garabateó el nombre de mi cliente.

—Perfecto. Tengo todo lo que necesito. Me marcho.

Se puso en pie. Creo que no estaba preparado para perderla tan rápido de vista.

—¿Ya? ¿No debería contarte más detalles? Tal vez puedo hacer un poco de memoria, o llamarte si recuerdo algo más…

Guardó la carpeta con las notas que había tomado en una elegante cartera de piel. No podía negar la evidencia. Estaba impresionado. Lily había demostrado muchas agallas presentándose en la cárcel esa mañana y aceptando mi defensa. ¿Por qué lo había hecho? Estaba convencido de que en el despacho de Bolt había muchos otros abogados que podían hacerse cargo del caso. No era complicado.

Pero era evidente que no estaba del todo cómoda en mi presencia y que no iba a prolongar el contacto conmigo más de lo necesario.

Maldita sea, pensé. *Quiero recuperarla.*

Sabía que era un deseo egoísta. No tenía derecho a reclamar a aquella mujer a la que unos años atrás había dejado escapar.

—Te sacaré de aquí, Nick. No te preocupes. Hablaré con Noah Pruitt para averiguar la hora exacta de vuestra llamada, ya que tu teléfono está custodiado. Después solicitaremos las imágenes de las cámaras de seguridad de la zona. Y por último buscaré un testigo de la agresión a Ceri Reed, la mujer a la que protegiste. Esa zona de Duane Street con Broadway está llena de tiendas. Alguien tuvo que ver algo.

Habría sido todo más fácil si Ceri hubiese denunciado su agresión. Lamentablemente no ha sido así. No entiendo como…

Me moría de ganas de cogerle la mano, pero no podía alcanzarla desde donde estaba.

—Lily. Muchas gracias. Te debo una.

Sonrió por primera vez desde que había entrado en la sala de reuniones.

—Me conformaré con mis honorarios —contestó—. Tendrás noticias mías en cuanto pueda presentarte ante la jueza Sarian.

Se marchó a toda prisa, dejándome clavado en la silla.

Y entonces fui consciente de mi destrucción.

CAPÍTULO 3

LILY

—Queda en libertad, señor Byrd —dijo la jueza Roberta Sarian.

Acto seguido dejó caer su maza sobre el estrado, desatando el satisfactorio estruendo de la victoria. Uno de mis favoritos. Me giré, buscando entre el escaso público presente en la sala el rostro de mi jefa, Jocelyn Bolt. Asintió complacida. Levantó su dedo pulgar, demostrando su aprobación.

Obviamente Jocelyn no solía acudir a mis vistas orales, pero Nick Byrd era un cliente de peso y había decidido estar presente a última hora en el juicio rápido.

—Un segundo, no he acabado —dijo la jueza, acabando con el súbito rumor de jolgorio que recorría la sala.

Estiré de la manga de Nick para que prestara atención. Era un clásico de la jueza Sarian lanzar alguna proclama o advertencia final para que a mi cliente le quedase clarísimo que ella tenía siempre la última palabra.

—No se meta en problemas, señor Byrd. Me refiero a que era incuestionable su voluntad de ayudar a alguien que estaba en apuros, pero no siempre las circunstancias son favorables y responder a la violencia con violencia no suele salir bien. Creo que podría haber evitado la agresión sin dejar al denunciante inconsciente. Si este siguiese a día de hoy en el hospital su respuesta hubiese sido considerada como algo desproporcionada. Por tanto, vaya con cuidado.

Nick asintió.

—Así lo haré, señoría.

La jueza se levantó y se perdió por el fondo de la sala. Recogí los papeles donde había detallado todas las evidencias y los guardé. Eso me evitaba responder a la efusividad de Nick, que había tratado de abrazarme en cuanto la jueza dijo que no tendría que volver a la cárcel.

Estaba encendida, acalorada. Deseaba arrancarme aquel traje y zambullirme en la piscina a la que acudía casi todas las noches a nadar y a descargar mi adrenalina.

Aquello no había sido fácil.

No el caso de Nick, sino tenerlo a él delante, en una situación completamente distinta a la de nuestro pasado. Había sido, de hecho,

uno de los casos más fáciles en los que había trabajado en el último año. En apenas cuatro días conseguí que la jueza Sarian nos concediese una audiencia y lo pusiera en libertad.

Estaba clara la intención de *mi cliente* de proteger a la mujer agredida, —dios, como me costaba aún referirme a Nick como "mi cliente"—. Las cámaras de la zona habían recogido todo el incidente y a última hora conseguí un testigo clave. El dependiente de una librería había visto toda la secuencia de los hechos desde el mostrador en el que trabajaba. Estuvo de acuerdo en testificar a favor de Nick.

Abandonamos la sala.

Mi misión estaba cumplida y estaba lista para seguir con mi rutina.

Mi plan era bajar aquellos escalones, donde sin duda estaría esperándolo su chófer y despedirme de Nick Byrd para siempre, aunque me doliese.

En ese instante mi móvil vibró. Siempre que tenía una vista oral lo ponía en modo *silencio*. Era un mensaje de Jocelyn:

Buen trabajo, Lily. Sé que este cliente era complicado para ti, así que lo tendremos muy en cuenta en la próxima reunión de socios. Disculpa que no pueda quedarme a la comida con Nick Byrd. Nos vemos el lunes en el despacho, y espero poder tener buenas noticias para ti.

El corazón se me desbocó en ese instante. ¿Reunión de socios? Eso solo podía significar una cosa. ¿Jocelyn estaba pensando en hacerme socia del bufete? Sabía que existía esa posibilidad, pero no tan pronto. Aún no había demostrado lo suficiente, a pesar de aquellos dos años de entrega absoluta.

Y por cierto, ¿de qué comida estaba hablando?

Estaba en un rincón del largo pasillo que comunicaba con la escalinata principal del juzgado, releyendo aquel mensaje-bomba, cuando oí la voz de Nick.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—¿Irnos? ¿Dónde?

—He reservado una mesa en Bollini. Por desgracia, Jocelyn no va a poder acompañarnos. Le ha surgido algo.

Me quedé mirando a Nick.

—Yo invito —aclaró.

—No es eso. Es que no sé si es…apropiado. No sabía nada de esa reunión.

Lo llamé "reunión" a conciencia.

—Lo sé, se lo propuse directamente a tu jefa. Pero es cierto que me dijo que no estaba segura de si podría acompañarnos. Además, quiero contarte algo.

No sabía si irritarme o si cerrar el pico y acompañarlo. En la última

semana, y a medida que afianzaba nuestra victoria en las cortes, me sentía mejor con respecto a la posibilidad de tenerlo cerca, de sentir su respiración a escasos centímetros de mi piel. Tal vez íbamos a poder mantener una relación cordial de ahora en adelante. A lo mejor estaba ya curada.

Nick no tenía un pelo de tonto.

Sabía muy bien que involucrar a Jocelyn en su pequeña artimaña iba a arrastrarme a mí también. Tomé aire y le seguí hasta el coche.

—Me alegra que no haya prensa en la puerta del juzgado.

Aquello me hizo gracia. Me reí.

—¿De qué hablas, Nick? ¿Acaso eres famoso?

Sonrió.

—Soy conocido en ciertos ámbitos, Lily.

Lo que decía no era tan descabellado, pero sonreí al imaginar a un pequeño enjambre de periodistas rodeándonos y poniendo sus micrófonos esponjosos delante de las narices de mi cliente. Otro detalle era que Nick hubiese escogido Bollini. Era un nuevo restaurante italiano. Era bastante complicado conseguir una reserva allí, a pesar de que no era un lugar especialmente exclusivo. Era un sitio donde servían buena comida italiana en un local pequeño. Y Nick Byrd sabía que la pasta casera era mi debilidad. Supuse que alguien le debía un favor o que había echado mano de alguno de sus asistentes.

Llegamos al restaurante a la una y media del mediodía y nos condujeron hasta uno de los reservados. En el trayecto en el coche de Nick apenas me prestó atención. Hizo dos llamadas de teléfono para anunciar que estaba libre, que se había hecho justicia y que "pronto lo celebraríamos".

En cada uno de los semáforos en rojo ante los que nos detuvimos pensé si debía, simplemente, abrir la puerta y marcharme. Nadie me iba a retener. Mi trabajo estaba hecho. Si era necesario, le detallaría a Jocelyn la naturaleza de mi relación pasada con Nick Byrd. Seguro que entendería todo.

Pero no lo hice.

No bajé de ese coche.

Y en cuanto nos detuvimos delante del restaurante, Nick no pudo aguantarse más:

—Lo discutiremos dentro, Lily, pero quiero avanzártelo ya. Quiero contar con vuestros servicios de ahora en adelante. Ya se lo he comunicado a Jocelyn Bolt, y me gustaría que a partir de ahora me ayudaseis con cualquier problema legal que tenga yo mismo o que se derive de mis negocios.

Contemplé el rostro de Nick. Hablaba totalmente en serio.

Pareció impacientarse cuando vio que yo no decía nada.

—Seré más claro. Quiero que seas mi abogada, Lily.
—Ya lo soy.
—Me refiero al futuro.
¿De qué futuro hablas, Nick Byrd?

CAPÍTULO 4

NICK

Lo había logrado. Lily Sinclair me había liberado de aquella maldita jaula. Y ahora que estaba fuera y podía volar libre sentía que la necesitaba siempre a mi lado. Pero no era ningún ingenuo. Necesitaba un plan. Estaba claro que ella no había olvidado mi traición.

Entramos en el restaurante y nos dirigimos hacia el reservado, listo para nosotros. Se sentó a la mesa y antes de echar un vistazo a la carta me observó de nuevo:

—Me sorprende que no quieras celebrar tu libertad con tu familia.

—Solo mi hermano pequeño sabe lo que ha sucedido, Lily. Y le hice jurar que no se lo contaría a mi madre. No quiero desenterrar recuerdos malditos. Le prometí a Vincent que estaría fuera en unos días. Y nunca lo dudé, porque tengo a la mejor abogada.

Busqué su mano sobre la mesa, tal vez me dejaría agarrarla, pero no estaba allí.

Uno de los camareros se acercó. Estaba a punto de seleccionar uno de los mejores vinos de la carta cuando Lily dijo:

—Agua mineral para mí, por favor. Y unos *rigattoni.*

¿Tenía prisa por salir de allí?

—Para mí lo mismo —añadí, entregando la carta.

Lily echó un último vistazo a su teléfono móvil antes de guardarlo en el bolso.

—Es viernes. Supongo que te tomarás unos días de descanso.

Se rio.

—Esto no va así. He trabajado mucho para poder tener clientes como tú.

Me sorprendió su respuesta.

—Me alegro. Porque si tú quieres seguiremos trabajando juntos. Y prometo no meterme en más problemas. Se suponía que Jocelyn tenía que comunicártelo pero parece que no ha podido…

—Lo sé. Se ha escaqueado de la comida. Escucha, Nick. Seré franca. Tengo una conversación pendiente con mi jefa. No sé si soy la persona más indicada para seguir representándote legalmente. Y creo que sabes muy bien por qué.

No me pude contener. Me incorporé y acerqué mi silla a la suya. Necesitaba salvar aquella distancia, aquel abismo que se abría una y

otra vez entre nosotros. En ese momento no estábamos en ningún juzgado.

—No estaba en un buen lugar, Lily. Volveré a pedirte disculpas una y mil veces. Nunca debí desaparecer de tu vida sin decirte nada.

—No es eso, Nick. Lo entiendo. Y acepto las disculpas. Lo que pasa es que no sé si para mí es seguro estar a tu alrededor. No hablo del pasado. Sino de ahora.

En ese momento sí. Agarré su mano, confiando en que no rechazase la mía. Me di cuenta de que aquellas palabras me partían en dos. La veía con otros ojos. Como si una mujer fuerte y renovada se presentase ante mí después de unos años, confiando en sí misma y mostrándose vulnerable al mismo tiempo. Ella me había liberado y yo ahora sentía la intensa necesidad de protegerla. Me sentía feliz por haberla visto, por saber al cien por cien que aquella era la mujer que nunca debí dejar marchar. Y conservaba ese resquicio de esperanza que me hacía confiar en la posibilidad de recuperarla. Si no no estaría sentada allí, esperando unos *rigattoni,* ¿no?

—No volverá a suceder, Lily.

Bajó la mirada, evaluando mis palabras. Había un rastro evidente de amargura en su tono de voz. Dios mío, le había hecho daño a esa chica. Aquello era ya innegable.

—Es que no te entiendo. No entiendo toda esta parafernalia, Nick. Desapareces de mi vida hace dos años sin dejar rastro. Y de repente, te metes en problemas y acabas detenido… y no hay despachos de abogados en Nueva York, incluido el que se ocupa de tus asuntos habitualmente, que decides contactar con el que yo trabajo y pedirle a mi jefa que sea yo quien te represente.

¿Era posible que Jocelyn Bolt le hubiese dicho a Lily lo que no tenía que decirle? ¿Que yo le había suplicado que fuese ella específicamente quien llevase mi caso?

Todavía no había soltado mi mano.

—Lily…

Sus ojos empezaron a brillar de una manera dolorosa. La implacable abogada empezaba a bajar su escudo.

Llevé mis dedos a su barbilla y la levanté para que nuestras miradas se encontrasen, para que nuestros ojos se diesen una nueva oportunidad. Las brasas y sus millones de puntos rojos seguían allí, pugnando por avivarse.

Y yo quería avivar el fuego.

La pregunta era si ella también quería.

Nuestros labios podían darme la señal que necesitaba. Y estaban muy cerca. Demasiado cerca como para no tentar la suerte y arriesgarme una vez más, como tantas veces había hecho en los negocios.

Y lo hice.
La besé.
En aquella mesa del reservado del Bollini.
Vencí una mínima resistencia, y solo tuve que contar hasta cinco para que Lily reaccionase y tomara la iniciativa de aquel beso. No tuvo prisa, a pesar de que nuestra comida estaba a punto de llegar. Exploró mis labios y mi lengua, y de repente el tiempo no había pasado entre nosotros y nos teletransportamos a aquellas tres semanas de pasión extenuante que ninguno de los dos había podido olvidar.
Ojalá la hubiese olvidado, pensé.
Menos mal que no lo he hecho, fue mi siguiente pensamiento.
—Discúlpenme. Los *rigattoni…*— la voz aguda del camarero nos sobresaltó.
—Gracias —murmuró Lily.
Era un poco extraño comer después de la intimidad que acabábamos de compartir, de haber retomado lo que nos había cambiado la vida hacía unos pocos años. Lily esbozó una sonrisa.
—Están deliciosos…tenía ganas de probar este sitio.
Recordé lo mucho que me encantaba verla comer, disfrutar con la comida, ajena a su evidente belleza. La contemplé, absorto, hasta el punto de olvidar mi propio plato.
—Se te va a enfriar.
Sonreí.
—Estoy feliz, Lily. Por todo.
Clavó su mirada en la mía. En cuanto llegó el camarero con nuestra comida deslicé de nuevo mi silla hacia el otro lado de la mesa. Ya no estaba a su lado, pero desde allí no me perdía detalle de cada uno de sus gestos, de cómo soplaba con dulzura sobre la salsa, de cómo seleccionaba distraídamente qué trozo pinchar.
Y de nuevo, ese fuego…
El fuego que nos consumía.
Noté el pie de Lily en mi entrepierna, protegido por el mantel que nos cubría.
La contemplé embelesado. Sus hombros se irguieron y se echaron un poco hacia atrás, resaltando la contundencia de su busto. Terminó su plato mientras amasaba mis partes con su pie, con delicadeza. La dejé hacer. No tenía ni la menor idea de hasta dónde podía llegar Lily. La había encendido con aquel beso, era evidente. Y lo había hecho justo después de decirle que sería mi abogada. Lo único que no le había especificado era que el acuerdo con Jocelyn Bolt ya estaba cerrado y firmado, y Lily estaba atada profesionalmente a mí.
Dejé el tenedor en el plato y me limpié con la servilleta.
—¿Te parece si nos saltamos el postre y pido la cuenta? —le pregunté.

CAPÍTULO 5

LILY

Me acordé de aquella película de los ochenta que me había divertido tanto, *Atracción fatal*. Una infidelidad que se convertía en una obsesión trágica. No sé por qué, pensé en esa película cuando salía del restaurante con Nick Byrd. Sentía que había irrumpido de nuevo en mi vida y que otra vez me sentaba al volante y sin frenos.

Era superior a mí. Ese porte, esa mandíbula, esa espalda perfecta. El mechón de pelo rebelde que caía sobre su frente, y sobre todo, su manera de mirarme. No podía estar cien por cien segura de que me decía la verdad, de que estaba realmente arrepentido de haberme dejado escapar. También sabía muy bien que lo que acababa de hacer en el restaurante, deslizar el pie sobre su asiento no era una simple extensión de nuestro beso. Era una declaración de intenciones.

Era viernes, sí.

Había obtenido una nueva victoria en un juzgado.

Quería celebrarlo, y era la primera que lo iba a celebrar con mi cliente. Pero es que nada entre Nick y yo sería nunca convencional. Aquel beso había reactivado la bomba que enterré entre lágrimas.

Me llevó hasta su casa, una que conocía muy bien. Una puerta que me había encontrado cerrada en el pasado. Mi cuerpo temblaba de anticipación. No podía ni quería echar el freno.

¿Y si mañana desaparece de nuevo?, una tímida voz en mi interior me preguntaba mientras subía los tres peldaños del magnífico edificio de tres plantas que ocupaba Nick Byrd en el suroeste de Manhattan, a orillas del Hudson.

Me había convertido en un manojo de nervios impulsado por mi propio deseo. Nunca había olvidado el fuego. Conocía muy bien la energía que se desprendía cada una de las veces que Nick y yo nos habíamos acostado. Once veces. De repente ese recuerdo era vívido y me quemaba, y tenía la necesidad de resucitarlo.

Abrió la puerta de su casa vacía.

La decoración no había cambiado ni un ápice. Muebles caros, asépticos, funcionales pero sin demasiada personalidad. Mirases al punto que mirases veías una superficie limpia y desnuda. Recuerdo que pensé que él y yo podríamos acomodarnos sobre cualquiera de esas superficies y nada nos distraería.

Nick me cogió de la mano.

—Ven aquí.

Me abrazó y yo busqué su cuello con mis labios.

Nick se inclinó sobre mí. Noté la presión que crecía entre nuestras caderas. Era como si el deseo me doliese.

—Ha sido demasiado tiempo sin ti —me dijo, mientras se bajaba la cremallera y hurgaba bajo su ropa interior.

Me subió la falda. Volvió a presionar entre mis piernas, palmeando su miembro y repasando con él cada una de mis hendiduras.

—Te gusta esto, ¿verdad, cariño? Lo has echado de menos.

—Sí —murmuré.

No podía articular demasiadas palabras. Solo podía dejarme llevar. Sentí de nuevo su sexo buscando el lugar exacto al que pertenecía. Decidí en ese instante que no me iba a preocupar por el mañana o por esa relación profesional que nos envolvía. Dios mío, había echado tanto de menos aquella intimidad. Era como si su polla me perteneciese. Y yo tenía la llave de ese lugar que a todas luces buscaba.

—Quiero hacerlo contigo. Ya. Ahora —dije. La urgencia en mi voz era evidente.

—Podemos tomarnos nuestro tiempo, Lily. No necesitamos apresurarnos.

—Lo sé —suspiré.

Era totalmente consciente de que Nick, para mi desgracia, era el hombre con el que siempre había imaginado estar. Era diferente a cualquiera que hubiese conocido antes. Había construido él mismo su fortuna, céntimo a céntimo. Era el tipo de hombre libre y cómodo en su propia piel por el que siempre había suspirado.

—Pero por otra parte llevo mucho tiempo esperando este momento. Nuestro reencuentro, Lily. Y ahora que lo tengo, no quiero desperdiciarlo.

Nick me miró con atención, detuvo un instante el avance de sus caderas. Recogió con delicadeza uno de los mechones rubios que ya se habían escapado del peinado que me hacía siempre que tenía un juicio, un moño bajo y discreto. O todo lo discreta que podía ser una melena larga y dorada que intentaba camuflar ante los jueces que evaluaban mi trabajo en silencio. Lo colocó detrás de mi oreja.

Me relajé un segundo entre sus poderosos brazos. Aquellos ojos no podían mentirme. *No se irá. Esta vez se quedará a tu lado,* me convencí. *Puedes entregarte a él,* me di permiso.

Deslizó su mano entre mis piernas, y sentí el hormigueo que me despertaba su tacto. Respiré hondo, tratando de quedarme quieta, pero Nick ya estaba hurgando en mi humedad, calibrando si estaba preparada para él.

—Ese fuego…sigue ahí, Lily. Lo estoy sintiendo. ¿Lo estás sintiendo

tú?

—Sí. Nunca se fue.

Nick separó mis muslos y gemí. Me llevó hasta el brazo de su carísimo sofá de piel. Nick había estado una semana encerrado en el Correccional, lejos de aquella casa, y sin embargo no había ni una mota de polvo en ninguna de las superficies por las que ya nos habíamos restregado.

Su dedo empezó a recorrerme, arriba y abajo, presionando después sobre mi clítoris a toda velocidad, y por último entrando en mí, impregnándose de todos mis jugos. Se me escapó un nuevo gemido que se aproximaba demasiado a un grito.

Sabía muy bien, antes de entrar aquel edificio, que sus manos y su lengua me calentarían al instante, pero en ese momento estaba ardiendo.

Introdujo su dedo más profundo, lo movió de un lado a otro, repasando mis paredes internas. Hundí la boca en su cuello.

—Dos —supliqué.

Nick sonrió.

—¿Dos dedos, nena?

Asentí. Atendió mi deseo al instante. Sentí como me ensanchaba aún más para recibirlo.

Dios mío, necesitaba tanto aquello… ¿Cómo iba a preocuparme del mañana cuando estaba a punto de desbordarme con solo uno de sus dedos? Mis caderas se movían contagiadas por el ritmo que él mismo imprimía a su mano mientras me trabajaba a fondo. Me escurría sobre el lateral de aquel sofá. Entonces Nick me sujetó.

—Creo que tengo algo para ti mejor que dos dedos.

Acarició mi trasero mientras palmeaba su miembro.

Nick gimió.

—Lily, estás tan mojada…

Sé que eso le encantaba. Se excitaba al comprobar mi humedad. Me giré un instante para mirarlo. Su cara cambiaba por completo cuando lo hacíamos. Su rostro ya no era todo sonrisas y cejas arqueadas. El deseo lo transformaba por completo. Sus ojos parecían más oscuros.

—Un segundo —dijo.

Estiró la mano hasta alcanzar el cajón de una cómoda situada muy cerca del sofá. Era una postura extraña, estaba encajada sobre uno de los brazos del sofá y en el segundo en el que Nick se apartó noté como mi humedad lo impregnaba. Me avergoncé por un instante. Aquel sofá iba a quedar marcado para siempre por mi incontrolable deseo.

Nick sacó un condón del cajón. Lo rasgó con los dientes, con cuidado pero con un gesto rápido y certero, como un verdadero experto. Observé como se lo colocaba a toda velocidad y una parte de

mí se entristeció al ver que su polla dura de repente ya no era tan libre, como se contenía a duras penas dentro del preservativo.

Estuve a punto de decirle que no, que aquello no era lo que quería, que se lo quitara de inmediato porque quería sentirlo en toda su magnitud, pero supongo que uno de los dos, al menos, tenía que ser responsable. Y me alegró ser testigo de su lucidez, fui consciente de que Nick sabía lo que significaba cuidar de mí.

—Estoy lista, por favor, Nick…

Mi núcleo se tensó, colmado por la anticipación, expectante ante la posibilidad de que él me llenase por completo.

—No imaginas lo lista que estás, cariño…

Cariño.

Me estremecí, no puedo negarlo.

—Aún así podría dolerte un poco —dijo Nick—. ¿Estarás bien?

Lo decía por su considerable tamaño. Nick siempre fue cuidadoso a la hora de entrar en mí.

—Sí —suspiré—. Esto es lo que necesito. Lo que quiero.

Nick me abordó. Empecé a notar esa deliciosa presión.

—Bien —susurró entre dientes— porque te juro que contigo en mis brazos pierdo todo sentido de la orientación. Te he echado tanto de menos, Lily…

Acarició mi mejilla mientras con la otra mano me sujetaba. Llegó hasta el fondo. Me recreé un instante en esa deliciosa sensación, la de ser llenada, desbordada por completo.

Oh dios mío, estoy en llamas y mi corazón está abierto y desnudo, pensé. *¿Cómo iba a poder resistirme a esto? ¿Cómo pensé por un momento en rechazarlo?*

Me entregué a él, a lo que estábamos haciendo. Me giré para ver sus ojos, para conectar con él a través de la mirada y me escurrí sobre aquel sofá. Nick avanzó sobre mi cuerpo. Lo envolví con mis piernas y sus manos agarraron mis nalgas. Las apretó como si quisiera asegurarse de que todo eso era real, que éramos una realidad de nuevo.

Creo que no ha habido en mi vida nada más real.

Empezó a moverse, a generar calor entre nuestros cuerpos. Entraba y salía a su antojo, como si fuésemos dos máquinas perfectas, engrasadas. Dos máquinas que funcionaban mejor juntas.

—Oh, Nick…

Rodeé su cuello con mis brazos y lo atraje hacia mí. Mis senos presionaban contra su pecho. Entonces Nick decidió que me quería de otra forma. Me levantó de golpe del sofá y cuando me quise dar cuenta estaba con la espalda apoyada contra una de las paredes de su salón sobredimensionado, rebotando sobre su miembro, una y otra vez, ensartándome en él.

—¿Era esto lo que necesitabas, nena? —la voz áspera de Nick me interpelaba, mientras sus brazos me sostenían contra la pared apenas sin esfuerzo. Eché la cabeza hacia atrás, mirando el techo, casi intoxicada por aquella energía que desprendíamos.

Mis pechos rebotaban al llenarme y cuando aumentó su ritmo sentí que desfallecía de placer, que no podía aguantar mucho más.

Temblé.

Arañé su espalda.

Me desbordó un orgasmo inmenso.

—¡Sí, sí, sí! —gemí—. Esto es exactamente lo que necesitaba. Lo que quería.

Mi cabeza cayó sobre su hombro y Nick soltó un gruñido, profundo y gutural, que indicaba que estaba descargándose. Incluso con un preservativo puesto sentí su esperma caliente derramándose. Algo se agitó en mi interior. Esa barrera. Solo esperaba poder eliminarla en un futuro. Quería sentir cómo me bañaba, necesitaba ser plenamente consciente de todo lo que tenía para darme.

—Eres increíble —me dijo, llevándome de vuelta al sofá.

Se sentó a mi lado y colocó mis piernas sobre su regazo. Nos miramos a los ojos durante un minuto y supe, en ese instante, que Nick entendía lo mucho que necesitaba perder el control durante un rato.

Solo eso.

Perder el control.

Solo un ratito.

CAPÍTULO 6

NICK

Era una extraña sensación. Era como estar en casa después de pasar una larga temporada fuera. En mi propia casa, tras mi fugaz paso por la cárcel; pero también con Lily, dentro de su cuerpo y acariciando su piel al mismo tiempo. Fue entonces cuando me di cuenta de que la había echado de menos. Mucho. Demasiado. Lo sospechaba desde hacía tiempo. Pero ya tenía la confirmación.

Joder. Estoy enamorado. Es evidente. Pero, ¿en qué momento ha sucedido?

Habían pasado cuatro días de nuestro encuentro. Dos días desde que salí de la cárcel. Era martes. Y esa era la noche en que por fin nos encontraríamos de nuevo. Lily me hizo partícipe de su terror, de esa especie de síndrome maldito que yo había desatado con mi desaparición hace dos años.

Íbamos a encontrarnos en la coctelería que había en la planta baja del hotel Belvedere. Diría que respiró aliviada cuando confirmé nuestra cita. Estuve a punto de decirle que enviaría a mi chófer a buscarla, que Nick Byrd en realidad no se dejaba ver mucho y que prefería que nos encontrásemos en mi casa. Pediría que nos trajesen la cena del restaurante que ella prefiriese y veríamos una película en mi sala de cine. Ese era mi plan perfecto, la primera piedra de la reconquista.

Pero iba a claudicar por ella, porque sabía que a Lily le encantaba tomar algo después de trabajar, cuando caía la noche, y el hotel Belvedere estaba muy cerca del despacho de abogados de Jocelyn.

Nos veríamos allí, me aseguraría de que estaba contenta y la llevaría a cenar.

Esa tarde salí de casa a eso de las siete y media. Nos encontraríamos directamente en el bar del Belvedere a las ocho. Por mí la recogería directamente en la puerta de su oficina, pero Lily dejó caer, con buen juicio, que lo mejor era que Jocelyn no supiese por el momento nada sobre “nosotros”. Aquello me hizo gracia. *Si ella supiera…*

Le di las indicaciones precisas al chófer y traté de relajarme en el asiento trasero del elegante Mercedes en el que me movía últimamente.

Había estado dudando sobre si contarle a Lily o no el motivo real

por el que me esfumé hacía dos años. Era algo complicado de verbalizar, pero con la perspectiva del tiempo era más fácil identificar mi idiotez.

No era que hubiese conocido a alguien más, o que tuviese a otra mujer en mente.

Era simplemente que me aterrorizaba haberla encontrado tan pronto.

A ella.

A la mujer que estaba destinado a querer por siempre.

Me cegué, me indigné conmigo mismo. ¿Y si me estaba equivocando?

Y fui incapaz de decírselo. No tuve la decencia de tener una conversación con Lily y confesarle que estaba entrando en modo pánico.

Qué estúpido fui.

—¿Le dejo aquí, señor?

El chófer me despertó de mi ensoñación.

Observé la puerta giratoria del hotel. Desde allí mismo, sin bajar del coche, podía ver la barra de la bonita coctelería del Belvedere. Vi una deslumbrante melena rubia que sobresalía en aquel instante de una chaqueta *blazer* negra, mientras que su dueña la liberaba.

De repente la posibilidad de que algún otro hombre se acercase a ella y la sedujera se hizo real ante mí. *Mírala, debe ser como un imán ¿quién no iba a acercarse?* Me pregunté en ese momento si había sido su férrea defensa de mi causa delante de la jueza Sarian lo que me había enamorado del todo.

Observé que en el lateral del bar había una entrada que comunicaba con uno de los callejones. Si entraba por ahí Lily no me vería llegar y la sorprendería. No sé por qué, en ese momento me pareció una excelente idea.

—Acércame al callejón, por favor —le dije al chófer.

Asintió y giró el volante con suavidad.

—Entonces, ¿le espero por la zona?

Dudé un momento. No, probablemente tomaríamos un cóctel en el bar del hotel y estaríamos allí hasta que Lily quisiera marcharse.

Negué con la cabeza.

—Te enviaré un mensaje cuando te necesite de nuevo. No hace falta que nos esperes por la zona. Muchas gracias.

El chófer me lanzó una mirada irónica. No se lo iba a reprochar. Las últimas semanas no habían sido precisamente normales. Sabía que había estado privado de libertad y que una mujer había aparecido en mi vida para instalarse en ella. Por suerte podía contar con su discreción.

Bajé del coche y me quedé solo en el callejón que comunicaba con

una de las calles principales del Bowery.

¿Cuántos pasos di? ¿Dos, tres?

Solo recuerdo que mi mano ya estaba en el pomo de la puerta lateral por la que se podía acceder al bar del hotel. No había nadie más en la calle.

De repente noté un latigazo en la sien. Lo siguiente que recuerdo es el ruido de una botella que estallaba en mil pedazos y que el cielo ya oscuro de Manhattan se precipitaba sobre mí. Cuatro manos me agarraban justo antes de poder entrar en el hotel y me arrastraban calle abajo, en dirección contraria a la que había llegado.

Estaba semiinconsciente, pero pude apreciar unas gotas de sangre cayendo sobre mi camisa.

Y después un coche oscuro. Un asiento de piel.

Un asiento trasero de un coche tan lujoso como el mío.

Me introdujeron en el vehículo con las lunas tintadas y en cuanto fui consciente de que Lily se quedaría de nuevo esperándome, perdí el conocimiento.

Me desmayé.

CAPÍTULO 7

LILY

—¿Todo bien, Lily?

Estaba a oscuras en mi despacho. ¿Qué demonios hacía Jocelyn a esas horas en la oficina? Eran casi las diez de la noche. Me sequé las lágrimas a toda prisa, pero era imposible que no se diera cuenta de que mi maquillaje estaba arruinado.

—Sí, sí —murmuré—. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—No, es evidente que no está todo bien.

Jocelyn entró en mi despacho y se sentó en una de las sillas en las que recibía a mis clientes.

—¿Necesitas hablar? —preguntó.

Respiré hondo. Iba a recomponerme enseguida. Pensé que había algo que discutir sobre alguno de los casos que teníamos sobre la mesa. Siempre habíamos tenido una relación profesional excelente. Pero no podía abrirme en canal ante mi jefa y confesarle que había tropezado dos veces con la misma piedra. Que Nick Byrd me la había vuelto a jugar y me había dejado plantada en el bar del Belvedere.

—No es nada…

Me miró con cara de circunstancias. No se creía ni una palabra, como es lógico.

—No debería haberlo hecho —me dijo.

—Hacer qué.

—Proponerte la defensa de Nick Byrd. Debería haber entendido que algo personal os unía. Eso siempre, siempre, es problemático a la hora de hacer nuestro trabajo.

Sollocé. Estaba haciendo un esfuerzo descomunal por no estallar de nuevo en lágrimas.

—El problema es mío, Jocelyn. No he sabido trazar una línea clara…

No quería hacerlo.

No quería reconocer explícitamente que había hecho algo que estaba prohibido en nuestra profesión; y no, no era el simple hecho de acostarme con mi cliente, sino implicarme de nuevo en una historia que me superaba. Que podía afectar a mi trabajo.

Eché de nuevo un vistazo a mi móvil inerte, sobre la mesa. Nada. Ni un mensaje, ni una llamada. Yo tampoco había contactado con él,

por puro orgullo. Estaba todo muy claro. Habíamos quedado en encontrarnos en el bar del hotel una vez hubiese terminado mi jornada en el despacho. Tomaríamos un cóctel y saldríamos a cenar. Solo unos días antes los dos habíamos acordado tomarnos las cosas con calma, ir despacio.

Y Nick Byrd me había vuelto a hacer aquella maldita jugarreta.

Desaparecer de la faz de la tierra sin decir nada.

No puedo negar que me extrañó, que por una vez me había creído sus palabras.

Jocelyn me miró y suspiró.

—No sé si voy a poder hacerme cargo de su defensa en el futuro —le dije.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Habías quedado con él?

Asentí.

—¿Dónde?

—En la coctelería del hotel Belvedere.

—Y no se ha presentado.

—Exacto.

—¿No te ha avisado?

—No. Nada.

—Es raro. Muy raro.

Estaba a punto de decirle que no. Que Nick Byrd era capaz de eso y de mucho más.

Jocelyn hurgó entonces en su bolso. Sacó su teléfono móvil.

—Veamos…

Buscó en su agenda y se llevó el teléfono a su oreja.

—No contesta.

—¿Lo estás llamando?

—Sí. El móvil sale apagado.

Debía haber algo que no sabía si Jocelyn se había tomado la molestia de guardar el número personal de Nick en su agenda. Se levantó y dio unas vueltas junto a mi mesa. De repente parecía preocupada.

—Déjame que haga unas llamadas, Lily. Tal vez tengamos que llamar a la policía y denunciar una desaparición sospechosa.

Solté una carcajada.

Ella me miró perpleja.

—¿Qué te resulta gracioso?

—¿Piensas llamar a la policía porque Nick Byrd tiene el teléfono apagado y no ha acudido a nuestra cita?

—Puede que tu cliente esté en peligro. Acaba de salir absuelto de prisión provisional y te recuerdo que el tipo al que atacó muy justificadamente tenía algún tipo de relación con los Viotto. Con los bajos fondos de la ciudad…

Me reí de nuevo. Pero después tragué saliva. Había cierto tono alarmante en las palabras de mi jefa.

Pero no. No podía ser.

Nuestra relación estaba maldita desde el principio. Eso era todo.

—Dios mío, Jocelyn. No, no le ha pasado nada. Simplemente me ha dejado colgada. Sucedió lo mismo hace dos años.

Me miró y se sentó de nuevo.

—Creo que debo contarte algo, Lily. No sé si es contraproducente que lo sepas justo ahora, pero todo esto no ha sido una casualidad.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas que te mencioné que mi hija Brooke salía con un chico desde hacía un tiempo?

Se me encogió el corazón. Me temí lo peor.

—Sí.

—No entré en detalles. Ya sabes que siempre estamos desbordadas de trabajo y apenas tenemos tiempo de charlar. La cuestión es que la relación va en serio. Y ese chico es Vincent. Vincent Byrd. El hermano de Nick.

—Oh…

Jocelyn siguió con su relato:

—Hará cosa de un mes llegué a casa por la noche. Brooke y Vincent estaban allí, tomando una copa de vino y un queso de Bretaña que alguien les había regalado, y estaban acompañados de Nick. Me uní a ellos. Bebimos un poco. No sé si más de la cuenta, pero el caso es que Nick acabó hablándome de ti. Me dijo que sabía que trabajabas conmigo, que cometió un terrible error dejándote escapar. Y que llevaba una larga temporada pensando en la manera de recuperarte, de acercarse a ti de nuevo de forma que no huyeses…

—Jocelyn, yo…

—Todo eso fue antes de su detención. Yo no le dije nada. Solo lo escuché. No podía intervenir. Le dejé claro que eras una de mis mejores abogadas y que lo último que quería era que tu paz se viese enturbiada. Que una historia de ese tipo te distrajera.

—¿Y qué pasó después?

Jocelyn se recostó en la silla. Aún no había guardado su teléfono.

—Nada. Pensé en ello. Le di algunas vueltas. Nick me pareció sincero y arrepentido. Y sabes que no suelo equivocarme con la gente. Pero pasaron unas semanas y Brooke tampoco me mencionó nada más. Las siguientes noticias que tuve de Nick llegaron desde el Correccional de Attica. Lo habían detenido tras un serio conflicto en la calle. Una pelea. Me llamó y me dijo que nos necesitaba. Que te necesitaba a ti. Que iba a hacer de esa desgracia su última oportunidad para recuperarte.

Me levanté. Era demasiado. No tenía sentido. ¿Nick había trazado

aquella artimaña solo para desaparecer de nuevo? Me asaltaron las dudas. ¿Y si Jocelyn tenía razón? ¿Y si le había pasado algo?

De repente la luz del flexo que caía sobre mi escritorio, la que utilizaba para leer informes cuando me quedaba a trabajar hasta tarde, ya no era suficiente. Me levanté y busqué el interruptor en la pared.

Jocelyn no se marchaba. No tenía intención de dejarme sola.No podía creerme que se hubiese guardado toda esa historia. Era más reservada de lo que yo creía. O era verdad que quería protegerme, o no había sido del todo sincera y tampoco se fiaba al cien por cien de Nick.

—Jocelyn, te agradezco toda esta información, pero me temo que no puedo hacer mucho más por hoy. Creo que es mejor que busqué un taxi y me vaya a casa. Tal vez mañana vea las cosas de otra forma.

Se resignó.

—Sí, es tarde. Deberíamos descansar. Te acompaño abajo.

En cuanto pusimos un pie en la zona de ascensores mi teléfono empezó a sonar. Lo busqué en el bolso. Era un número desconocido.

Jocelyn parecía ordenarme son su mirada que respondiera a esa llamada.

Mientras entrábamos en el ascensor que nos conduciría a los pies del edificio en el que nos pasábamos la vida respondí con un *¿sí?*

Y no, no era Nick Byrd.

Era una trabajadora del Presbyterian Hospital.

Atendí a su voz de nuevo con el corazón encogido. No sé en qué momento separé el auricular de mi oreja para que Jocelyn pudiese escuchar lo que me decía aquella enfermera y me ayudase a tomar las decisiones correctas.

—Nick Byrd ha preguntado por usted, Lily, y nos ha pedido que la llame. Lleva dos horas ingresado con contusiones. Una de ellas es algo seria, en la cabeza. Aún así está consciente. Estamos haciéndole pruebas todavía, pero ha insistido en que la llamásemos cuanto antes. Había quedado con usted y estaba muy preocupado…

—Oh, dios mío…Jocelyn —balcuceé.

Mi jefa me quitó el teléfono de las manos y contestó por mí.

—Soy una amiga de Lily. Vamos enseguida a ver a Nick. Gracias por avisarnos.

Tengo recuerdos borrosos del resto de aquella noche, la noche cero de nuestra historia, la que ató nuestro primer nudo. Recuerdo cómo entré en tromba en la sala de espera del Presbyterian, rogando que me dejasen verle. Recuerdo cómo Jocelyn me acompañó durante horas para asegurarse de que no necesitábamos nada, y cómo al cabo de un rato aparecieron allí su hija Brooke y Vincent, el hermano de Nick.

Recuerdo cómo me fundí en un abrazo con él en cuanto lo vi, y cómo él me besó con sus labios amoratados y me pidió perdón por faltar nuestra cita, y cómo supe después que dos de los secuaces del tipo que pegó a su mujer en Duane Street lo habían capturado en el callejón que había junto al hotel Belvedere y lo habían dejado inconsciente en el puerto.

Y esa fue la noche cero de nuestra historia, porque Nick jamás volvió a faltar a nuestra cita.

Se recuperó de aquellas heridas superficiales aunque aparatosas.

Y nunca más desapareció.

Se hizo presente en mi vida, constante.

Después de la noche cero, me despertaría entre sus brazos todos y cada uno de mis días.

EPÍLOGO

Ocho meses después…

NICK

Ver los ojos brillantes de Lily cuando me arrodillé y le pedí matrimonio ha sido uno de los mejores momentos de mi vida. No habían pasado ni veinticuatro horas y aún tiemblo de emoción.

Solo ahora, con la perspectiva del tiempo, soy consciente de lo perdido que estaba hasta que la he encontrado de nuevo; y no pasa ni un día sin que agradezca al cielo esta segunda oportunidad.

Todavía recuerdo el momento en que la vi entrar corriendo en la sala de emergencias del Presbyterian, haciendo caso omiso a las enfermeras. Allí lo supe, en aquella cama, dolorido después de la paliza que recibí de aquellos desconocidos, y que según supimos después, gracias a un contacto del *capo* Tyler Viotto, que eran secuaces de uno de sus antiguos guardaespaldas descarriados; el mismo al que tuvo que despedir tras pillarlo robando.

Lo supe.

Supe que era ella al cien por cien.

La mujer con la que había soñado.

La que tenía que cuidar y proteger a cualquier precio.

Sus lágrimas junto a aquella cama de hospital me hicieron olvidar mi propio dolor, y fue ahí cuando me concentré en el suyo. En eliminarlo. Sentí que mi misión era que Lily jamás sintiese ningún tipo de dolor parecido. Que nunca más tuviese que temer mi desaparición.

Miré a mi derecha, en el asiento trasero del coche, y vi como contemplaba su anillo ensimismada. Se rio nerviosa. Esa mañana acudíamos al juicio contra mis asaltantes; y de nuevo estaba acompañado de mi abogada, con todas las de ganar. Ni siquiera estábamos preocupados. Lo de esa mañana era puro trámite.

—No sabía qué hacer. Si ponérmelo, o guardarlo en una caja fuerte…

—¿A qué te refieres, cariño?

—A este espectacular anillo. Me deslumbra cada vez que lo miro, Nick. Supongo que es la novedad…Pero no sé si es apropiado llevarlo en un juicio en tu defensa. ¿Crees que debería guardarlo?

Cogí su mano y besé los dedos que rodaban la esmeralda.

—No. En absoluto. Que lo sepan todos, Lily. Que eres mi

abogada… y muy pronto mi esposa.

Me deslicé en el asiento para alcanzar su cuello y besarla.

—Creo que esta noche deberíamos celebrar —le dije.

Me miró a través de sus largas pestañas.

—Aún no hemos enviado a esos tipos a la cárcel, me temo.

—Es cuestión de horas —tomé su barbilla entre mis manos—. Te quiero, Lily.

—Y yo. No sabes cuánto.

Lo sabía. Lo sabíamos. A veces me preguntaba si se lo decía demasiado.

No.

Lo decía poco para la cantidad de veces en que me sorprendía pensando lo mucho que la amaba.

****

La rehén del millonario

Millonarios de Manhattan

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

CASSIDY

El imponente rascacielos Golden Percival me tapaba el sol, así que me quité las gafas oscuras para admirar sus inmaculadas ventanas de espejo.

Recuerdo que pensé que parecía un auténtico palacio de hielo, plantado ahí, en mitad de Manhattan. Tenía entendido que pertenecía a la familia Percival desde hacía varias generaciones. Sarah, mi socia, no había sabido decirme si pertenecía por completo a nuestro cliente, Samuel Percival, o por el contrario era una herencia familiar, pero supuse que no tardaría mucho en averiguarlo.

Avancé con paso firme hacia el *hall* del lujoso edificio.

Un mozo me esperaba junto a la puerta giratoria.

—Vengo a ver al señor Percival —anuncié—. ¿Puede avisarle de que estoy aquí? Soy Cassidy Parker, la *personal shopper.* Deben estar esperándome.

El tipo me miró con cierta desconfianza. Y solo un instante después parecía estar aguantando la risa.

—Claro, señorita. Acompáñeme al mostrador un segundo. Yo nunca hablo directamente con *mister* Percival, pero supongo que su ama de llaves estará al tanto de su visita.

Casi se me escapa la risa. *Es surrealista,* pensé. ¿Un ama de llaves? ¿Estamos en el siglo diecinueve? Por supuesto, no pensaba quedarme con la duda, aunque no sabía si el portero tenía ganas de conversación.

—¿Un ama de llaves? ¿En pleno Manhattan?

El portero del rascacielos suspiró.

—Se trata de la señora Bellevue. Trabaja con la familia Percival.

De repente tenía muchas más preguntas, y abrí la boca, dispuestas a formularlas. Menos mal que entendí que aquel tipo no estaba allí para cotillear sobre su jefe supremo. De entrada, me llamó la atención que dijese que "nunca hablaba directamente con Percival". ¿Era Samuel uno de esos millonarios que habitan dentro de una burbuja y no quieren tratar con nadie que no sea de su círculo más cercano?

El portero colgó el teléfono.

—Todo bien. Puede subir. La esperan arriba.

—Pero, ¿qué piso…?

—El ático.

Claro. ¿Dónde iba a alojarse alguien como Samuel Percival si no era con la ciudad a sus pies?

Le di las gracias y me encaminé hacia el ascensor. Me molestaba reconocer que me sentía algo nerviosa. Era la primera vez que sentía algo así de camino a visitar a un cliente. Era uno de los edificios más imponentes que había visitado, y eso que llevaba unos cuantos a mis espaldas.

A Sarah y a mí nos iba bien. Nuestro negocio nunca ha sido lo más original del mundo. Pero es simple y funciona. Nos dedicamos a poner orden en los armarios de los hombres y mujeres más acaudalados de Manhattan.

Los tipos como Samuel Percival suelen tener buen gusto —y dinero, por descontado—. Pero en muchos casos carecen de tiempo para renovar su guardarropa, y ahí es donde Sarah y yo entramos en acción.

Nuestro cometido es simple: acudimos al domicilio del cliente, asaltamos su intimidad —es broma, me refiero a que revisamos a fondo su armario— y nos deshacemos de todo lo que ya no sirve. Después renovamos ese armario a gusto del cliente, con nuevas prendas de ropa, generalmente hasta la siguiente temporada o hasta que el susodicho tenga un evento especial. Es rara la vez que no hayamos vuelto a saber de uno de nuestros clientes. Tanto Sarah como yo tenemos un ojo clínico para acertar con tallas, colores y estilo. Lo dicho: tenemos éxito. Nos va bien.

Llegué en un suspiro a la planta veintiséis del rascacielos Percival. Generalmente solía echar un vistazo en internet para ver qué me encontraba sobre nuestros clientes. Cómo son. Cuál es su estilo. Las fotos me ayudan. Me sirve ver algunas instantáneas o vídeos en un contexto social y así tomar unas notas rápidas sobre las marcas y tejidos que pueden encajar, pero en esa ocasión sinceramente no había tenido tiempo.

En un principio era Sarah quien iba a ocuparse de la renovación del armario de Samuel Percival. Era ella quien lo había "estudiado". Pero a última hora le surgió un "asunto familiar" en el que no quise indagar, y me pidió de un día para otro si podía cubrirla con este cliente.

—Necesito que te encargues tú del armario de Samuel Percival. Te debo una. Puedes cobrártelo con creces, Cassie.

Acepté sin pensarlo y no hice preguntas. Si Sarah me aseguraba que no podía ocuparse de uno de los hermanos Percival, tal vez el más enigmático y atractivo, dado que el me temo que el resto ni siquiera vivía en Nueva York, supuse que era porque mi socia tenía algo

importante entre manos. Algo mayúsculo que no me quiso decir. Pero ella es así. Es reservada y misteriosa y nunca habla demasiado sobre su vida personal. Es curioso cómo ha evolucionado nuestra relación.

Antes de trabajar juntas ya éramos muy buenas amigas, y ahora que compartimos un negocio, nuestra relación es incluso mejor. Y supongo que se debe a que ambas nos guardamos nuestra parcela personal y nos centramos cien por cien en dar lo mejor a nuestra selecta clientela. Y apenas hablamos durante el fin de semana. Respetamos esa parcela de tiempo para desconectar.

No tuve que llamar al timbre. Me sorprendió que la puerta estuviese abierta.

Me asomé tímidamente.

—¿Hola?

Una voz masculina, grave y profunda, retumbó al otro lado de la sala. Traté de ubicarla. Esperaba en el umbral de la puerta, sin atreverme a irrumpir en el espacio personal de Percival.

Creía que era la “ama de llaves” quien me atendería, la persona que me daría las instrucciones sobre las prendas que el señor necesitaba. Pero en cuanto lo vi aparecer al fondo del pasillo, con una sonrisa que no esperaba y sus ojos clavados en mí, supe que aquello no sería fácil ni rápido.

Nada iba a ser fácil con Samuel Percival.

Me quedé petrificada.

Sospechaba que era atractivo, pero ¿tanto?

Y lo primero que me surgió fue una recriminación silenciosa, destinada a mí misma:

¿Por qué no averiguaste bien quién era antes de venir?

Era exactamente el tipo de hombre que solía traerme problemas, pero también el que hacía que me girase por la calle. Estoy acostumbrada a tratar con hombres ricos, pero hace demasiado tiempo que me comprometí a no mirar de esa forma a mis clientes. Respiré hondo, tratando que él no notase mi súbito acaloramiento.

No sé por qué, pero esperaba a un hombre de mediana edad. Sin embargo, Samuel aparentaba apenas tres o cuatro años más que yo, debía rondar los treinta y cinco.

—Cassidy —pronunció mi nombre, ofreciéndome su mano al mismo tiempo —. Bienvenida. Soy Samuel.

—Vaya…Creo que… esperaba al ama de llaves —balbuceé.

—Sheila ha salido. Anda ocupada esta mañana. Tenía que atender unos asuntos. Pasa, por favor. Acompáñame a mi despacho.

De repente entendí lo del ama de llaves. Los primeros pasos que di en el hogar de Percival me dejaron perfectamente claro por qué aquel sitio necesitaba esa figura.

Era un auténtico palacio en la cima del mundo. Lo que desde fuera

parecía un edificio moderno y funcional dentro se convertía en un hogar recargado, no falto de detalles. Al menos en una primera impresión, en las estancias que atravesé en ese momento. Contemplé con disimulo las paredes, cubiertas con algunos tapices. De repente tenía preguntas para Samuel Percival que no iba a poder formular, y no podía apartar la mirada de su nuca.

Recuerda a lo que has venido, Cassidy; pensé. Y en ese momento me convencí de que debía replicar exactamente lo que hacía siempre que visitaba a uno de nuestros clientes. Punto por punto. No podía dejar que los destellos de aquel palacio me cegaran.

Llegamos a su despacho, situado detrás de dos enormes puertas blancas. Antes de permitirme el paso, Samuel se giró, sonriente, y me dijo:

—¿Sabes una cosa? Es gracioso. Eres la primera persona que dejo que entre aquí. En mi despacho. Ni siquiera Sheila está autorizada.

CAPÍTULO 2

SAMUEL

Era exactamente lo que esperaba. Cassidy Parker me deslumbró desde el instante en que la vi, al fondo del pasillo. La había visto hacía unas semanas en una entrevista para la televisión, en la que contaba algunos detalles sobre su trabajo. Lo que supe en ese instante fue que deseaba tenerla delante, sin pantallas que nos separasen.

Era perfecta. La mujer con la que siempre había fantaseado.

¿Necesitaba mi armario una renovación? No estoy tan seguro. Siendo sincero, eso me daba exactamente igual. Lo que ansiaba era verla paseando por las habitaciones de mi ático, observando cómo le quedaba aquel hogar.

Soy un tipo de gustos excéntricos, no puedo negar eso. Fuera del edificio Golden Percival, y también con los que entran en él por primera vez, soy solo un millonario más, solitario y concentrado en hacer que su fortuna crezca. Pero dentro de estas paredes suceden cosas. Y desde que vi a Cassidy en aquel programa de televisión fantaseaba con la idea de que ella sea partícipe de mi existencia.

Tenía que conocerla como fuese.

Y aquí está, por fin.

Mi despacho, por suerte, era de lo más normal. Era funcional. No parecía parte de una mansión victoriana. Los ventanales me ofrecían una vista 360º de la ciudad. En el centro de la habitación, una enorme mesa despejada, una silla de cuero y un Mac que utilizaba únicamente para controlar mis inversiones. Todas las mañanas me sentaba delante de él, de siete a diez. Después podía decirse que mi jornada había concluido. A partir de entonces ya estaba libre para dar rienda suelta a mi imaginación.

Supongo que a Cassidy, lista y observadora, no le pasó por alto que solo había un asiento.

—Menudo contraste —dijo—. Con el resto de la casa. Un estilo totalmente distinto.

—Mi despacho y mi dormitorio son muy parecidos. No hay nada dentro. Solo los muebles necesarios. Prefiero el espacio diáfano a los muebles. Mesa y silla aquí. Cama allí. Paredes despejadas. Vistas a la ciudad. Mi despacho es blanco, mi dormitorio es negro….y el resto de la casa, ese barroquismo que has podido apreciar, supongo que es la herencia de los Percival. Cosa de familia. Mi madre era…es… una

enamorada de los muebles victorianos. Y por alguna razón esa huella sigue por aquí…

—Ella…¿no vive aquí?

Me reí. La sola idea de tener a mi madre rondando por mis estancias privadas me provocaba escalofríos.

—Sí y no. Desde hace un año vive sobre todo en Inglaterra, con su hermana. Se marchó con ella cuando murió mi padre. Aunque viene a menudo. Tengo tres hermanos más. El pequeño, Blake, vive en Shanghái. Y Julian siguió su propio camino. Es biólogo y está destinado en una base científica en la Antártica. Supongo que me quedé al mando del edificio Percival…e hice de esta pequeña cúpula mi hogar. Al menos provisionalmente. No estoy seguro de que sea el sitio adecuado para mí…

Cerré la boca. Estaba hablando demasiado. Pero es que Cassidy me inspiraba confianza. No era alguien muy dado a abrirse a desconocidos, por mucho que estuviese delante de la mujer de mis sueños.

—Yo no la llamaría pequeña —dijo ella—. La cúpula.

—No. Tienes razón. Pero supongo que estar solo aquí…

La miré fijamente. Cassidy era lista y escogía con cuidado sus palabras, destinadas a extraer la máxima información con el mínimo esfuerzo. Pero tampoco estaba preparado para contarle ciertas cosas sobre mí.

—En realidad no estoy solo aquí.

—Oh, entiendo.

—No, no es eso. La señora Bellevue, Sheila…se ocupa de que esta casa no se venga abajo. Aunque no duerme aquí. Lástima que ahora mismo no esté. Me gustaría que la conocieras, de hecho, ya que tratarás más con ella en próximos encuentros. Yo solo voy a darte unas pautas muy breves sobre lo que necesito.

Estudié su rostro. Aquello no era cierto, claro. Por supuesto que Cassidy Parker y yo nos volveríamos a ver. Muy pronto, de hecho. Solo quería apreciar sus gestos, leerlos. Averiguar si mis palabras le provocaban algún tipo de tristeza. Era presuntuoso por mi parte, tal vez, pero el hecho de que esbozara una correcta y profesional sonrisa en ese momento hizo que por primera vez en mucho tiempo —años— dudase de mi atractivo.

¿Era posible que aquella mujer, alta y elegante, perfecta para quedarse en mis dominios, fuese totalmente inmune a mis palabras?

—Entiendo —dijo—. Realmente dudo que necesito volver, señor Percival… Si me dice exactamente lo que necesita, me pondré a ello y podemos resolver todo el asunto de su vestimenta en solo unos días.

—Por favor, llámame Samuel.

—Está bien. Samuel.

Hurgó en su bolso. Sacó de él un cuaderno Moleskine negro y un bolígrafo. Parecía dispuesta a tomar notas. La observé como si fuese un ave rapaz. Tal vez aquella chica no quería perder el tiempo. ¿Había sido demasiado brusco?

Ella era curiosa, lo notaba. Había deseado saber más en cuanto puso un pie en mi casa. Si vivía solo…o más concretamente, si existía una señora Percival. Solo esperaba haberle dejado claro que no, que ese hueco continuaba vacío, a pesar de lo que encerraba mi habitación amarilla. Algo que ella jamás vería.

Cassidy Parker podría llenar cualquier vacío. Y su sitio, —lo supe en cuanto se puso en pie, dispuesta a hacer su trabajo—, estaba allí, a mi lado. En aquella casa en medio de las nubes bajas de Manhattan.

CAPÍTULO 3

CASSIDY

Supongo que solo era una sensación. Había algo que no me cuadraba. Y no era Samuel, creo. Era el lugar en el que vivía. Aquel gigantesco apartamento en el que cualquiera se perdería, lleno de paredes cubiertas con telas y puertas bien cerradas.

Lo seguí hasta su vestidor, al cual se accedía a través de un pasillo desde su despacho. Me comentó que esas eran sus *habitaciones privadas*. No era necesario entrar en el dormitorio, y eso me fastidió un poco, pues no me había pasado por alto el hecho de que estaba decorado en negro. ¿A qué se refería? ¿Paredes pintadas de negro? ¿O era simplemente un tono oscuro?

Una de las cosas que más me fascinan de mi trabajo es poder acceder a las casas de hombres y mujeres poderosos. Y observar. Tomar nota de todo lo que les obsesiona, de cada uno de sus tesoros. Pero era como si el hogar de Percival tuviese dos caras, dos ambientes. El que él usaba y me estaba enseñando, neutro y elegante, y el que pertenecía a la herencia de su familia y ocultaba detrás de todas aquellas puertas cerradas.

En todo caso, me acompañó hasta su vestidor y abrió las puertas. Era grande y luminoso. No vi nada inesperado. Solo demasiados huecos.

—Vaya…está casi vacío. Háblame un poco de tu estilo y qué tipo de eventos son los que habitualmente.

Samuel fue al grano:

—Solo necesito cinco prendas exactamente iguales a las que ves aquí. Cinco de cada una de ellas. Misma talla, mismos colores.

¿Había oído bien?

Era un armario casi monocromático. Camisas blancas, azules y negras. Tom Ford. Tres trajes de Prada. Algunos polos Armani. Ropa deportiva Nike. Y estanterías vacías, muchas.

—En el fondo soy un minimalista —dijo, sonriendo.

Nos miramos. Era muy atractivo. Mucho. Eso era innegable. Aquel encargo, si era exactamente lo que pensaba, iba a ser demasiado fácil. Aquella sería la única vez que pisara el rascacielos de los Percival. ¿Comprar todo lo que había allí, multiplicado por cinco? Aquel hombre no necesitaba mis servicios, en realidad.

Me llevé el extremo del bolígrafo a los labios y lo mordisqueé.

—Samuel, no sé si te estoy entendiendo bien.

—Seguro que sí.

—¿Quieres que compre cinco prendas idénticas a las que hay aquí?

—Exacto. Cinco de cada una. Siempre visto igual. Solo necesito tener más de lo mismo. ¿Me explico? Renuevo todo cada tres o cuatro años.

—Ya, pero me temo que para eso no necesitas una *personal shopper* como yo. Tal vez alguien de tu equipo podría haber hecho un rápido inventario de todo y simplemente…

Me frenó en seco.

—No. Quiero que lo haga una profesional. Y sí, sé muy bien que esto está por debajo de tus competencias y tu capacidad. Pero es lo único que necesito, Cassidy. Más ropa exactamente igual a la que ya hay aquí. Nada más.

—Supongo que no tendrás un listado…

Samuel se rio. Su sonrisa lo humanizaba, borraba una parte de aquel misterio en el que yo ya me quería sumergir.

—No, lo siento…¿Hay gente que tiene un listado con toda su ropa? ¿Por escrito?

Me encogí de hombros.

—Me he encontrado de todo.

—¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a esto?

—Unos tres años…pero "esto" no es exactamente lo que hago habitualmente. Por lo general mis clientes son personas que no tienen tiempo de estar al día de las últimas tendencias y quieren darle un aire nuevo a su vestimenta. Nunca me había encontrado con alguien que simplemente quiere más… camisetas blancas.

Samuel se apoyó en el marco de la puerta. Creo que mi voz sonaba algo desafiante, pero aquella visita empezaba a no tener mucho sentido.

—Supongo que siempre hay una primera vez, *Cassie*. Voy a dejarte trabajar, hacer esa lista…Yo he de salir ahora. Tengo una reunión importante.

¿Cassie? Aquel hombre no dejaba de sorprenderme. No lo corregí. Mi familia y mis amigos más cercanos me llamaban Cassie. ¿Y me dejaba allí sola? ¿Hurgando en sus cosas? Nadie en su sano juicio dejaría a un desconocido solo en casa, revolviendo entre sus pertenencias.

—¿Quieres decir que…me quedo sola en tu casa?

Negó con la cabeza.

—*Villa* Percival nunca está vacía de todo. Yo paso mucho tiempo aquí, pero Sheila debe estar a punto de llegar. Y el tipo que se ocupa de que no muera de hambre.

—¿Un *chef*?

—Exacto, mi cocinero está por aquí. Ha llegado hace un rato. Y por cierto, le he pedido que te prepare un almuerzo rápido. Un aperitivo. Te traerán algo en unos minutos.

Contemplé el armario. Bien. Aquello iba a ser fácil. Contaría las camisas y los polos y me largaría de allí. Y aquellos serían los ocho mil dólares más fáciles de la historia.

Observé cómo Samuel se humedecía los labios. Aquel no podía ser un gesto discreto. No en su caso. Por mi mente cruzó como un relámpago la idea loca de besarlo. Me atraía demasiado ese hombre.

Él, como si me leyese la mente, dio un paso atrás, interponiendo algo de distancia entre nuestros cuerpos temblorosos.

Me recompuse.

—Muchas gracias, Samuel. Creo que lo tengo todo claro.

Miró su reloj.

—Le pedí a Sheila que estuviese aquí hace exactamente veinte minutos. Debe haberle surgido algo. Pero llegará enseguida. Si necesitas algo, pídeselo a ella. Debo irme.

Asentí.

—Todo claro, Samuel.

Supongo que el hecho de que se marchase y me dejara sola en su vestidor era lo mejor que podía pasar. Lo ideal para terminar mi trabajo, irme a casa y hacer aquel ingente pedido *online*. Facturaría todas aquellas piezas de ropa más un veinte por ciento extra por mis servicios.

Era dinero fácil. Demasiado. Me pregunté una vez más por qué Sarah me había pasado a aquel cliente. Por muy ocupada que estuviese, todo aquello podría estar solucionado en media mañana.

Samuel se despidió. Observé cómo se marchaba, de regreso a su despacho. Allí, me dijo, se había dejado su teléfono móvil, que era básicamente su herramienta de trabajo. No había dado su número personal por si surgía algo, así que supuse que era uno de esos clientes que no quieren, bajo ningún concepto, que te comuniques directamente con ellos.

Entonces se detuvo en mitad del pasillo.

Se giró y regresó un momento más a mi lado, solo para darme una última indicación:

—Solo una cosa más, Cassie. La puerta amarilla que hay en el salón… no quiero que la abras. Nadie debe entrar allí sin mi autorización.

CAPÍTULO 4

CASSIDY

Nunca debió haberme dicho eso. De repente aquellas pilas de camisetas blancas y negras, perfectamente planchadas y colocadas, carecían de total interés. Escuché el ruido de la puerta principal al cerrarse. Me había quedado sola… al menos en ese ala de aquella mansión suspendida entre las nubes, en el ático del rascacielos Golden Percival.

Dejé el cuaderno del que jamás me separaba sobre una de las estanterías. Nada me apetecía más que curiosear un poco por el hogar de Samuel.

Solo di cinco pasos hasta que me asaltó una idea inquietante: pensé que aquello podía ser una especie de trampa. *Nada le impide tener cámaras en su propia casa, en esa en la que vive solo con escaso personal de servicio,* pensé. *Es una pésima idea fisgonear…*

Agucé el oído en dirección a la cocina. Supuestamente alguien vendría a traerme un tentempié. La sensación de extrañeza no me abandonaba. *Tal vez lo mejor sería hacer tu trabajo lo antes posible y largarte de aquí.*

Eso era lo más inteligente.

Pero Samuel ya se había convertido en una figura gigante y enigmática que me obsesionaría durante los próximos días.

Abandoné el vestidor y me dirigí hacia el salón. Jamás había pisado una habitación más grande y majestuosa que aquella; y no eran pocos los áticos de Nueva York que había visitado en los últimos tres años. Era como estar en una de las principales salas de un gran museo. De hecho había arte clásico, probablemente de incalculable valor, en aquellas paredes.

Era curioso que Samuel Percival ocultara sus secretos detrás de la única puerta de la casa que destacaba. Nunca había pisado un lugar así. Era como si dos hogares de estilos completamente distintos se hubiesen entremezclado, dejando notas discordantes. Y esa puerta era una de ellas.

Eché un último vistazo al salón. Nadie a la vista.

La puerta amarilla dejaba pasar un ínfimo halo de luz a través del agujero de su cerradura que era demasiado grande. No tenía un pomo, por tanto solo se podía entrar con llave. ¿Por qué Samuel recalcaría que no quería que la abriese si yo, de todas formas, no podría hacerlo

de ninguna manera?

Está muy claro, pensé acto seguido. *La llave ha de estar por aquí, en algún sitio. No se la ha llevado. Es más, no debe ser muy complicado encontrarla. Con toda seguridad es una llave grande.*

Pero no iba a entrar. No iba a cruzar ese límite, y más cuando él así lo había indicado expresamente.

Aún así, me agaché y miré a través de la cerradura.

Lo que vi me impactó.

En aquella habitación había alguien.

Era una mujer, sentada en una cama, erguida y de espaldas a la puerta. La visión fue muy rápida y apenas tuve tiempo de asimilarla. Era morena, llevaba el pelo recogido y vestía una camiseta blanca de tirantes. Su cuerpo se mecía lentamente, en un movimiento cíclico y repetitivo. Estaba en silencio. Con la posición en la que estaba, no podía saber su edad.

Me retiré a toda velocidad de la puerta, sobresaltada por la imagen. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Aquella mujer estaba allí encerrada? Me aparté de la cerradura como si quemara, aunque sentía la seria tentación de mirar de nuevo para asegurarme de que no eran imaginaciones mías.

Di unos pasos atrás. Entonces escuché de nuevo la puerta que comunicaba con el exterior. Oí una voz de mujer anunciando su llegada. Alguien acababa de entrar en la casa de Samuel. Caminé a toda prisa de nuevo hacia el vestidor, perdiéndome por el pasillo.

Traté de no hacer ningún ruido, evitando que mis tacones apenas tocasen las delicadas alfombras.

Durante los siguientes veinte minutos, sin dejar de preguntarme quién era aquella mujer a la que no se podía acceder, —¿podría ella salir de allí?— elaboré la lista de las prendas que tenía que comprar para Samuel. No pude evitar revisar los armarios a fondo, buscando alguna pista, algo que él se hubiera dejado atrás.

No vi nada extraño en el sitio que él me había confiado.

Entonces lo oí.

Al principio pensé que era un ruido, uno de esos ruidos que oyes cuando acabas de llegar a una casa nueva y sus paredes se manifiestan durante la noche. Solo que no era de noche. La luz entraba a raudales por los ventanales de la casa Percival.

No era exactamente un ruido.

Era un grito ahogado, contenido, como si alguien lo profiriese con la boca cerrada.

Alguien gritaba con los labios unidos.

Me levanté del suelo, donde me había acomodado para revisar los cajones inferiores de la cómoda.

Esta vez sí, guardé mi cuaderno en el bolso y cogí mi chaqueta. Mi

trabajo estaba hecho. Quería salir de allí.

Fue entonces cuando una figura alta y espigada me cerró el paso. Era una mujer aferrada a una bandeja. Tendría unos cincuenta años y por un momento me pregunté si era la persona que permanecía oculta tras la puerta amarilla.

—Le traigo un aperitivo, Cassidy.

Me miró con sus ojos grises y serenos, rodeados de finas líneas de expresión. Tenía la melena recogida en un moño que parecía demasiado tirante.

Miré mi reloj, nerviosa.

—Oh, gracias pero ya me iba.

No pude evitar reparar unos segundos más de la cuenta en su imponente presencia.

—Soy Sheila Bellevue, el ama de llaves —dijo, como si hubiese esperado más de lo debido a que yo le preguntara su nombre.

Dejó la bandeja sobre una de las cómodas. En ella había agua, dos refrescos, una tetera y un sándwich.

—No tenía por qué molestarse, Sheila. En realidad ya me iba. Llego tarde a otra cita.

Bajé la vista, dispuesta a marcharme. Había algo en sus ojos que me inquietaba. ¿Aquella era la dama que se ocupaba de los asuntos domésticos de Samuel? En ese instante pensé que ella y yo jamás podríamos movernos bajo el mismo techo. La señora Bellevue y yo nunca coexistiríamos en el mismo espacio.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó—. Parece…agitada.

—Sí, es solo que he de marcharme ya. Y tengo que seguir trabajando en este armario, ya desde casa. Hacer las cosas pertinentes que me ha encargado el señor Percival.

—Oh, entiendo…La acompañaré hasta la salida, entonces.

Lo oí de nuevo. El grito. Solo que esta vez no era contenido.

—¿Qué ha sido eso?

Caminé con decisión de nuevo hasta el salón y encaré la puerta amarilla.

—Viene de ahí —le dije.

—Supongo que Samuel ya le ha indicado que no es posible abrir esa puerta, ni mucho menos entrar en ella.

Me giré y di un paso hacia Sheila.

—Dígame una cosa: ¿no es usted el ama de llaves?

Negó con la cabeza, y después sonrió.

—Lo siento. No podemos abrir. Son órdenes.

—¿Quién hay ahí dentro?

—Creo que si ha terminado ya su trabajo será mejor que se marche.

—Me parece que hay alguien en apuros…

El ama de llaves apoyó entonces sus manos sobre mis hombros y me habló de forma condescendiente:

—Todo está bien aquí, Cassidy. Créame. Puede marcharse tranquila.

CAPÍTULO 5

SAMUEL

Fui consciente de que todas las miradas se clavaban en mí en cuanto pisé el vestíbulo del hotel Governor. Era el último en llegar a la fiesta anual de arquitectos y si todo iba bien, sería el primero en marcharme. *Acompañado, espero,* pensé.

El único motivo real por el que estaba allí era Cassidy. Yo no iba a fiestas. No tenía ninguna necesidad de ello, ni me gustaban especialmente.

Me habían asegurado que ella estaría en ese encuentro del Governor, acompañada de Sarah, su socia.

Al parecer, de vez en cuando se dejaban caer por eventos de aquel tipo para hacer *networking* y buscar nuevos clientes. Durante los últimos días me había preocupado de hacer mis deberes con respecto a ella. Averiguar todo lo que podía. Así que me animé a abandonar mi ático y aventurarme en la noche de Manhattan para conseguir de una vez lo que no había resultado hacía solo unos días: conquistar a Cassie.

Sheila me había puesto al tanto de lo que había sucedido en casa, de la manera exacta en que Cassidy había abandonado mi hogar. Alarmada y a toda prisa.

No había dejado de cumplir con su cometido, esa era la verdad. Esa misma mañana una empresa de transportes había traído tres cajas que contenían todo lo que le había pedido. La renovación de mi armario estaba casi lista. Solo faltaba que Cassidy regresara para disponer todo, bien ordenado, tal y como a mí me gustaba.

Le pedí a Sheila que contactase con ella. Y lo que recibió por respuesta no terminó de sorprenderme: si yo estaba conforme, enviaría a alguien de su equipo a colocar todas las prendas y a reorganizar el vestidor.

Cassidy no quería volver a casa.

Era un hecho. Y yo estaba dispuesto a subsanarlo, a solventar aquel malentendido.

Llegué solo a la fiesta.

Saludé sin demasiados aspavientos a algunos conocidos: por allí estaban Noah Pruitt y el pequeño de los hermanos Davies.

Me abrí paso en dirección a la barra. Desde allí podría avistar a todos los invitados y de paso calmar la sed repentina que me invadía.

Había sido un día muy largo.

En cuanto llegué a casa el día anterior me arrepentí de haberme marchado y dejado sola a Cassidy en mi vestidor. Debería haber anulado mi reunión y haberla acompañado durante todo el rato. Por mucho que aquello solo fuera un “primer contacto”.

Sheila no era más que una extensión de mi madre, su mano derecha y sus ojos en mi casa cuando mamá estaba de viaje en Inglaterra.

Siempre he pensado que los ricos cometemos un error recurrente que se repite generación tras generación: favorecer las cosas para que nuestros amigos íntimos trabajen para nosotros. Tener a nuestras personas más cercanas “en nómina”. Rodearnos de “gente de confianza”. Eso es lo que sucedió con mi madre y con Sheila Bellevue, una de sus grandes amigas. Había pasado de tomar el té con ella e ir de compras a contratarla para que le hiciese compañía. *Y ahora me es imposible desprenderme de ella.*

Y tenía la firme convicción de que Sheila había espantado a Cassie.

Ya con una copa en la mano, tratando de apaciguar el ritmo de mis latidos, la vi. Recordé que en casa la había llamado *Cassie* sin su permiso explícito, pero ella, sorprendida, no me había corregido.

No quise perder ni un segundo. Avancé de nuevo entre la gente, ignorando a todos los que intentaban detenerme para presentarme a alguien.

—Cassie.

Se giró. No parecía sorprendida de verme, a pesar de sus palabras:

—Samuel, qué sorpresa.

Aún así, sus pupilas se dilataron. Es muy fácil apreciar ese gesto delator en los que tienen los ojos claros.

—¿Tienes un minuto? ¿Puedo invitarte a una copa? —le pregunté. Levantó la que tenía en la mano, indicándome en silencio que aún estaba medio llena.

—He recibido toda la ropa hoy —le dije—. Muchas gracias.

—Genial. ¿Está todo correcto?

—Estoy convencido de que sí, pero no la he revisado. La verdad es que esperaba de nuevo tu visita.

—Samuel, he tenido una agenda complicada los últimos días. Por eso te propusimos que alguien de nuestro equipo completase el pedido.

Me atreví a acercar mi mano a su brazo. Su piel tersa y caliente me provocó un escalofrío.

No había dejado de pensar en ella en los últimos días. Ninguna mujer había huido jamás de mí.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo? —insistí—. Solo serán unos minutos. Noté qué Cassie bregaba con una especie de

conflicto interno. Su lenguaje corporal me era favorable. Pero sus dudas eran evidentes. Y no podía echárselo en cara.

—Está bien —dijo.

Me siguió hasta una de las terrazas del hotel, desde donde se apreciaban unas bonitas vistas sobre el Bajo Manhattan. Las contemplamos en silencio durante unos instantes.

—Siento haberme marchado de casa el otro día. Me encantaría haberme quedado, y ayudarte…

Levantó una ceja, sorprendida.

—¿Cómo? No, no. Samuel. Ese es mi trabajo.

—¿Qué pasó con Sheila? ¿Te dijo algo fuera de lugar?

—No me dejó entrar, eso es todo. No abrió la puerta.

Tomé aire. Era muy directa.

—¿La puerta amarilla?

—Exacto. Oí un grito que provenía de allí dentro.

—Cassidy…es demasiado…complicado. Sheila hizo lo que debía. Confía en mí. Todo está bien.

Le sonreí. Mi sonrisa no solía fallarme. Pero ella no estaba del todo convencida.

—No se trata de eso, Samuel. Mira, entiendo que no es asunto mío. Es tu casa y tu intimidad. Pero yo no me sentí bien, eso es todo. Y tenía que irme, tenía otro compromiso… Mira…No le demos más vueltas.

Cassidy apuró su copa y la dejó sobre la barandilla de piedra. Parecía dispuesta a regresar a la fiesta.

Le cerré el paso y la rodeé con los brazos. La miré a los ojos y hablé:

—Si quieres que desaparezca de tu vida lo haré de inmediato, Cassie. Nunca volverás a saber nada de mí. Pero tampoco sabrás quién está detrás de esa puerta. Soy muy bueno volviéndome invisible. Es, de hecho, lo que mejor se me da.

Se detuvo. Miró al suelo. Yo levanté su barbilla con mi dedo índice para que nuestros ojos se reencontraran. Cassie suspiró. Las palabras le pesaban antes de soltarlas.

—Samuel, yo…creo que es mejor que mantengamos las cosas en un plano profesional.

—No es eso lo que me dicen tus ojos.

Esperé uno, dos segundos a que ella me contradijera.

Y como no lo hizo, la besé.

Los labios de Cassidy me recibieron exactamente como esperaba, rebelándose contra sus palabras y contra aquella actitud dubitativa.

No confiaba del todo en mí. Lo sabía muy bien, y haría todo lo que estuviese en mi mano para que aquellas dudas desaparecieran. Con cada milímetro que avanzaba entre sus labios más se afianzaba en mí

la certeza de que aquella era la mujer que llevaba tiempo esperando.

Su incertidumbre era razonable.

Renée, encerrada en mi casa, prisionera de los Percival, nos había desobedecido. Aquella cría díscola no había podido seguir unas instrucciones tan básicas: *mantén la boca cerrada y quédate allí dentro, quietecita. Especialmente cuando vienen visitas.* Y por su culpa ahora Cassidy se resistía a mis avances.

Se separó un segundo para verificar que aquello era verdad. Estaba sucediendo. Ella y yo. Samuel y Cassie; no muy lejos del rebaño de ojos que nos contemplaba a cierta distancia, a través de la vidriera que nos separaba con el resto de la fiesta.

Sonreí, buscando de nuevo su punto débil. Aparté mis caderas de las suyas. Mi evidente erección estaba a punto de meterme en problemas. Iba a necesitar observar la ciudad de noche durante un buen rato, de espaldas a la fiesta, hasta lograr que todo volviese a la calma ahí abajo.

—Te espero mañana, Cassie. En casa. A las siete de la tarde. Ordenaremos ese maldito vestidor y luego, si me lo permites y si te apetece, cenaremos juntos. Espero poder contarte más cosas sobre mí. Sobre nuestra familia. Responder cualquier pregunta que tengas.

El beso había cambiado algo en ella. Lo decía el súbito rubor de sus mejillas.

Asintió, rendida.

—Está bien. Terminaré lo que he empezado, Samuel.

No podía saber si se refería al vestidor.

La atraje y le di un beso de nuevo. Fugaz, en los labios, antes de que me dejase allí solo en la terraza. Cassidy era perfecta y no podía desprenderme de una imagen: ella, en aquella casa. Siendo mi nueva prisionera o todo lo contrario: ella misma gobernando el maldito ático con una mano férrea superior a la de Sheila.

Ella tenía el poder de decidir. Lo que tuve claro, antes de encarar de nuevo la noche de Manhattan y esperar pacientemente a que mis sentidos volvieran a su templanza habitual, era que Cassie decidiría. Ella, en el fondo, tenía la llave de esa puerta.

CAPÍTULO 6

CASSIDY

Sarah llevaba más de dos minutos removiendo su café, sin poder apartar la vista de mí, asimilando mis palabras.

—Tendría que haber ido yo a la casa de Percival —me dijo—. Creo que esto te ha superado.

—Me temo que ya es tarde para lamentaciones. Dime, Sarah, ¿qué viste exactamente?

—Lo mismo que vio todo el mundo. O al menos los que estábamos cerca de la terraza del Governor. A Percival conquistándote. Besándote. Y a ti, totalmente receptiva.

Suspiré. Era incapaz de negar nada, y mucho menos de justificarme. En el fondo me daban igual las opiniones ajenas.

Había quedado para almorzar con mi socia, como hacíamos casi todos los viernes. Generalmente ese era el punto final a nuestra semana, a no ser que hubiese algún encargo urgentísimo.

Ni Sarah ni yo solíamos trabajar el fin de semana, ni los viernes por la tarde. Ese día, supongo, iba a hacer una excepción con Samuel Percival. Pero eso no era ningún esfuerzo. Al contrario, estaba deseando verlo.

Hacía un rato que había confirmado nuestra cita: a las siete en punto en su casa. Me envió un mensaje a mi móvil desde un número desconocido para confirmarme que lo de la noche anterior, en la terraza del Governor, no había sido ningún espejismo: quería que le ayudase con las nuevas prendas del vestidor. Y quería cenar y charlar.

No había podido resistirme. Le había contado todo a Sarah. Todo es todo. Que llevaba días pensando en él, que casi me desmayo entre sus brazos cuando confirmé lo que yo sospechaba, que había despertado en él cierto deseo. Le conté mis percepciones sobre la siniestra figura que gobernaba su casa, Sheila, y también lo que había oído detrás de la puerta amarilla.

Pero eso fue lo que menos chocaba a Sarah.

—A veces me sorprende que lleves tantos años viviendo en esta ciudad devastadora, Cassie.

—¿Por qué lo dices?

—Hace tres años que trabajamos con tipos millonarios. Mucho más que Percival, incluso, que no es poco. Y te siguen sorprendiendo sus excentricidades. Me hace gracia.

—Pero, ¿a quién crees que esconde en su casa? ¿Y por qué no la deja salir de esa habitación?

Sarah tomó aire. Tal vez dar vueltas al mismo asunto durante más de una hora ya le estaba agotando.

—Cassie, cariño. Podemos especular durante horas y nunca sabremos la verdad a ciencia cierta hasta que no le preguntes. Y eso contando con que te diga la verdad. Yo ya te he dicho todo lo que sé sobre Samuel. Es un buen amigo de Noah Pruitt. O al menos lo eran hasta no hace mucho. Y Noah me ha contado algunas cosas sobre él que no acaban de… encajarme. Yo no lo conozco personalmente. Creéme, a estas alturas tú lo conoces mucho más que yo…

—Pero, ¿qué es lo que no termina de encajarte?

Sarah se echó hacia atrás en la silla y dio por fin un sorbo de su café solo. Era la única persona que conocía que tomaba café únicamente a media tarde, jamás por la mañana.

—Más que él…Su familia. Los Percival. La madre, Cassandra Percival es una persona muy particular. No sabría decirte. Tiene ese talante inglés, y sin embargo siempre aparece bronceada en todas partes. No sé. Siempre parece que esté de vuelta de alguna isla tropical.

Solté una carcajada.

—Tú y tus observaciones. Su madre está en Inglaterra, según tengo entendido. Vive allí la mayor parte del tiempo. Y no entiendo por qué tiene que ser un obstáculo.

Sarah dejó la taza sobre la mesa.

—Cassie, prefiero ahorrarte los cotilleos que circulan sobre esa familia. No te benefician en nada, porque creo que, por algún motivo que no alcanzo a comprender, Percival te gusta. Mucho. Nunca habías mostrado interés por ninguno de nuestros clientes. Al menos a ese nivel.

Me quedé callada.

—Es que necesito saber…

—Entonces es mejor que él te cuente. Sinceramente, no doy crédito a nada de lo que se dice sobre Samuel Percival. Pero nunca habría dejado que fueses a su casa sola, en lo alto de ese rascacielos, si lo que se cuenta sobre él es verdad.

—Dime, Sarah, ¿qué se dice? ¿No crees que necesito estar alerta?

Sarah se acercó a mí como si temiese que alguien pudiera oírnos.

—Que a Samuel Percival le gustan las cuerdas. No en un sentido literal. Que las únicas mujeres a las que ha tenido son las que aceptaron ser encerradas en su mansión. En la cúpula de ese rascacielos.

Me eché hacia atrás de la impresión. Estaba en *shock*.

—Y tú no crees que eso sea cierto.

Sarah negó con la cabeza.

—No.

—Pero yo la oí. Oí un grito. Y vi a una mujer a través de esa cerradura. No pude verle la cara, pero era alguien allí dentro, en una habitación cuya puerta no tiene pomo. Solo se abre con una llave que yo no podía conseguir. Y lo peor de todo es que si esa chica estaba allí encerrada, algo me dice que no quería ser libre a pesar de sus gritos.

Mi socia extendió su mano sobre la mesa, buscando la mía.

—Te creo, Cassie. Y entiendo perfectamente que tengas tus dudas con respecto a volver a esa casa. Yo solo sé lo que me contó Pruitt sobre Samuel. Y también lo que él piensa: que la realidad no tiene nada que ver con lo que cuentan de él. Me dijeron que el único elemento discordante de esa familia es Cassandra, la madre de Samuel. El resto de hermanos lo entendió bien y pusieron tierra de por medio. Uno dirige varias empresas en China. El otro es un científico destinado a la Antártica. No sé qué fue de su hermana pero apuesto a que también huyó en su día.

—¿Su hermana? Me parece que Samuel no mencionó a ninguna hermana.

Sarah suspiró. Echó mano de su bolso y su abrigo.

—Si quieres enviaré a Josh a casa de Percival para que coloque la ropa. No creo que tenga ningún problema en cubrirte…

Salté enseguida. Josh era el chico que nos ayudaba en la oficina. Había empezado hacía un año a trabajar con nosotros como becario y nos lo habíamos quedado… “como mascota”, decía a veces Sarah.

—No. No. Creo que me toca afrontar esto —salté enseguida.

—Como quieras. Pero quiero que estés localizable. Estaré pendiente del móvil. Cualquier cosa rara, no sé, Cassie… Si te sientes incómoda, si quieres que vaya a sacarte de allí, envíame algún mensaje. Cualquier cosa. Lo veré. Estaré alerta.

Sarah se marchó, tras darme un abrazo y despedirse hasta el lunes; y yo decidí que en lugar de tomar un taxi iría hasta casa dando un paseo.

Necesitaba pensar, entender lo que me estaba sucediendo.

¿Por qué una pequeña parte de mí entendía que existía algún tipo de peligro y aún así no me planteaba otra cosa que no fuese asistir a nuestra cita?

No sentía que el peligro viniese de Samuel, no. Me fiaba cien por cien de mi intuición. Nunca me había fallado. Era más bien ese ático, esa puerta amarilla, ese ama de llaves. Esos elementos eran los que me hacían estar en estado de alerta. Pero por alguna razón que no alcanzaba a comprender, nunca me había sentido más segura que entre los brazos de Samuel Percival en el momento en que nuestros labios se separaron, en aquella terraza del hotel Governor.

Apenas había podido dormir. Mi cuerpo temblaba cada vez que recordaba aquel beso.

Pero lo peor de todo era el deseo que me invadía, algo que jamás pronunciaría en voz alta. Me daría una vergüenza horrible reconocerlo.

Algo dentro de mí deseaba ser ella.

La mujer detrás de la puerta amarilla.

Deseaba ser su rehén.

CAPÍTULO 7

SAMUEL

No tuve un buen día y solo Cassidy podía arreglarlo. Su repentina irrupción en mi vida me había hecho replantearme muchas cosas. Ella era la llave, la oportunidad perfecta para romper con ciertos lazos familiares que seguían incomodándome.

Observé cómo Sheila se acicalaba delante del espejo. El ama de llaves no vivía en el ático, sino en uno de los apartamentos del piso inmediatamente inferior; y aún así su presencia era constante e intoxicante.

Era cuestión de días que se marchase con mi madre a Inglaterra, que se reuniese con ella en el *cottage* familiar de Kent, pero por algún motivo no terminaba de decirme cuándo se iba. Tampoco quería confirmarme si se llevaría con ella a Renée.

Me acerqué a Sheila.

—Cassidy vuelve esta tarde —anuncié, más bien como advertencia que como mero dato—. Va a ayudarme con todas esas cajas.

Se giró para encararme mientras arqueaba una ceja. Me pregunté si había aprendido ese gesto de mi madre. Parecía calcado.

—¿Solo se trata de colocar el nuevo vestuario?

Asentí.

—Es ella quien lo ha comprado —aclaré—. Así que supongo que lo mejor es que se ocupe ella.

—¿Es Cassidy la joven que vino el otro día, la que huyó a toda prisa?

—Sheila, si huyó fue probablemente porque tú la espantaste.

Dio unos pasos hacia el recibidor, en busca de su paraguas. Empezaba a llover en Manhattan. *Ojalá eso no detenga a Cassie,* pensé.

—Solo le traje el aperitivo que estaba listo en la cocina. Y no probó bocado. Le entró la prisa, de repente. Me pareció un poco descortés, si te soy sincera.

Me callé, fijando mi mirada en ella. Hacía años que había aprendido que contarle algo a Sheila, o darle más información de la pertinente, significaba que mi madre se enteraría de todos los detalles al cabo de una hora, tan pronto agarrase su teléfono.

Sheila se colocó su abrigo. Por fin se iba.

—Voy a tomar un café con una amiga, pero puedo cancelarlo si lo deseas. La verdad, Samuel, no entiendo por qué te preocupas de

minucias como ese vestidor. Yo estoy aquí para ayudarte. Ese es mi cometido cuando tu madre no está en Nueva York, recuérdalo. Yo puedo colocar la ropa.

Negué con la cabeza.

—Es tu tarde libre, Sheila. Disfruta.

Abrió la puerta, pero antes de irse, se dirigió de nuevo a mí.

—Dime una cosa…Esa chica, Cassidy. ¿Te interesa? Es la impresión que me dio.

Eso era exactamente el tipo de información que no quería darle, así que hice lo que hago habitualmente en esos casos. Suele funcionar. Le contesté con otra pregunta:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Nunca te ha interesado tu vestidor. De ahí que las mismas prendas se repitan constantemente, Samuel. No te interesa la ropa.

—Sigue sin interesarme. Solo he de renovarla.

Sheila Bellevue se encogió de hombros. Lo siguiente que me dijo sonó a advertencia velada:

—Supongo que antes de dejarla sola le advertiste que no debía curiosear por la casa, ni mucho menos acercarse a la puerta amarilla.

Resoplé.

—Sheila, estoy cansado de ese tema. No me queda energía para discutir.

—La pillé merodeando por el salón. Quería entrar. Me mordí el labio.

—Normal. Esa es exactamente la manera en la que yo hubiese reaccionado —contesté.

El ama de llaves suspiró.

—Si Cassidy Parker te interesa de verdad, deberé ponerlo en conocimiento de Cassandra, Samuel. Tu madre debe estar al corriente de quién entra y sale de esta casa.

Murmuré entre dientes, pero evité que mi voz saliera de mi cuerpo. Asentí y dejé que se marchara. No respiré tranquilo hasta que Sheila cerró la puerta. El día en que yo mismo abandonaría aquel maldito edificio estaba cada vez más cerca. Así lo sentía. Y esperaba hacerlo de la mano de Cassie.

El hecho de que hubiese citado a mi *personal shopper* un viernes por la tarde no era algo inocente. Era el día en que, si todo iba bien, Sheila no regresaría a casa a última hora de la tarde.

Era una mujer recta y rutinaria hasta la exageración. Eso me permitía adivinar sus movimientos con bastante fiabilidad. Seguro que al acabar su cita con Adele Homes, su “gran amiga” en los momentos en que no estaba aquí mi madre, se iría directamente a su apartamento.

Sheila Bellevue llevaba muchos años en nuestra familia,

concretamente desde que murió mi padre, cuando mis hermanos y yo nos veíamos superados por la adolescencia. Siempre había sido una figura confusa para mí. Era, en teoría, la “mejor amiga” de mi madre, pero lo cierto era que nadie conocía con exactitud la naturaleza de su relación. Con el paso de los años, y a medida que mis hermanos y yo fuimos creciendo, los viajes de mi madre a su Inglaterra natal fueron aumentando y prolongándose en el tiempo. Sheila rara vez la acompañaba. Las instrucciones de mi madre al respecto eran claras: *trabajaría* para nosotros y estaría a nuestra disposición, para todo aquello que necesitásemos. Ella *llevaría* la casa en su ausencia.

No me extraña que mis hermanos pusieran tierra de por medio.

Y a mí no me quedaba demasiado tiempo.

Mi nuevo ático, justo al otro lado de Central Park, estaba casi listo. El rascacielos Percival volvería a las manos de mi madre, donde siempre había debido estar. Mi presencia allí ya no tenía sentido.

Solo quedaba una cosa.

Resolver el asunto de la rehén, como yo mismo la llamaba.

La prisionera.

Sin darme cuenta había regresado al salón y me había detenido junto a uno de los ventanales. Desde allí podía apreciar la silueta *art-déco* del 55 Central Park West, mi futura casa.

Las vistas desde mi nuevo apartamento no iban a ser tan fascinantes, al menos no de cara al exterior, porque esperaba que dentro de él Cassidy adornase el nuevo hogar con cada uno de sus pasos.

CAPÍTULO 8

SAMUEL

El interfono sonó. Por fin. Me acerqué a él y pulsé el botón que comunicaba con el vestíbulo. La lluvia nos daba una tregua en ese momento. Era el portero del edificio:

—La señorita Cassidy Parker está aquí —anunció.

—Hágala pasar.

Los minutos que tardé en ver de nuevo su sinuosa figura se me hicieron eternos. Y por si fuera poco, estaríamos completamente solos.

Aguardé detrás de la puerta como un perro sediento, contando cada segundo de los cuatro minutos que se tardaban aproximadamente en llegar desde la planta baja hasta la planta noble en la que me encontraba.

Abrí la puerta en cuanto oí el ascensor. Cassie me miraba mientras se acercaba.

En cuanto estuvo a mi alcance, la devolví al lugar que le pertenecía: mis brazos. La estreché con fuerza.

—Pensé que no vendrías —le dije.

Nuestros labios se enredaron. Noté como su coraza empezaba a deshacerse.

—¿Por qué? ¿Por la lluvia?

—Por tus dudas.

—Estoy aquí, ¿no? —concluyó Cassie.

Entramos, dando pequeños traspiés, en dirección al salón, sin poder apartar las manos el uno del otro.

—He venido a terminar mi trabajo, señor Percival.

Pero su respiración agitada nos llevaba por el mal camino.

—Ya. Ya lo estoy viendo.

Cassie se rio.

—¡Lo digo totalmente en serio!

Por un instante su cuerpo se tensó. Se separó de mí unos dolorosos centímetros y miró a su alrededor. En ese momento, un relámpago iluminó el salón.

—Tranquila, estamos solos.

Observé cómo su mirada recaía sobre la puerta amarilla. La cogí de la mano. Quería apartarla de aquello.

—Ven, vamos al vestidor.

El pasillo que nos separaba de la habitación donde guardaba la ropa era casi borroso, pero todo se enfocó de nuevo en cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros.

Cassie se lanzó a mis brazos. Estaba desatada y no había nada que me gustase más. Era una mujer valiente, decidida a seguir su impulso y satisfacer su deseo, aunque no tuviese toda la información respecto a mí. Información que yo le revelaría, por supuesto, pero no era el momento.

Todo a su debido tiempo.

Cassie estrechó su cuerpo contra el mío, tocándolo, apretándolo libremente, mientras nuestras bocas se topaban una y otra vez.

Nuestro primer beso, rodeado de miradas ajenas y curiosas, en la terraza del Governor, había sido dulce, profundo. Sentía que no era el mismo desde ese beso. Pasados los días lo atesoraba ya como un recuerdo perfecto que guardaré para siempre. No lo olvidaré ni cuando sea viejo y decrépito.

Pero lo que estaba ya sucediendo en aquel vestidor no era dulce. En absoluto. La dulzura había retrocedido, se había quedado allí fuera, bajo los relámpagos. Había sido reemplazada por una lujuriosa necesidad. Por desesperación.

Cassie se estaba deshaciendo de mi ropa.

Mientras nos besábamos, me desabrochó la camisa hasta que logré tirar de ella y quitármela por encima de la cabeza.

La tienda de campaña entre mis piernas era más que evidente, y aquellos pantalones holgados no me ayudaban a disimularla. Cassie desabrochó el botón y deslizó la cremallera. Dejó que el pantalón cayese al suelo. Dos segundos después estaba de rodillas ante mí, una visión perfecta. Ni en mis mejores sueños. Tomó con suavidad mi polla y la acercó a sus labios carnosos. No estaba preparado. No. No lo estaba. Ni para sus sinuosos movimientos ni para la oleada de placer que me sobrevino cuando palmeó su lengua con ella. Deslicé una mano por debajo de su melena y agarré un puñado de rizos. Observé su reacción. Cerró los ojos y lamió con más ímpetu.

—¡Joder, Cassie!

Aquello era inesperado, sucio, perfecto. La mujer que me obsesionaba desde hacía tiempo, la que observaba desde la distancia en las fiestas de ricos de Manhattan, me estaba haciendo la mejor mamada de mi vida.

Una de sus manos se deslizó hacia la base de mi pene con cuidado. Lo rodeó y empezó a presionar, masajeando de manera rítmica. Su boca pequeña, húmeda y cálida, unida al movimiento acompasado de su mano amenazaban con llevarme al abismo.

—Me voy a correr —dije con voz áspera, estirando un poco de su pelo.

Cassie no se movió. Al contrario. Insistió en absorber cada vez más rápido. *Oh dios mío,* pensé, *quiere que termine en su boca.*

El placer que me golpeó era casi eléctrico, tenía poco que envidiarle a los rayos que caían ya sobre Nueva York y que habían dejado todo el ático sumido en la penumbra. Siguiendo a un profundo gemido que sacudió los cimientos de mi ser, inundé su boca con mi semilla. Cassie tragó con avidez, sedienta de mí.

No perdí ni un segundo. La ayudé a ponerse en pie y la besé con intensidad, saboreando mis propios restos entre sus labios. La acaricié, buscando sus centros de placer y la forma en que se retorcía bajo mis manos provocó que me endureciese de nuevo. Así de rápido. Cassie se dio cuenta.

—Eres insaciable. Me gusta —dijo, casi ronroneando.

Si ella supiera. Si ella supiera que no la voy a dejar escapar después de esta noche.

La liberé de su vestido y también del sexy *body* de color *champagne* que ocultaba debajo.

—Qué pena no tener tiempo de admirar todo esto con detalle —dije.

Tenía prisa. Quería contemplar su cuerpo curvilíneo desnudo y adorarlo como se merecía. Su cintura estrecha, caderas redondas y muslos carnosos me hipnotizaban, y sus pechos redondos y alegres, con sus pezones duros de color rosa oscuro parecían suplicarme que los probase ya. Mi deseo era doloroso.

La guié del vestidor hasta mi cama y la acosté boca arriba, complaciéndome con la seda de su piel contra mis dedos mientras yo ya acariciaba, apretaba y tocaba. Se retorció un poco y prácticamente pude oler su necesidad mientras perfumaba el aire con su presencia.

Bajé mi boca hacia sus pechos y me deleité con sus dulces pezones, disfrutando de sus gemidos mientras yo lamía con avidez y la provocaba.

—Antes me has encendido, Cassie. Ahora es tu turno.

La desnudé por completo. Me molestaba cualquier tela entre nosotros.

Dejé un rastro de besos húmedos por todo su vientre, sin dejar ni un centímetro por saborear desde su ombligo hasta su intimidad. Abrí con suavidad sus muslos turgentes y los recubrí de besos igualmente, mientras me deleitaba con su respiración entrecortada.

Cassie se aceleró en cuanto pasé mi lengua por la línea en la que su muslo se unía al resto de su cuerpo, muy cerca de mi objetivo final. Sonreí.

Creo firmemente que el tormento es parte del placer, y ese placer es tanto para mí como para ella. Inhalé su esencia más íntima, su aroma perfecto, mientras me desplazaba hasta su otro muslo, apenas

rozando su centro con mi aliento. Ella gimió de nuevo.

Su sexo era suave y casi desnudo, excepto por un pequeño triángulo de pelo, perfectamente recortado en la parte superior. Parecía una flecha que me señalaba el camino correcto. Sus labios estaban hinchados, y esa visión hizo que mi boca se inundase de saliva. *Basta ya, Samuel,* pensé. *Devórala de inmediato.*

La cubrí con mi boca, deslizando mi lengua lenta y profundamente a través de su hendidura, que estaba ya del todo empapada.

Cassie gritó ante ese contacto íntimo.

Me recreé en su dulce néctar. Lo saboreé una y otra vez. Lo sentía casi azucarado. Sujeté con firmeza sus muslos, hundiéndome aún más en ella, como si mi vida dependiera de ello. Tan concentrado estaba en el mejor de los postres que tardé unos segundos en escuchar sus gemidos. Sus piernas se cerraron sobre mi cabeza, y sus caderas se desplazaban en dirección a mi boca, aún más. Me agarró del pelo y estiró hacia ella.

—Oh, joder, Samuel. Me corro —jadeó.

La taladré con mi lengua, ya dentro de ella, una y otra vez, mientras Cassie prácticamente montaba mi boca al mismo tiempo que alcanzaba su merecido orgasmo. Levanté enseguida la cabeza. Quería admirarla. Me deslicé sobre su cuerpo hasta que estuvimos de nuevo cara a cara.

—Ha sido perfecto y aún así no es suficiente —le dije—. Necesito estar dentro de ti.

Cassie tomó buena nota de mi deseo, casi una súplica. Se colocó encima de mí.

—No quiero ningún obstáculo entre nosotros, Samuel. ¿Te parece bien?

Me sorprendió, pero dije que sí, por supuesto. No podía apartar mis ojos de su silueta, estaba como hipnotizado. Un cuerpo hermoso, con pechos llenos y coronados por esos pezones puntiagudos que parecían reclamar mi atención otra vez. Vientre suave y muslos firmes. Era una auténtica diosa.

—No tienes que preocuparte por eso, cariño. No he estado con nadie en al menos un año. Yo también quiero sentirte —confesé.

Me alegró que ella hubiese sacado el tema. Tal vez no era lo más correcto, pero era lo que ambos deseábamos en ese instante. Y siempre he pensado que lo importante es hablar antes de proceder. Que los dos estemos en la misma página.

Cassie apoyó sus manos sobre mi pecho y empezó a descender sobre mi sexo, despacio. Estaba recreándose y amoldándose a mi tamaño. Me mordí el labio para contener el fuerte gruñido que mi cuerpo dejaba escapar de forma espontánea. Tan apretada, tan cálida, tan húmeda. Ella dejó escapar pequeños y suaves jadeos con cada

movimiento hacia abajo, hasta que por fin aterrizó sobre mi cadera. Estábamos unidos por completo. Entonces Cassie empezó a moverse, buscando la plena fricción de nuestros cuerpos. Cuando encontró el punto exacto que le satisfacía, empezó a cabalgarme como si ese fuera nuestro último día sobre la Tierra.

Traté de incorporarme para abrazarla, porque nuestros cuerpos estaban a punto de derrumbarse. Deseaba besarla. La busqué ávidamente con mi boca y Cassie empezó a gemir entre mis labios.

Justo cuando fui consciente de que estaba perdiendo el control, ella dejó escapar un grito que debió escucharse en todo el ático.

—¡Oh! ¡Samuel, otra vez! ¡Dios mío!

Me abrazó con fuerza. Y tembló. Cassie dejó escapar un último jadeo y a continuación estalló. Sus paredes internas empezaron a contraerse alrededor de mi miembro.

—Eso es, nena —gemí en voz baja, siguiéndola al instante.

Noté cómo la inundaba al instante. Mi semilla salía a borbotones mientras Cassie se derrumbaba sobre mí. Las sábanas estaban arruinadas probablemente, y me daba igual. La abracé durante unos minutos, mientras recuperábamos el aliento. Ni siquiera recordaba el motivo original de su visita. Esa distancia entre nosotros, cortés y profesional, había quedado dinamitada.

Fui consciente de que me había enamorado de ella. A fondo. Hasta las trancas. Y si ella me correspondía, si lograba que se me quedase a mi lado a pesar de mi adversidad y de lo que encerraba aquella casa, entonces íbamos a ser invencibles.

CAPÍTULO 9

CASSIDY

Me ruboricé una vez más, recordando lo que Samuel y yo habíamos hecho en aquel vestidor. La manera en que di rienda suelta a mis instintos más bajos y me concentré en disfrutar. Supongo que pensé: *si esta es la última vez que voy a estar entre sus brazos, entonces más me vale crear un recuerdo que jamás me abandone.*

Era sábado por la tarde y él y yo no nos habíamos despegado en las últimas veinticuatro horas. Samuel dijo que la ropa que había llegado podía esperar en las cajas, que era mucho más urgente profundizar en lo que habíamos empezado.

Salimos a cenar esa misma noche. Me llevó a *Clint*, un nuevo restaurante para el que yo misma había intentado reservar mesa hacía solo unas semanas, sin éxito.

Noté cómo algunas miradas indiscretas se detenían en nuestra mesa más de lo que a Samuel y a mí nos hubiese gustado. Aquel lugar estaba lleno de potenciales clientes, gente con la que nos podríamos cruzar en un futuro, tanto para él como yo. La comida estaba deliciosa y la compañía era aún mejor, pero supongo que ambos exudábamos esa energía desprendida en la cima del edificio Percival. No podíamos apartar los ojos el uno del otro.

Cuando ya nos íbamos me crucé con Cinthia Leighton, una de mis clientas recurrentes, acompañada de su marido. No podía decirse que fuéramos amigas, pero sí habíamos salido a tomar un cóctel alguna que otra vez después de poner en orden su armario.

Pero esa noche Cinthia estaba rara.

Nos encontramos en el guardarropa del restaurante y no tenía muy buena cara. Incluso me pregunté si algo le había sentado mal. Vio a Samuel a mi lado y bajó la mirada. Desde luego, no estaba tan habladora como en otras ocasiones.

Me miró con un gesto de preocupación, y mientras Samuel se adelantaba y se alejaba unos metros de mí, conversando con uno de los relaciones públicas, Cinthia se acercó a mi hombro y me preguntó:

—¿Está todo bien, Cassie?

—Claro, ¿por qué?

—Oh, nada. Solo vi que estabas con Percival. ¿Has cenado con él?

Supuse que mucha gente lo conocía. Asentí y le hice un gesto de despedida.

La verdad, me molestaba aquella actitud repentina de Cinthia. Primero, porque era evidente que habíamos cenado juntos. Que aquello era una cita. Era indiscreto preguntarme por ello directamente. Y segundo, porque saltaba a la vista que su pregunta no era casual o inocente. Era condescendiente, sonaba como si hubiese cometido el mayor error de mi vida.

—He de irme, Cinthia. Ha sido un día muy largo. Disfrutad de la noche.

—Tú también, querida. A ver si hablamos pronto…

No contesté. Me fui con Samuel, que me esperaba ya fuera, junto a la puerta del restaurante. Fue él quien me sugirió que esa noche fuésemos a mi casa, y a mí me pareció la mejor de las ideas. Algo dentro de mí quería alejarse de ese ático. Sentía que aquella no era plenamente la casa de Samuel, sino la de su familia. No le dije que había algo en ella que no me gustaba, porque deseaba que si tenía algo que contarme, saliera por su propia iniciativa.

Cuando llegamos a mi apartamento en Greenwich esa noche de sábado, Samuel pareció relajarse.

—Mi casa no es muy grande. Lo siento.

—No, no te disculpes, Cassie. Es perfecta. Me alegro mucho de estar aquí contigo.

Tomamos una última copa antes de irnos a la cama. Estábamos rendidos. Puse un disco de vinilo de Tom Waits y Samuel no perdió la oportunidad de acercarse a la pared para admirar mi modesta colección de música.

—Tienes buen gusto —me dijo.

—Gracias. Son solo piezas de segunda mano que encuentro a veces en el mercado de Subborn. Pero últimamente no voy todo lo a menudo que me gustaría.

—Mi madre detesta la música –contestó de repente—. Nunca nos dejó poner música en casa, por eso mis hermanos y yo siempre la escuchábamos en nuestro cuarto, con los auriculares puestos.

—Oh, vaya…Lo siento.

—No importa.

Cambió de tema. Era evidente que la familia era su talón de Aquiles. *Dale tiempo*, pensé.

A la mañana siguiente Samuel me dijo que tenía que hacer algunas cosas y que debía marcharse. Me dio un beso.

—Te echaré de menos —me dijo.

Algo se me quebró por dentro. Pero no me atrevía a preguntarle cuándo nos encontraríamos de nuevo. Era consciente de que habíamos pasado todo el tiempo juntos desde el viernes por la tarde, todo el fin de semana, y un poco de distancia, aunque fuese unas horas, nos

vendría bien.

Lo acompañé a la puerta. Allí, me abrazó de nuevo, con fuerza, y me besó apasionadamente antes de despedirse. Sus palabras, convertidas en un placebo, aplacaron mis nervios:

—¿Nos vemos luego, Cassie? ¿Por la tarde? ¿Te gustaría venir a casa? Solo si no tienes planes, claro.

No, no los tenía.

—Supongo que deberíamos organizar el vestidor —murmuré.

Samuel se rio.

—Es cierto. Ni me acordaba. Haremos eso, si te parece.

Se marchó, dejándome con ganas de más.

Cuando cerré la puerta y me metí en la ducha, permitiendo que el agua resbalase sobre mi piel durante muchos más minutos de los que acostumbraba, la realidad me sacudió. Fui consciente de lo que me sucedía.

Dicen que cuando necesitas pensar, o encontrar la solución a un problema, lo mejor es dar un paseo o darse una ducha. El agua canaliza tus emociones y te aporta claridad.

Estaba enamorada de él.

Y eso me aterraba porque me ponía en una situación vulnerable.

Había pasado demasiado rápido, en apenas unos días, y me aterrorizaba pensar que no podía hacer nada al respecto.

No hacía ni una hora desde que nos habíamos separado y ya estaba deseando volver a su lado. En aquella casa perturbadora o donde fuese.

Salí de la ducha, me sequé y me vestí. No recuerdo si ese día comí algo. Solo sé que durante las siguientes cuatro horas fijé mi vista en el reloj que tenía en la pared de la cocina y me dediqué a observar el ínfimo movimiento de las manecillas, a contar los minutos que faltaban hasta nuestro siguiente encuentro.

CAPÍTULO 10

CASSIDY

Eran las siete de la tarde cuando llegué al rascacielos Golden Percival. Había otro portero, no era el mismo que me había recibido en mis dos anteriores visitas, cosa que agradecí, porque aquel tipo no perdía la ocasión de soltar alguna “bromita” sobre los Percival. ¿Estaría Samuel al tanto de eso?

—Puede subir —me dijo amablemente, en cuanto colgó el intercomunicador.

—Gracias.

Fui muy consciente de las emociones que me inundaban durante aquel eterno trayecto en ascensor hasta la planta número veintiséis. Estaba alterada, impaciente. Ya ansiaba el abrazo y el beso que me esperaban junto a la puerta. Era una sensación placentera y nerviosa al mismo tiempo. Como cuando estás ya en la cama, a oscuras, y no puedes dormir debido a la excitación por algo que sucedió durante el día.

Aquella zozobra se apagó de un plumazo en cuanto llegué a mi destino, la puerta del ascensor se abrió y observé que no era Samuel quien me esperaba junto a la puerta, abierta de par en par.

Era Sheila.

El ama de llaves.

Sonreía con ese gesto impostado y profesional que yo tan bien conocía.

—Cassidy, adelante.

No esperaba su presencia. Para nada. Samuel me había dicho que durante los fines de semana ella apenas aparecía por allí.

—¿No está Samuel? —murmuré.

—Oh, no. Volverá enseguida. Ha salido a comprar algo. Estaba al tanto de tu visita, aunque me dijo que no sabía la hora exacta a la que vendrías.

La seguí por el vestíbulo en dirección al salón principal.

—Siéntate, por favor. Ponte cómoda. No creo que Samuel tarde mucho. Yo he de arreglar unas cosas en la cocina.

Hice lo que me sugería, aunque no me apetecía mucho estar allí sola, tan cerca de la condenada puerta amarilla. Fijé la vista en ella, era demasiado llamativa. Por suerte, Sheila no comentó nada acerca de nuestra atropellada despedida de la otra vez.

—Samuel ha…¿salido a comprar? —pregunté, antes de perderla de vista.

Me parecía extraño, eso era todo. Sabía muy bien que él no se dedicaba a menudencias de ese tipo. Tenía personas que podían hacer cualquier recado por él, incluida la propia Sheila. ¿Por qué había salido a comprar precisamente a la hora en la que yo iba a llegar? Sí era cierto que no habíamos concretado una hora exacta, por eso aparecí a la misma que el viernes: las siete de la tarde. No tenía sentido que no estuviese allí. ¿Se había olvidado de lo que habíamos hablado esa misma mañana?

Sheila se cruzó de brazos antes de contestarme:

—Sí. Se ha marchado a comprar algo para ti, así que me temo que yo no podía ayudarlo. Me dijo que era algo personal.

El ama de llaves se dio la vuelta. Me llamó la atención que, con lo profesional y servicial que era, no me ofreciese nada de beber.

Traté de relajarme en el cómodo —y carísimo— sofá de cuero. Aquella pieza de diseño era la nota discordante del salón, la más moderna. Clavé la mirada de nuevo en aquella maldita puerta, en la cerradura que dejaba pasar la luz. ¿Seguiría allí aquella mujer?

Esto es ridículo, Cassie. Tienes que hablar con él. Tiene que explicarte quién es su rehén. Quién es la mujer que hay detrás de esa puerta.

Respiré profundamente, tratando de serenar mis pensamientos. Todo estaba en silencio en la casa sin música. Tal vez la rehén ya no estaba allí.

Saqué el móvil del bolso para revisar mis emails. Aquel fin de semana había ignorado por completo cualquier cuestión relacionada con el trabajo. El último correo era de Sarah. En el asunto ponía ***“Todo bien?”.*** Eso era todo. El interior del email estaba vacío. Cerré la *app* y pensé que, de todas formas, la vería al día siguiente en nuestra oficina, como todos los lunes. Ya tendríamos tiempo para ponernos al día.

En ese momento mi móvil sonó. Me sorprendió el nombre que vi en la pantalla.

Cinthia Leighton me estaba llamando.

Salté enseguida del sofá. Mi cuerpo se tensó. ¿Debía cogerlo?

Intenté silenciar la llamada, pero mis dedos no acertaban. Finalmente, y temiendo que apareciese de nuevo Sheila por el salón, decidí atenderla.

—Cassie —oí su voz al otro lado de la línea.

—Hola, Cinthia. Qué sorpresa…no lo esperaba.

—¿Puedes hablar?

Dudé un instante antes de decir que sí. Miré alrededor. Si era Cinthia quien me había llamado probablemente se trataba de alguna propuesta de trabajo. Alguna amiga suya necesitaba ropa nueva, o

algo así. Era extraño que no hubiese esperado hasta el lunes. Pensé que podía atender sin problemas la llamada. Al menos eso me distraería de la maldita puerta.

—Te escucho —le dije.

—Es solo que…me sorprendió verte ayer acompañada de…. Disculpa si estaba un poco rara…

—¿Por qué?

Si la conversación era un poco monosilábica por mi parte, si solo le daba la réplica, ni siquiera Sheila sabría de qué estábamos hablando aunque escuchase detrás de una puerta.

—Verás. Voy a contarte algo rápido. Creí que era importante llamarte lo antes posible, ya que vi que estabas con Samuel Percival.

Oír su nombre hizo que mi corazón se acelerase. Instintivamente, caminé de nuevo hacia el sofá y cogí mi bolso.

—¿Qué sucede, Cinthia? —dije, bajando el tono de voz.

Me acerqué a uno de los ventanales con vistas laterales a Central Park, lejos de la puerta, y lejos también del pasillo por el que se había perdido Sheila. Cinthia, al otro lado de la línea, respiraba hondo, como si tratase de quitarse un peso de encima.

—Al salir del restaurante mi marido me preguntó si estabais juntos. Le dije que no tenía ni idea, que si era así, debía ser más o menos reciente. Perdona la indiscreción, Cassie, pero tenía que llamarte. Lo que me dijo a continuación no me gustó.

—¿Qué dijo?

A aquellas alturas de la conversación el corazón me latía como nunca. Totalmente concentrada en la voz al otro lado de la línea, ni siquiera me di cuenta de cómo había comenzado a caminar hacia la puerta amarilla.

—Lo que sabe se lo ha contado el amigo de un socio de Logan Wolf.

Torcí el gesto al escuchar aquel nombre. Me habían contado que Wolf ahora salía con Faith Bell, la cantante. *El mundo es un maldito pañuelo.*

—Te escucho, Cinthia.

—Seré breve. Solo quería que tuvieses esta información. Haz lo que quieras con ella. El colega de Wolf le contó a mi marido que las relaciones de Samuel con las mujeres son cuanto menos…extrañas. Solo se le conocen dos novias, y ambas son de hace tiempo. Al parecer no ha estado con nadie en los últimos tres años. La cuestión, Cassie, es que dicen que durante el tiempo que estuvo con ellas no se las vio. El patrón se repitió en ambos casos. Las encerró en su casa. En su mansión en el ático del edificio Percival. Eso es lo que dicen…

Noté como mi mano empezaba a temblar. Buscaba a toda velocidad alguna palabra y ninguna abandonaba mi garganta.

—Cinthia…Gracias, pero yo…

—Siento si esto ha sido una indiscreción. No es asunto mío, supongo. Y ya te digo, nada de lo que te he contado es información de primera mano. Pero pensé que era mejor prevenir. No sé, me dio la sensación de que lo vuestro era muy reciente…Cassie, tengo que dejarte. Llámame un día y almorzamos.

Cinthia colgó. Me pareció que acababa de arrepentirse de haber hecho aquella llamada. En aquel momento mi mirada se clavó de nuevo en la puerta amarilla.

Empezó a moverse levemente, como si alguien tratara de abrirla desde el otro lado. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

¿En qué has estado pensando, Cassie? Dos personas distintas te han mencionado lo que pasa en esta casa. Y tú acudes presta y solícita buscando a un hombre que apenas conoces. ¿Acaso te has vuelto loca? ¿Quieres más pruebas?

Entonces la rehén llamó a la puerta. Unos nudillos golpeando la madera. No lo hizo con insistencia, o con urgencia, como si quisiera que la sacasen de ahí. No. Era una llamada sutil. Como si, simplemente, quisiera saber quién estaba al otro lado.

Como si quisiera conocerme.

Aquello me superó.

Me fui.

En ese momento salí corriendo del ático de Samuel Percival con la intención de no volver a pisarlo. Y lo hice corriendo. Corrí hasta los ascensores, a pesar del grito apagado que profirió el ama de llaves.

Ignoré la llamada de Sheila. Huí con la intención de olvidarme de una vez de Samuel Percival, de anticiparme a mi herida, de enterrar en mi memoria esa semana que jamás olvidaría.

CAPÍTULO 11

SAMUEL

—Cassie, ábreme. Sé que estás ahí. Te estoy oyendo respirar. Por favor…

Volví a llamar con los nudillos, sin obtener resultado. El corazón me iba a mil por hora, pero no quería perder la calma. Eso no me ayudaría.

—Cassie, tenemos que hablar. No me iré hasta que no te vea —insistí.

Nada.

Miré mi reloj. Eran casi las nueve de la noche. Llevaba veinte minutos esperando detrás de aquella puerta.

No entendía qué había pasado. Había salido a comprar unas flores y una botella de vino especial. Una que Cassie había mencionado durante nuestra cena y que no estaba en la selección de mi bodega. Al volver a casa, me encontré allí con Sheila. Me enfadé. No estaba cuando yo me marché. Tampoco esperaba demorarme tanto, pero es que había tenido que ir a tres malditas tiendas hasta que encontré el vino.

Me dio igual. En el fondo fue útil que Sheila estuviese en el ático, porque pudo darme algo de información.

—Se ha ido corriendo —me dijo—. La dejé en el salón, esperándote. Alguien la llamó por teléfono. Y después se marchó corriendo, sin despedirse. Tal vez recibió malas noticias.

Todo aquello me dio mala espina. Siempre que Sheila aparecía en escena Cassie salía corriendo. No creo que fuese una simple casualidad.

Dejé la botella de vino y las flores y me marché de nuevo. A buscarla.

Antes de salir de casa, le dije a Sheila, sin medir las consecuencias:

—Hoy es el último día que trabajas aquí, Sheila. Deja todas las llaves sobre esa mesa. Y cuando vuelva quiero que esa maldita puerta esté abierta. Quiero que vayas a Inglaterra con mi madre. Y quiero que te lleves contigo a Renée.

Me fui a toda prisa, sin darle demasiadas opciones.

¿Y todo para qué? Había servido de poco. Cassie no quería verme ni en pintura.

Me senté junto a la puerta de su apartamento. No podía estar cien

por cien seguro de que ella estuviese allí dentro, ni mucho menos que pudiese oírme al otro lado de la puerta. *Debería haberla esperado en casa.*

—Soy consciente de lo que se dice de mí, Cassie. Créeme que lo soy. Y no puedo hacer nada para frenar esos ridículos rumores. Lo que sí puedo hacer es contarte quién hay detrás de la puerta amarilla, si quieres escucharme…

Apoyé la cabeza contra la pared y abracé mis rodillas.

—Es mi hermana pequeña, Renée. Ella es la persona que ha estado encerrada en casa. Y créeme que me opuse a ello…

Oí un “clic”.

Era la puerta del apartamento de Cassie. No se abrió del todo. Solo unos cinco centímetros. Lo suficiente para que pudiese apreciar sus ojos. Había llorado.

—Cassie, necesito abrazarte…

—Necesito saber todo, Samuel. Quién es en realidad esa horrible mujer que gobierna tu casa, y si es tu hermana la chica encerrada, … ¿por qué?

Me acerqué a Cassie a través de aquella rendija. Me moría de ganas de tocarla y besarla.

Por supuesto que le contaría todo.

—Renée, mi hermana, tiene veintiséis años. Es la oveja negra de la familia, al menos eso es lo que piensa mi madre. En cuanto cumplió los dieciocho años cobró la parte que le correspondía de la herencia que nos dejó mi padre. También se marchó a vivir sola a un apartamento del Bowery. Siempre ha sido alguien especial. Nos dijo que iba a dedicar sus días a escribir poesía.

La puerta se entornó medio centímetro más, aunque me sería imposible abrirla hasta que Cassie no retirase la cadena de seguridad con la que se había encerrado.

Seguí contándole la historia. La “vergüenza” familiar que mi madre había tratado de ocultar a ojos del mundo:

—Como te conté, mis dos hermanos dejaron la ciudad en cuanto les fue posible. Se fueron, literalmente, al otro extremo del mundo. Uno a China, el otro a la Antártica. Era como si quisieran poner toda la distancia entre ellos y…mi madre. Mi madre, Cassandra, es una persona difícil. Es severa, pero lo peor de todo es que es imprevisible. Ella no nos crió en realidad. Lo hizo un ejército de carísimas niñeras. Nosotros éramos tres chicos, y nos hacíamos compañía entre nosotros. Pero Renée nació cuando ya éramos casi unos adolescentes, y esa diferencia de edad era, en nuestro caso, un abismo de incomprensión. Mi hermana creció prácticamente sola. Y no hace falta ser un lince para deducir que eso no salió bien.

Oí como Cassie se levantaba del suelo. Estaba sentada a la misma

altura que yo, solo que al otro lado de la puerta. *Odio las puertas cerradas,* pensé.

Yo también me puse en pie. Cassie estaba retirando el seguro del pestillo. Abrió la puerta. En efecto, había estado llorando.

La atraje hacia mí. La abracé.

—¿Por qué está encerrada? —preguntó Cassie, sin levantar aún la mirada para encontrarse con la mía.

Respiré hondo. No era un tema fácil para mí. Pero le contaría todo lo que ella desease saber, por supuesto.

—Como te decía, Renée se marchó de casa para vivir sola. No tenía que trabajar, pues junto con aquel apartamento recibía ingresos regulares que provenían del fondo familiar. Todo iba bien, o eso creíamos. No nos reuníamos a menudo, únicamente en Navidad. Ese era el momento no negociable del año, cuando todos debíamos viajar a Inglaterra para pasar un tiempo con nuestra madre y la familia que tenemos aún allí. Eso fue hace cuatro años. Era Navidad. Yo ya estaba en Londres, esperando a Renée en el aeropuerto. No apareció. Perdió el vuelo. Mi madre se puso furiosa.

Noté como los músculos de Cassie se iban destensando, pero aún no me atrevía a dar un paso más y entrar en su apartamento. Continué con la historia:

—Creímos que Renée estaba ocupada. Había empezado a estudiar escritura creativa y se le daba muy bien la poesía. Yo creí que estaría encerrada en casa, escribiendo. De regreso a Nueva York, en el vuelo, acompañado de mis hermanos y mi madre, me di cuenta que hacía siete meses que no veía a mi hermana pequeña.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Cassie.

Estaba deseando besarla.

—Creo que he de ahorrarte algunos detalles escabrosos. Mi hermano Julian la encontró al cabo de unos días. En la calle, en plena noche. Estaba casi inconsciente. Fue entonces cuando descubrimos que Renée tenía un serio problema con las drogas. Llevaba meses sin escribir ni una sola línea y nos enteramos de que pasaba muy poco tiempo en su apartamento. Obviamente, era mayor de edad y no podíamos obligarla a nada, pero mi madre no podía soportar ver a su hija en ese estado. Así que la encerró. En el ático familiar del Golden Percival. Esa fue la primera vez que la privó de libertad.

—¿La primera vez?

Respiré hondo.

—He de reconocer que aquella medida drástica funcionó, aun teniendo serias dudas sobre la legalidad de lo que hicimos. O más bien, de lo que mi madre hizo, en colaboración con su amiga íntima, Sheila. Creo que ya la conoces. Mis hermanos volvieron a marcharse. No querían ser testigos ni cómplices de todo aquello. Yo me pasé día y

noche diciéndole a mi madre que teníamos que hacer las cosas de otra manera. Convencer a Renée para que entrase voluntariamente en una institución, con profesionales que la ayudasen. Pero…mi madre no quería que nadie se enterase. Creía que era una vergüenza para los Percival y que los trapos sucios…debían de lavarse en casa.

—¿Y entonces, tu hermana volvió a…?

—Hace dos semanas —confesé—. Sufrió una recaída y volvió a casa, esta vez por su propio pie. Así que mi madre volvió a encerrarla en casa. En el ático en el que yo he estado viviendo todos estos años, y del que me iré en breve. Supongo que entiendes por qué.

En ese momento, Cassie levantó sus ojos. No pude resistirme más, la besé.

—Quería contarte todo esto, Cassie. Sobre todo, porque quiero que sigas en mi vida.

—¿Dónde vas a vivir?

—En el Upper West Side. Compré una propiedad hace unos años, solo como inversión. Nunca pensé que yo mismo acabaría viviendo allí. Pero ya está decidido: me mudo en apenas un par de semanas.

—¿Y qué pasará con Renée?

—Se encuentra mucho mejor. Es plenamente consciente de su problema. Mi madre pasa temporadas cada vez más largas en Inglaterra. Se irá allí con ella. Y en cuanto a Sheila…es ella la única persona que tenía acceso a mi hermana. Era ella quien le llevaba la comida todos los días, quien se aseguraba de que no le faltase nada. Quien retiraba sus sudores fríos. Quien tenía la llave de esa puerta. No ha sido agradable, créeme.

—Lo imagino. Siento todo el malentendido, Samuel. Es solo que…

—No tienes que disculparte. Es una presencia turbadora. Es como Rebecca de Manderley, y por cierto, le he pedido que abandone la casa y que lleve a mi hermana a Inglaterra. Allí estará mejor, se recuperará y podremos ir a visitarla. Estará lejos de esas compañías que frecuentaba…

Cassie se puso de puntillas, buscando de nuevo mis labios. La estreché con fuerza entre mis brazos.

—Te necesito a mi lado, Cassie. Cuando me cuentan que has huido, con toda la razón del mundo, siento la necesidad de correr detrás de ti, encontrarte de nuevo.

Entramos en su apartamento, directos hacia el sofá.

Cassie se rio por primera vez desde que había llegado.

—Qué pasa. Cuéntamelo.

—Samuel, las cajas…la ropa.

—No te molestes. Se queda en las cajas. No necesitamos recolocarla en el vestidor. Se va directamente a la mudanza.

Se acurrucó contra mi pecho.

—Tal vez puedo echarte una mano con eso.

Busqué sus labios.

—Eso no será necesario. Lo que sí me gustaría es que esté todo a tu gusto. Quiero que me acompañes, Cassie. Quiero abandonar el Golden Percival, pero contigo a mi lado.

El brillo repentino de sus ojos fueron toda la respuesta que necesité.

EPÍLOGO

Un año después

CASSIDY

Samuel miraba nervioso a izquierda y derecha. Le agarré la mano para tranquilizarlo. Aquello no pareció suficiente, así que me incliné y le di un beso.

—Este no es mi ambiente, estarás de acuerdo —me dijo.

—Tampoco es el mío. Y mírame, aquí estoy, rodeada de estudiantes bohemios.

—Ya. Pero tú eres una todoterreno. Te adaptas a todo. Y yo no puedo desprenderme de esa sensación…de que todo el mundo me esté mirando.

—Eso es porque eres muy guapo, Samuel Percival.

—Nah. Tal vez se preguntan cómo he conseguido que una mujer como tú me acompañe.

Me reí.

—Shhh…Está a punto de empezar.

Las luces del *Lake Crystal,* un acogedor bar de Brooklyn conocido por sus veladas de poesía, empezaron a bajar su intensidad. Era el turno de Renée, quien esa noche presentaba su primer poemario. Me sorprendió la cantidad de gente que la hermana pequeña de Samuel había congregado para su recital.

Salió al pequeño escenario. Sonrió a la audiencia, desplegó la primera página, y leyó un poema que yo ya conocía y me había encantado. Se titulaba *Las ánimas transocéanicas*.

Era increíble el cambio de esa chica en apenas un año. Su recuperación había ido totalmente en paralelo a nuestra mudanza. No tardamos doce meses en instalarnos en el nuevo ático de Samuel, pero el tiempo pasó tan rápido que cuando quisimos darnos cuenta Renée ya había regresado a Nueva York, salía con una chica, una joven profesora de la Universidad de Nueva York, y había pulido su primer libro de poemas.

¿Y nosotros?

He de confesar que hasta no hace mucho seguía buscando grietas en nuestra relación. Mi historia me decía que nada podía ser tan perfecto, y más después de aquella primera semana, cuando bregamos con un secreto familiar que pesaba tanto.

Bien: no había grietas.

Lo nuestro era puro cemento armado.

Abandoné del todo mis inseguridades esporádicas hace unas semanas, cuando Samuel me sorprendió con un gigantesco anillo de compromiso. Habíamos decidido tomarnos unos días de vacaciones y volamos a Florida en un *jet* privado. En una playa blanca, al anochecer, Samuel se arrodilló y me dijo lo perfecto que había sido todo en los últimos meses.

Puso el anillo en mi dedo y yo dije "sí". O no en ese orden, primero dije "sí" y luego vino el anillo.

Me habló de la serenidad de la que disfrutaba desde que había abandonado el ático del Golden Percival, que por el momento permanecía cerrado, a la espera de que su madre decidiese qué harían con él.

Ninguno de los hermanos está particularmente interesado en el hogar en el que crecieron. Y parece que a todos, sin excepción, les ha sentado bien poner un poco de distancia con su madre, a la que siguen viendo en fechas señaladas. Hacía solo unas semanas que Cassandra nos había comunicado su decisión de quedarse a vivir en Londres definitivamente.

Y que Sheila viviría con ella.

Que no se esconderían más y vivirían su relación con naturalidad.

¡Qué familia, señor!

Renée terminó su lectura. Un estruendoso aplauso llenó el local.

Observé el perfil de Samuel y me encantó su expresión de orgullo. No me pude reprimir. Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—No sé nada de poesía, pero diría que es bastante buena, ¿no?

El público se puso en pie.

No pudimos acercarnos a Renée más que para despedirnos e invitarla a que viniese a cenar a casa un día acompañada de Trinity, su chica. El público la rodeaba y formaban ya una desordenada fila para que les firmase su libro de poemas.

—¿Nos vamos? —me preguntó Samuel—. Dejémosla con su baño de masas.

Asentí. El chófer nos esperaba a la salida del local. En el asiento trasero del coche apoyé mi cabeza en su hombro y admiré las luces nocturnas de nuestra ciudad. No me cansaba de tanta vida. Era feliz. Me alegraba tanto de no haber hecho caso de aquellos absurdos rumores que circulaban sobre mi prometido…Y aunque los hubiese creído, me confesó Samuel un día, habría dado exactamente igual.

—Hubiese esperado horas sentado en la puerta de tu apartamento hasta que me escucharas. Hasta que me dieses la oportunidad que creía merecer —me había dicho en un par de ocasiones.

Antes de que el coche se pusiera en marcha, Samuel le pidió al chófer que aguardase un momento.

Estiró el brazo, abrió la puerta trasera por la que habíamos entrado en el coche y la cerró de nuevo correctamente.

Sonreí.

—Tal vez hoy no tengo demasiada fuerza —le dije.

—¿Eso es algún tipo de excusa, señorita Cassie?

Me besó de nuevo. Un viejo y conocido hormigueo se instaló entre mis piernas. Sonreí, sabedora de lo que me esperaba al llegar a casa, mientras pensaba al mismo tiempo que a mi futuro marido no le gustan las puertas cerradas.

****

La obsesión del magnate
Millonarios de Manhattan

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

STELLA

No debería sentirme así, pensé. No era exactamente una novata. Y sin embargo, estaba nerviosa. Miré a mi derecha, buscando la mirada tranquilizadora de mi amiga Chantel. Ahí, estaba, como siempre, acompañándome en mi primera exposición “seria”.

No era la primera vez que exponía una de mis pinturas, pero sí debutaba en una importante galería de Nueva York. Ni siquiera era una exposición completa de mi obra. Mi cuadro, al que había titulado en último momento *Sueños líquidos,* dominaba más de lo previsto en la sala con paredes negras de la gran galería de Victoria Sailor.

Pero solo era eso. Uno de mis cuadros.

Aunque *Sueños Líquidos* fuese espectacular.

No sé si era por los colores que había escogido.

La realidad es que ejercía de imán en aquella sala, en la que el resto de obras pasaban incluso desapercibidas. Una mezcla de emoción y de nervios me invadía. Incluso mis manos temblaban un poco.

Supongo que tenía cierta lógica. Ese día era la cumbre de muchos meses de trabajo. Habían sido muchas noches casi sin dormir, trabajando en mi estudio minúsculo, sin calefacción, con los dedos de unos guantes de lana recortados. No sé si me paso de grandilocuente, pero exponer en el espacio de Victoria Sailor esa noche era como revelar mi alma al mundo.

Era una galería de primera categoría. No había sido nada fácil acceder a ella.

Y esa noche, acompañada de Chantel, me movía entre los primeros asistentes con los nervios a flor de piel. Mi temor principal, que era que nadie se presentase en la inauguración, era del todo infundido. Eso, en el fondo, jamás iba a suceder. Los eventos de Victoria, las *noches de arte,* como ella las llamaba, eran siempre un éxito.

Me paseé un poco entre la multitud que empezaba a llenar el local, con el murmullo animado de las conversaciones y el tintineo de copas de champán de fondo. Pero realmente no prestaba atención al entorno. Buscaba a Victoria entre sus invitados, y no la veía. Había charlado un rato con ella cuando traje el cuadro y me pidió que estuviese tranquila. Que ella misma me avisaría si lograba su venta, algo de lo que estaba convencida.

—¡Stella! —oí de nuevo la voz animada de Chantel a mi espalda—.

Te estaba buscando.

Me apretó el brazo, y sentí como me contagiaba su sincera emoción. Era mi mejor amiga desde que estudiamos arte juntas, aunque justo cuando terminamos su carrera tomó otro camino. Ahora era una cotizada maquilladora profesional. Trabajaba habitualmente con diseñadores de moda, haciendo editoriales de revistas y recientemente había empezado en el mundo de la publicidad. Y lo había conseguido en un tiempo bastante record.

Yo, en cambio, seguía empecinada con la pintura. No tenía un plan B. Quería ser pintora, vivir de mis cuadros. Y sabía que no era fácil y que existía la posibilidad de no lograrlo. Pero no pensaba darme por vencida fácilmente.

Chantel me decía que me admiraba por ello. Su trabajo le gustaba, pero le ocupaba tantas horas —incluido el hecho de tener que viajar a menudo— que al llegar a casa por las noches ya no le quedaba energía para retomar los pinceles. Yo asentía ante sus esporádicas quejas y sentía el vértigo de saber que mi presupuesto, el dinero que había ahorrado para alcanzar mi sueño de ser pintora, se terminaría en dos o tres meses.

Después no me quedaría otra que buscar un trabajo como el resto de los mortales.

Y eso era algo que me preocupaba y me consumía, pues ya lo veía en el horizonte.

Con todo esto, con mi cuadro resplandeciendo desde una de las paredes de Victoria Sailor, no tenía tiempo para pensar en mucho más. En mi vida, en ese momento, no había sitio para un hombre. Solo de pensar en la energía que me consumiría un ente masculino en ese momento me echaba para atrás. No. No recordaba la última vez que me había interesado por alguien que no estuviese ligado de alguna manera al mundo del arte, y solo entonces como un interés puramente profesional.

Mi presencia y sobre todo la de mi cuadro en aquella galería, esa noche, eran demasiado importante para mí.

Por eso ese precisamente era el peor momento para que Simon Stephanopolis irrumpiese en mi vida como una tempestad.

Y sin embargo allí estaba. Esa fue la primera vez que lo vi, paseando entre el público de la exposición. Con Chantel a mi espalda, susurrándome que por fin estaba ante mi gran oportunidad.

El resto de caras se difuminó en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Noté que un par de ojos sostenían mi mirada con una intensidad que enviaba escalofríos por mi espina dorsal. Era un hombre alto, impecablemente vestido con ojos oscuros y penetrantes. Su presencia era magnética y me atraía con una evidente fuerza

invisible.

Era como si nuestros caminos se hubiesen cruzado irremediablemente, mediante un atajo. Y supongo que hubiésemos caminado el uno hacia el otro en ese momento de no ser porque, en ese preciso instante, Victoria Sailor apareció de la nada y me rodeó los hombros con su largo y refinado brazo. Sus ojos brillaban con admiración. Estaba más contenta de lo habitual.

—Stella, ha llegado el momento. Estoy tan feliz de poder darte una buena noticia. No ha pasado ni media hora desde que hemos abierto y tu cuadro ya está vendido. ¿No es fabuloso?

Fabuloso era el adjetivo favorito de Victoria. Sentí una descarga eléctrica de pura felicidad recorriéndome la espalda. *Sí, joder*, pensé. *Por fin sale algo bien.*

—Vaya…no sé qué decir —balbuceé.

—No tienes que decir nada. Solo disfruta de tu primera gran venta, querida.

Tenía muchas preguntas y al mismo tiempo algo me paralizaba. Me dejé arrastrar por Victoria hasta los pies de mi pintura.

—¡Un momento de atención, todos! Siento deciros que *Sueños Líquidos* ya no está disponible. Sed testigos del éxito de esta gran artista novel, por favor. Stella Bennett. Recordad su nombre. Estoy convencida de que oiréis hablar mucho de ella.

Me quise fundir con el suelo. Un aplauso acalló los murmullos de la sala. Me invadió una placentera sensación de validación.

Me había volcado en ese cuadro y, sorprendentemente, no me dolía lo más mínimo separarme de él. Esa venta significaba poder permitirme unos meses más el alquiler de mi estudio. Dios mío, tenía que reunirme con Victoria. Sabía que también estaba interesada en representar a artistas que empezaban. Tal vez ella podía aconsejarme…

—¡Stella! ¡Felicidades! —Chantel exclamó a mi lado, acogiéndome entre sus brazos.

—¿Quién lo habrá comprado? —susurré en su oído, aún incrédula.

—¿Qué más da eso? ¡Es tu primera venta! Y sabemos muy bien que Victoria Sailor no regala sus piezas, precisamente.

Mientras Chantel revoloteaba emocionada y me prometía que volvería enseguida a mi lado con unas copas para brindar, eché un vistazo a la galería.

El corrillo en torno a mi cuadro ya se había disuelto y el murmullo distendido de las conversaciones habían vuelto a su tono ambiente habitual. Me perdí de nuevo entre las miradas de aprobación de algunos asistentes, pero no pude evitar mirarlos un poco más detenidamente. ¿Quién de ellos había comprado el cuadro?

Vi a lo lejos al atractivo tipo del traje oscuro. El hombre que podría

desviarme de mis objetivos si se lo propusiera. ¿Y si había sido él? Era una ilusa por pensarlo, pero la idea de que colgase mi obra en una pared donde pudiese contemplarla cada día me excitaba. ¿Tal vez su dormitorio?

Daba lo mismo. Nunca lo sabría. Victoria probablemente no soltaría prenda sobre quién era el comprador. Esa era siempre, decía, una información confidencial que no debía preocupar al artista.

Observé como la galerista colocaba un post-it rojo en la pared, junto a mi cuadro. Eso indicaba que ya no estaba disponible.

Volví a flotar de felicidad cuando noté el tacto eléctrico de una mano cálida, pero ajena. Me giré, esperando a Chantel. Y no. Era él. Pronto sabría su nombre, me lo grabaría a fuego. Simon Stephanopolis había salvado por fin la distancia que nos separaba en aquel mar de cuerpos.

CAPÍTULO 2

SIMON

—No podía dejar pasar la oportunidad de saludar a la artista —le dije, sosteniendo su mano entre las mías un poco más de la cuenta.

Aquel contacto casi íntimo me estremeció, y solo esperé que no la incomodase. Era perfecta. Espectacular. Por fin la tenía ante mí. En persona. Y era incluso algo distante, como si su lugar natural fuese un altar, o un trono, en cualquier caso un estrado superior al del resto de mortales. Y no lo sabía. Eso era lo gracioso. Stella Bennett no sabía lo bella que era.

Puedo detectar fácilmente ese tipo de cosas, porque leer a la gente es una de mis virtudes. Una condición indispensable a la hora de construir una fortuna.

Soy un millonario atípico. Soy consciente de mi privilegio y de dónde ha salido todo mi dinero. Y la respuesta corta es: mi familia. Mi abuelo. Yorgos Stephanopolis, un constructor griego que hizo fortuna en la segunda mitad del siglo veinte. Una fortuna que mi padre y mi tío supieron administrar a la perfección, un talento que, por suerte, yo también he heredado.

Es muy fácil dilapidar una suma descomunal de dinero que tú no has ganado. Pero mi padre, antes de morir, solo me encomendó una misión: cuidar de esa herencia, cuidarla como si fuese una flor rara y delicada, y hacer que creciese. Y a eso he consagrado los últimos diez años, desde que terminé de estudiar.

¿Y qué estudié?

Nunca lo adivinarías.

Sí. Y por eso aún me dejo caer por estos sitios de vez en cuando.

Estudié Historia del Arte, para horror de mi padre. Me dejé llevar por mi auténtica pasión, que no es otra que la pintura, a la hora de escoger mis estudios. Aun así, sabía muy bien cuál era mi deber con respecto a la herencia familiar, así que me preparé también a fondo para saber moverme en el mundo de las finanzas. Me convertí en un excelente inversor. Y muy pronto pude unir ambas facetas.

Empecé pronto a invertir en arte y ahora tengo una colección bastante impresionante.

Y no, no podía dar crédito a lo que acababa de pasar en la galería de Victoria Sailor.

Tendría unas palabras con ella más tarde, o tan pronto como me

fuese posible, pero me indignaba no haberme podido hacer con el cuadro de Stella Bennett.

Estaba cabreado, pero hasta ese conato de rabia que me hacía apretar con fuerza la copa de champán que la anfitriona me había llenado ya en dos ocasiones se había apaciguado en cuanto vi a Stella de cerca.

La acababa de conocer y ya estaba perdido.

Y me habría encantado poder decirle que lo primero que me había obsesionado de ella había sido su pintura. Esa era la verdad. El cuadro que alguien había comprado cinco minutos antes de que yo se lo pidiese a Victoria.

—Soy Simon —le dije.

Evité pronunciar mi apellido. Es relativamente conocido en la zona de Manhattan en la que nos encontrábamos. No quería condicionar aquel primer encuentro. Porque sí, tenía muy claro que habría un segundo. Y un tercero. Y todos los que ella quisiera.

—Stella —me contestó a su vez, sonriendo.

Miraba a un lado y a otro, canalizando todos los estímulos de la sala. No parecía demasiado interesada en mí. Y eso era algo que iba a cambiar, por supuesto. Tenía que cambiar. Pero esa mirada que nos habíamos lanzado casi de un extremo a otro de la galería me daba ciertas esperanzas.

—¿Dónde puedo ver otros cuadros tuyos? —le pregunté, como si fuese una completa desconocida.

—¿Cómo?

—¿Tienes un estudio? ¿Tal vez alguna web? ¿Quién te representa, Stella?

Su cándida belleza me daba muchas pistas. Para empezar, que era, a todos los efectos, una recién llegada, y eso era una buena señal.

Su arte era tan puro que Stella todavía no se había preocupado por cuestiones más prosaicas, como por ejemplo cómo llegar al público. Pintaba para ella misma. Eso era más que evidente. Y ese es el tipo de artista que me interesa. Solo que rara vez *coincide* con el tipo de mujer que me interesa.

—Nadie. No me representa…

De repente un brazo salió de la multitud que había empezado a rodearnos. Era la anfitriona, Victoria.

—Simon, disculpa, te la robo un momento —me dijo—. Querida, quiero que conozcas a Tom Bellington. Es un crítico de arte muy importante. Nos conviene que lo saludes…

Ni siquiera tuve tiempo de invitarla a tomar algo, ni de despedirme siquiera. Esa arpía de Victoria Sailor se la llevó en volandas. Suspiré hondo mientras la contemplaba de espaldas.

No sé explicarlo.

Sentí *algo.*

Me presentan a mujeres hermosas a menudo. ¿Dos o tres cada semana? ¿Seis? No tengo ni la menor idea. Pero no recuerdo la última vez que había sentido esa…urgencia. No hacía ni dos segundos que se había ido de mi lado y ya la echaba de menos desesperadamente. Esa sensación me irritó. Era del todo desconocida para mí.

Me quedé allí plantado, en medio de la sala principal de la galería como un pasmarote. Me sentí ridículo. Acusando la derrota.

Pero ese sentimiento siempre me resbala. Nunca se queda, me lo sacudo en apenas unos minutos. Lo bueno de ver a Stella Bennett marcharse de mi lado era que, automáticamente, empezaba la cuenta atrás para volver a encontrarnos.

Dejé la copa sobre una de las mesas auxiliares y me deslicé entre el gentío. Sonreí aleatoriamente a un par de personas cuyos rostros me resultaban familiares y abandoné la galería. No quería ver, bajo ningún concepto, a Stella prestándole la más mínima atención a otro hombre.

Esa era su noche y debía disfrutarla.

Ya llegaría la mía.

Abandoné la galería sin despedirme de nadie. Era algo común en mí. Me gustaba pensar que, de repente, alguien se preguntaría dónde me había metido.

Esa noche soñaría con que ese alguien fuese Stella Bennett.

CAPÍTULO 3

STELLA

El aroma del café recién hecho se dispersaba en el ambiente mientras Chantel y yo nos acomodábamos en un rincón de la pintoresca cafetería. Estábamos en un local que nos encantaba, pues su decoración recreaba una especie de bosque de hadas. No era precisamente barato, pero de algún modo se había convertido en nuestra sede personal cuando hacía algunos días que no nos veíamos y convenía actualizarnos.

No era el caso.

Era el día después. La noche anterior había conseguido mi primera gran venta. Y había dormido más bien poco. Así que todo el café del mundo era más que bienvenido.

—Suéltalo ya, Stella. Vi que se acercó a hablarte. ¿Qué onda con el señor Misterioso? El del traje oscuro —Chantel se inclinó un poco sobre su taza. Una sonrisa traviesa que conocía demasiado bien apareció en sus labios. Sus ojos brillaban de pura curiosidad.

Continué removiendo mi café.

—¿Te refieres a Míster Simon? Ojalá lo supiera. Apareció de la nada, me colmó de cumplidos y luego, ¡zas! Desapareció. Es como si fuera un fantasma.

Chantel levantó una ceja. Dios mío, ¿cómo podía existir alguien tan intuitivo?

—¿Un fantasma multimillonario, tal vez?

Me encogí de hombros.

—Ya sabes que eso me da exactamente igual. No sé, es solo que noté cierta…conexión. Cuando nuestras miradas se cruzaron, antes incluso de que se acercase a saludarme. Pero está claro que me he equivocado. Se esfumó sin más. Victoria me pidió que saludase a Tom Bellington y cuando volví a buscarlo…ya no estaba.

—Simon —fue toda la respuesta de Chantel, en tono irónico.

—No sé su apellido.

—Espera, espera. ¿Por qué llevamos diez minutos hablando de él?

— Bueno, querida, tú me has preguntado.

—Ya, pero no esperaba que te hubiese afectado tanto. Estamos aquí para celebrar tu éxito.

Suspiré.

—Sí, claro que sí. Por cierto, Victoria no quiso decirme quién

compró *Sueños líquidos*.

—¿Por qué no?

—Es confidencial.

—¿Y te dijo por cuánto?

—Eso sí. Cuarenta mil.

Chantel se echó hacia atrás de golpe.

—Dios mío, Stella. Eso es…

—...Fabuloso. Como Victoria diría.

—Está muy bien, ¿no? Quiero decir, ya sé que ella se lleva una jugosa comisión y demás…

—No he discutido nada de eso aún con Victoria. Pero me ha dicho que quiere representarme. Me reuniré con ella la semana que viene. Tal vez antes, si encontramos un hueco.

Chantel me apretó la mano.

—En cualquier caso me alegro mucho por ti, Stella. Has trabajado muchísimo para conseguir esto. Pero aunque no quiera decirte quién fue el comprador…o al menos no por el momento, tal vez podríamos adivinarlo más o menos, ¿no? ¿Crees que podría haber sido él, y por eso se acercó a saludarte?

Me encogí de hombros. Victoria me había dicho que entendía mi curiosidad, pero que confiase ella cuando me decía que eso no era relevante. Era mucho más importante que aprendiese a desvincularme de mis cuadros una vez terminados que la identidad de las personas que se los llevaban a sus casas.

—No tengo ni la menor idea. No lo sé. Y de todas formas, creo que nunca lo sabré. Como te decía, desapareció sin más…

Chantel asintió.

—De todas formas, esa mirada…Hasta a mí me puso los pelos de punta. ¿Espeluznante o intrigante? No podría decidirme.

Dios mío, qué cotilla era.

—Yo diría que es tan espeluznante como intrigante. Quiero decir, ¿quién es y por qué desapareció sin más después de expresar esos sentimientos tan profundos sobre el cuadro?

Suspiré. Mi mente aún lidiaba con el misterio. Tal vez ese encuentro era el motivo real por el que no había dormido bien.

Chantel dio un sorbo a su café, con su mirada fija en mí.

—Quizás sea tu admirador secreto y esté planeando comprar todas tus pinturas y construir un santuario en tu honor.

—O tal vez sea solo un excéntrico coleccionista de arte con cierta tendencia a las entradas y salidas dramáticas.

Mientras bromeábamos, la atmósfera de la cafetería nos proporcionaba un telón reconfortante para nuestras especulaciones absurdas. Sin embargo, debajo de la charla casual, la curiosidad sobre Simon persistía, convertida ya en una especie de comezón que pedía

ser satisfecha.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Stella?

Chantel se recostó. De repente su expresión se volvió algo seria.

—¿Vas a intentar encontrarlo, o simplemente vas a dejarlo pasar?

Medité un instante, repasando el borde de mi taza de café con el dedo.

—No lo sé. Una parte de mí está ansiosa por saber quién es y por qué mi cuadro pareció cautivarlo tan profundamente. Pero, ¿y si es solo un enigma pasajero, una presencia efímera? A lo mejor debería dejarlo ahí.

Sonrió.

—Oh, vamos. Te encantó. Fueron solo unos segundos y la química fue evidente hasta para mí. Tom Bellington era casi tan atractivo como él y no le hiciste ni caso.

—La cuestión es que da igual. Tampoco sabría cómo o dónde localizarlo. Y no creo que me corresponda. Oh, y me preguntó si tenía una…web. Por cierto, creo que tengo que ponerme manos a la obra con eso.

Chantel se rio.

—Dios mío, Stella. Es que eres pintora y ni siquiera te has abierto un perfil de Instagram. El simple hecho de haber llegado hasta la galería de Victoria Sailor sin ningún tipo de presencia *online* dejaría de piedra a cualquiera.

—Ya sabes que no tengo mucho tiempo para esas cosas. En Internet hay demasiado ruido.

Estiró una mano y me apretó los dedos con los que normalmente sostenía la paleta de colores.

—Stella, no puedes dejar que el miedo a lo desconocido te detenga. Si hay una posibilidad de algo extraordinario, ¿no quieres explorarlo? Y no hablo de Internet.

Respiré hondo.

—No tengo tiempo para hombres. Y menos ahora.

—Para eso siempre hay tiempo. Pero da igual. Solo digo que no dejes pasar algo que podría ser una auténtica experiencia de vida solo porque no ha llegado en el momento exacto que tú desearías.

Sus palabras resonaron con una verdad que no podía ignorar. Quizás Simon fuera la clave para desbloquear un nuevo capítulo en mi vida, y que aquello me trajera aventuras imprevistas y conexiones profundas.

—Tienes razón. Necesito encontrarlo, o al menos descubrir quién es. Podría ser el comienzo de algo increíble, o podría no ser nada. Pero no lo sabré a menos que lo intente.

Mi amiga sonrió.

—¡Esa es la actitud, Stella! Ahora, vamos a idear un plan para

rastrear a nuestro misterioso multimillonario y resolver el entuerto de una vez.

Aquello era un poco infantil, adolescente, tal vez, pero no se lo dije. A Chantel a veces lo mejor es, simplemente, seguirle la corriente.

Era todo mucho más simple. Simon me había visto en medio de la multitud. Esa noche había sido la artista en vender el primer cuadro de la inauguración, y él se había acercado a felicitarme. Eso era todo. Lo demás eran puras especulaciones de dos aburridas en una cafetería.

¿Buscarlo? ¿En qué estaba pensando?

Más me valía cambiar el chip y centrarme en lo que verdaderamente importaba. Mi reunión con Victoria. Necesitaba negociar un buen acuerdo con ella. Todo lo demás, en ese preciso momento de mi vida, podía esperar.

CAPÍTULO 4

SIMON

Tenía la sensación de que ya sabía todo sobre ella. Y no me siento precisamente orgulloso de la manera en que recopilé esa información. Al principio lo hice yo mismo. Me senté delante del ordenador y tecleé las palabras mágicas *STELLA BENNETT* en el buscador de Google, día y noche, hasta la extenuación.

No encontré gran cosa. Sus redes sociales eran inexistentes o estaban muertas desde hacía tiempo, pero sí encontré algunas reseñas y un par de entrevistas en las que la destacaban como una artista novel de gran proyección.

Era mi musa. Mi empeño. Con cada clic sentía que me sumergía más profundamente en las complejidades de su mundo. Y yo era solo un observador silencioso.

En las semanas que siguieron a esa noche fascinante en la galería de Victoria Sailor, mi obsesión fue creciendo, evolucionando hacia algo parecido a una infatuación total.

Las noches se convertían en madrugadas mientras navegaba por el laberinto de información que rodeaba a Stella. Gracias a esas pocas entrevistas conocía sus sueños de la infancia, su cafetería favorita —que, por supuesto, ya había visitado— y las calles por las que deambulaba en sus momentos de contemplación.

Mi investigación se había convertido en una forma de acecho silencioso, una especie de ceremonia digital donde seguía sus pasos a través de redes sociales de terceros, artículos y cualquier fragmento de información disponible. La delgada línea entre la admiración y la intrusión se difuminaba, pero mi fascinación me impulsaba a continuar.

Fue entonces cuando apareció en escena Liam Moore.

El detective.

¿He dicho ya que no me sentía orgulloso?

No sabía cuál sería la próxima aparición de Stella. No tenía su teléfono ni sabía dónde vivía. Como no tenía redes sociales propias, solo había visto algunas fotos de ella o de sus obras en los de otras personas; estudiantes de arte o gente del sector.

No había nuevas exposiciones a la vista y mi único nexo con ella era Victoria Sailor. Ella era mi último recurso. Victoria era alguien a quien recurría para hacer negocios puntualmente, a quien a veces le

compraba cuadros. Si le preguntaba por Stella, si le pedía que me facilitase un contacto, trastocaría esa relación comercial.

Así que opté por lo fácil, por lo cuestionable.

Contraté un detective privado que en apenas unos días me entregó una carpeta con todo lo que quería saber antes de acercarme de nuevo a ella.

Stella no estaba con nadie. No tenía pareja. Vivía en un pequeño estudio en Harlem, totalmente volcada en sus pinturas. No salía demasiado. Trabajaba hasta bien entrada la noche la mayoría de días y solo veía a una amiga de vez en cuando.

Había dado el salto y abandonado su último empleo como dependienta en una tienda de materiales artísticos para dedicarse cien por cien a sus cuadros. Le había costado tomar esa decisión, pero sentía que no tenía un plan B. Que si las cosas no le salían como ella quería abandonaría la ciudad y regresaría a su pueblo, al norte de Vermont.

Sonreí al leer eso en el informe de Moore. Como si yo fuera a permitir que eso sucediese.

Tenía una hermana mayor que se había quedado en Vermont, en Enosburg —así se llamaba el pueblo del que la familia era originaria—. Se había casado y había tenido dos niñas gemelas que Stella adoraba. Sus padres acababan de jubilarse. Él había sido policía y su madre había trabajado como administrativa en un instituto de educación secundaria.

Al parecer no acababan de entender por qué su hija había tomado la decisión de instalarse en Nueva York para ser artista, en una ciudad tan cara. Su padre le decía en ocasiones que si de verdad quería pintar cuadros eso podía hacerlo perfectamente en Vermont. No comprendía la necesidad de Stella de vivir en una monstruosa ciudad, electrizante, con exposiciones y artistas de todo el mundo que tanto aportarían a su propio arte.

Pasé las páginas mientras leía con avidez. Era la cuarta o quinta vez que contrataba a Liam Moore para investigar algún asunto, pero nunca lo había hecho por una mujer. Por suerte no me hizo más preguntas de la cuenta. Se limitó a investigar, redactar su informe y pasarme la correspondiente —y bastante cuantiosa— factura, que pagué muy a gusto.

Pasaron tres semanas hasta que la vi de nuevo, hasta que provoqué un segundo encuentro. Y decidí que esa vez no iba a dejarla escapar.

Toda esa información que había recopilado sobre Stella debería haberme hecho sentir más seguro, pero allí estaba, en de la galería de los Stoketon, unos jóvenes hermanos galeristas que habían apostado

también por el talento de Stella. Esa vez no era un solo cuadro. Eran cuatro, una pequeña muestra de su obra, los que se exponían.

Me planté delante de la galería de los Stoketon. De nuevo, me jodía reconocer que estaba nervioso. A lo mejor tenía demasiada información, no lo sé. Todos esos datos habían pintado un cuadro vívido de su vida, nunca mejor dicho, pero nada comparado con la anticipación de encontrarme cara a cara con ella una vez más.

Entré con decisión, y observé a los primeros rostros conocidos. Saludé a un par de invitados desde la distancia. Merodeé un poco entre entusiastas del arte, asiduos a las exposiciones, y un par de críticos. Ni rastro de Victoria Sailor, que a veces se dejaba caer por otras galerías, más por tener controlada a su competencia y a los artistas que por hacer conexiones genuinas.

Y entonces la vi.

Allí estaba de nuevo.

Mi mirada se clavó en ella y pensé en el detective, en el dinero que había desembolsado, y en cómo odiaría que ella llegase a enterarse de eso. Y fue en ese momento, al ver a Stella moverse con gracia y con mucha más soltura que la primera vez, cuando me pregunté si me había enamorado.

¿Era posible?

¿Aquella especie de hechizo cósmico era amor? ¿Era eso lo que se siente?

Stella interactuaba con algunos de los asistentes. Su risa resonaba en el espacio, entre el murmullo y el tintineo de las copas.

Por supuesto, no iba a jugármela de nuevo. Esa vez no estaba allí por los cuadros. Me fui directo hacia ella.

—Stella —pronuncié su nombre en voz alta, por primera vez desde que se lo había dicho al detective por teléfono. Temí que una simple palabra delatase mi ansia y todas mis incertidumbres.

Ella se giró. Nuestros ojos se encontraron, y creí percibir
una luz repentina en ellos.

—Simon. Nos encontramos de nuevo.

Simon.

Simon.

Dios mío, recordaba mi nombre.

Me regaló una sonrisa genuina y perfecta.

Se me olvidó lo que iba a decirle.

—¿Te enseño mis nuevos cuadros? —me preguntó.

Eché un vistazo a su alrededor. No había nadie cerca que pudiese importunarnos.

—Por favor. Estoy deseando verlos.

CAPÍTULO 5

STELLA

Ha venido, pensé.

No tengo la menor idea de dónde saqué el arrojo para pedirle que me acompañase. El tour por la pared donde se exhibían las cuatro obras que había cedido a los hermanos Stoketon iba a ser rápido, pero era solo una espontánea excusa para alejarnos del gentío.

Había pasado casi un mes desde que nos vimos por primera vez y no había dejado de pensar en él. Intenté centrarme en nuestra conversación. Le conté algunas anécdotas, y las inspiraciones detrás de cada obra. No solo parecía genuinamente interesado en lo que le decía, sino que Simon sabía perfectamente de qué le hablaba. Existía la posibilidad de que fuese realmente un coleccionista. Nuestra conversación empezó a fluir sin esfuerzo.

Clavé la mirada en sus ojos en varias ocasiones. Aquella energía que nos desbordaba no era normal.

Entonces me corté un poco. No quería *venderme* ante un posible coleccionista. Quería ver quién había detrás de aquel elegante traje, con pinta de costar más que el alquiler mensual de mi estudio.

—Podría interesarme tener alguno de tus cuadros, Stella —dijo—. Pero solo querría saber una cosa. Bueno, en realidad dos.

Parpadeé, sorprendida.

Me había pillado por sorpresa. Entonces, ¿no había sido él quien había comprado la pintura que expuse en la galería de Victoria?

—Claro, dime —le dije.

—Vas a seguir pintando, ¿verdad?

—No entiendo…

—Me gusta invertir en artistas noveles, sobre todo si tienen un talento tan evidente y desbordante como el tuyo. Pero no querría comprar un cuadro de alguien que tenga pensado dejar los pinceles. Porque eso lo devaluaría. ¿Me explico?

Algo se quebró en mi cuerpo. Desilusión, ¿tal vez? No. Era un coleccionista, pero también un inversor. No debería sorprenderme, al contrario. Debería empezar a acostumbrarme a tratar con tipos como él. Iban a ser mis mejores clientes si lo que quería era vivir de mis cuadros a largo plazo.

Y no había nada que desease más. Observé sus labios, ligeramente curvados. Bueno, tal vez sí había algo que desease más. Pero nunca lo confesaría en voz alta.

Ojalá me besara, pensé en ese momento, sin pensar dónde estábamos, en mitad de una galería de arte repleta de gente.

—No voy dejarlo —le dije—. Esta…es mi vida. Es lo que hago. Lo que soy. No podría dejarlo aunque quisiera.

Sonrió complacido.

—Bien. Me arrebataron el cuadro que expusiste en la galería de Victoria. Aún no sé quién fue…Pero estoy más que dispuesto a pagar la diferencia con creces. Me alegra que hayas aumentado tu caché.

Me sorprendió su revelación.

—¿Sabes algo? No sé por qué, pero tenía la esperanza de que hubieses sido tú ese misterioso comprador.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No puedo negar que me hubiese encantado. Pero al parecer no llegué a tiempo, Stella. Y eso no suele pasarme. Supongo que me distraje…mirándote.

Mi corazón palpitó, reclamando mi atención. ¿Estaba coqueteando?

—¿Cuál es la segunda cosa? —pregunté.

—¿Qué?

—Querías decirme dos cosas.

Respiró hondo antes de hablar. Fue evidente.

—Sí. Quería invitarte a cenar.

—¿Hoy?

Sonrió.

—Hoy, mañana… Cuando tú quieras. Cuando puedas hacerme un hueco. Sé que estás bastante ocupada.

Se mordió el labio.

¿Entonces era aquello…una cita?

—Quiero decir…intuyo que estás bastante ocupada. Es obvio que tu carrera está despegando justo ahora.

—Sí.

—¿Cómo?

—Sí, me encantaría, Simon. Me gustaría seguir hablando contigo en un ambiente más tranquilo.

Miré un momento a mi alrededor. Aparecieron en mi campo de visión algunas caras conocidas, incluidas las de mis anfitriones, Caleb y John Stoketon, que no podría ignorar durante mucho tiempo más. Debía saludar a la gente. Ese era, sobre todo, el motivo de mi presencia allí esa noche.

Simon se inclinó junto a mi oído.

—Dime tu número de teléfono, Stella. Te llamaré pronto.

Me desconcertó. No hizo ningún amago de sacar su teléfono o de tomar nota. Solo me escuchó atentamente. Sentí que no había vuelta atrás, que tal vez me llamaría. Sentí todas las cosas correctas.

Para lo que tal vez no estaba preparada era para lo que sucedió a

continuación.

Mientras yo susurraba a más velocidad de la debida los nueve números de mi número, del trasto que llevaba al fondo del bolso y que prácticamente solo desempolvaba cuando llamaba a mis padres, observé cómo Simon repetía como un mantra las cifras. Las estaba memorizando.

Y entonces pasó.

No tenía sentido. No era el sitio ni el momento. Nuestros labios chocaron como una tempestad acercándose a una playa. Allí, plantados delante de mis cuatro cuadros, un beso fugaz pero evidente. Nadie que nos estuviese mirando tendría dudas al respecto de lo que allí se estaba desatando. Un beso en los labios, de los más dulces que recordaba.

Y después se fue, me dejó temblando en mitad de mi segunda noche importante como artista plástica. No fue discreto ni disimulado porque nuestra energía y nuestras ganas nos desbordaron.

Simon se perdió entre la gente como vino, como una aparición; el hombre que podía hacerme perder el norte y que solo veía cuando presentaba mis cuadros.

Instintivamente, metí la mano en el bolso y busqué mi teléfono. Ni siquiera estaba encendido en ocasiones como esa. Introduje el código PIN para ponerlo en marcha y desde el segundo que me dejó esperé su llamada.

CAPÍTULO 6

SIMON

Estreché la mano de Caleb Stoketon justo después de entregarle el cheque. Ya eran míos. Mis cuatro primeros cuadros de Stella Bennett. Suspiré satisfecho y me recosté en la silla de su despacho.

En cuanto me despedí de ella con un beso que me salió de las entrañas, aún sorprendido porque ella no me hubiese apartado, me fui a buscar al dueño de la galería. Le dije, sin mediar más palabra, que me reservase sus cuatro cuadros, y que me hiciese saber enseguida si recibía nuevas piezas de su factoría.

—No te preocupes. Lo tendré en cuenta. Pero subirán de precio, estoy convencido. Stella Bennett es un talento en alza.

—Eso no será un problema, Caleb. ¿Cuándo me los podré llevar?

—La exposición seguirá dos semanas más. Así que en cuanto termine serán todo tuyos. Por cierto, Stella y tú…

Una sonrisa maligna se dibujó en su rostro. No iba a darle explicaciones de ese tipo a alguien con quien estoy haciendo negocios.

—Sí. Nos conocemos.

Caleb levantó las manos.

—No, no. No me interesa lo que haya entre vosotros. Es solo que me extraña que, si la conoces, y creo que a todo el mundo en la inauguración le quedó claro, no recurras a ella directamente para conseguir su obra. Me consta que es una artista que trabaja de sol a sol. Está todo el día encerrada en su estudio. Así que debe producir bastante. Y además tiene una buenísima proyección…

No contesté a lo que realmente me estaba preguntando. Si tenía algún tipo de relación personal con ella. Me había visto besarla y había alucinado, supongo. Y soy de los que cree firmemente que lo que se ve no se pregunta.

Me encogí de hombros y cambié de rumbo aquella charla:

—Victoria Sailor tiene buen ojo para reclutar buenos artistas. Sus fichajes son garantía de éxito.

Caleb parpadeó.

—No me consta que Stella esté trabajando con Victoria.

—Aún no. Pero está en su punto de mira. Al fin y al cabo Stella Bennett debutó en su galería.

Me levanté de la silla, dispuesto a marcharme. Había sembrado el

gusano de la discordia en la manzana de Caleb Stoketon, y me daba por satisfecho. Los galeristas de esta zona de Manhattan se llenaban la boca de pretendidas amistades y camaraderías, pero en el fondo disfrutaban clavándose puñales en la espalda y robándose a los artistas más prometedores. Y Stella era una de las más talentosas.

—He de irme, Caleb. Seguimos en contacto.

Se quedó desconcertado.

Abandoné su despacho, en el piso superior de la galería. Era la última hora de la tarde. Podría haber resuelto todo aquello por teléfono, pero quería contemplar los cuadros de Stella una vez más, sin la presencia de la artista, a la que vería muy pronto.

Solo habían pasado dos días desde que la había besado delante de aquellas pinturas, y ante todos los invitados de los Stoketon, y no podía esperar ni un minuto más para verla. *Siempre está encerrada en su estudio*, me había dicho Caleb. Yo no quería distraerla, pero ya conocía el lugar exacto en el que trabajaba. Un pequeño *addendum* al trabajo de mi detective, Liam Moore.

Saqué mi teléfono móvil y marqué el número de Stella, después de respirar hondo. No iba a decirle que había comprado sus cuadros. Me costaba mucho separar mi interés genuino por ella como artista de lo que sentí las veces que la había tenido a mi lado.

Oír su voz al otro lado de la línea fue como si saliese el sol de repente en la isla de Manhattan.

Intenté calibrar su estado de ánimo, si la pillaba desprevenida y cómo se sentiría ante una de mis inminentes visitas.

—Me gustaría pasar a verte por tu estudio, Stella —le dije—. Quiero ver cómo trabajas. Y si te parece podríamos salir a cenar un rato, tal y como te dije. O puedo pedir que nos traigan algo de algún restaurante que te guste.

Me pareció que dudaba un instante.

Supongo que no era lo que ella había calculado. No soy muy de citas convencionales. Y no quería molestarla, si estaba tan recluida en su estudio. Observar a la gente en su hábitat natural era lo ideal para un tipo como yo, a quien le gusta observar y recabar información.

—Claro, Simon. Puedes venir a verme. ¿Te parece en unas dos horas? Así puedo terminar antes y cenamos algo, si te parece.

Me dio la dirección de su estudio, que coincidía exactamente con la que me había comunicado Moore. Me moría de ganas de verla de nuevo. Dos días *eran* demasiado.

Las dos horas que transcurrieron desde mi llamada hasta que bajé los cinco escalones que conducían a su pequeño taller se me hicieron eternas, y aún así no recuerdo ni qué hice. Deambulé, tal vez. Le pedí a Houston, mi chófer, que me llevase a una tienda de música del Soho.

Allí compré tres discos de *jazz* en vinilo. No tenía la menor idea de qué música le gustaba a Stella, ni si escuchaba algo mientras pintaba, pero tal vez le gustarían.

Llegué puntual. Conté unos diez segundos desde que llamé al timbre y entonces volví a tenerla junto a mí, sonriendo. Supongo que es una cosa adolescente preguntarse si debía rodearla con mis brazos por la cintura y atraerla de nuevo hacia mi cuerpo en cuanto la viese, estrecharla entre mis brazos. Estudié su reacción inmediata, junto a su cándida sonrisa.

—Simón, qué alegría verte otra vez.

Suficiente. Suficiente para que mi beso se acercase de nuevo peligrosamente a sus labios. Estuvo cerca, pero al parecer no tanto, ya que ella corrigió de inmediato la dirección de nuestro encuentro y nuestras lenguas se enredaron, en aquel espacio pequeño y coqueto que olía a aguarrás y estaba cubierto de lienzos abstractos, explosiones de color.

Era pronto. Era pronto para todo, pero nuestros cuerpos reclamaban al otro y yo no podía. No podía frenar lo que sentía. Aquellas semanas de estudio de Stella Bennett sin poder verla me habían superado.

Seguimos besándonos. Dejé la bolsa cuadrada con los tres discos sobre un taburete. Vi de reojo el cuadro de grandes dimensiones en el que estaba trabajando, y los rastros de pintura en la yema de los dedos con los que me acariciaba el rostro. Su respiración era entrecortada. Allí dentro hacía frío. Dios mío, Stella necesitaba un estudio mucho mejor, más acorde con su talento. Más espacio, más luz y más calor.

Tomé nota de ello.

Acogió mis mejillas entre sus manos. No eran suaves, eran las manos de una artista en constante inmersión. La toqué, calibrando sus curvas debajo de una camiseta amplia y unos *leggings* negros. Stella no se había cambiado de ropa ante mi inminente visita y aquello me encantó.

Nos movimos entre bastidores y tubos de pintura acrílica abiertos. Sus manos delataban la misma urgencia que yo sentía, pero aún así necesitaba su confirmación explícita. No quería que pensara que iba a esfumarme, que era de ese tipo de hombres que reaparecen al cabo de unas semanas.

—No tenemos que correr si no quieres, Stella…—le dije.

Fijó sus ojos en los míos, mientras nuestra piel ya palpitaba.

—Te deseo, Simon. No he podido apartarte de mi mente desde el día que nos conocimos.

Casi me muero al oír esas palabras.

La cogí de la cintura. La pintora se dio un pequeño impulso y se subió en la mesa que presidía el centro de su estudio.

Uf, no.

Definitivamente aquello no estaba en mis planes. Al menos no tan rápido.

Pero… bienvenido. Por supuesto que iba a atender esa urgencia.

CAPÍTULO 7

STELLA

No sé qué estoy haciendo. Ni siquiera he bebido como para no tener un mejor juicio. Podría arrepentirme, podría desaparecer hoy mismo y dejarme con el corazón desbocado. Intentaba desprenderme de todos y cada uno de esos pensamientos a medida que nuestras manos se perdían debajo de la ropa. Lo deseaba. Lo deseaba tanto…

Fue el beso, supongo, lo que me encendió. Aquel beso que Simon me había dado en la galería de los Stoketon y que me había dejado temblando.

Había tardado dos días en llamarme y casi me había vuelto loca. Evité a todo el mundo en esas cuarenta y ocho horas. Lo único que alivió mi espera fue encerrarme allí, en mi estudio y volcarme en los pinceles.

Obvio que le iba a decir que sí, que viniese a verme, aunque Simon era la primera persona, y por supuesto el primer hombre, que dejaba entrar en mi espacio de trabajo.

A medida que los besos se desviaban de nuestras respectivas bocas y avanzaban por el cuello, noté como sus caricias por debajo de mi camiseta iban *in crescendo*. Ya no eran tan gentiles. La pasión iba a desbordarme. Simon empezaba a amasar mis pechos, libres sin sujetador, como siempre que estaba trabajando en el estudio.

Apretó un poco mi mandíbula con su mano y su boca se cerró sobre la mía. Era un beso hambriento que me dejó prácticamente sin respiración. Empezó a bajarme los *leggings* negros. Se le daba bien, no había duda.

Su tacto era firme pero urgente mientras continuaba aprisionando mi carne, mis caderas. Me refugié entre sus brazos, aún más cerca de su torso, mientras él gruñía de pura necesidad. Aquello iba a ser rápido porque ya podía ver su miembro, duro e hinchado, listo para que lo recibiese.

Me derretí. Me olvidé del trabajo que tanto me había absorbido en los últimos meses. No había nada que quisiera más que sentirlo dentro de mí y se moviese a toda velocidad hasta darme lo que necesitaba, lo que me urgía. Lo que nos urgía a los dos.

Me bajé de la mesa para recibirlo mejor. Justo cuando estaba a punto de deslizarse en mi calor empapado, Simon se puso rígido y murmuró: “necesitamos un condón”. Se apartó un poco de mí, pero yo

no podía esperar más. La intensidad de nuestros encuentros, hasta entonces rodeados de gente, me había dejado con ganas de más.

—Te necesito dentro de mí ahora, Simon —gemí—. Yo no…hace mucho que no estoy con nadie. Y tomo la píldora. Lo quiero ya.

No hizo falta que hablase más. Me penetró al instante. Aquellas palabras parecieron encenderlo aún más. Aquel hombre misterioso, alto y elegante se convirtió en pocos minutos en un animal primario y excitado. Me lo hizo de forma dura, casi bestial. Y a mí me gustó. Me encantó. Eso era exactamente lo que necesitaba.

Nunca había sabido lo que era la pasión carnal hasta esa tarde. Me abrazó con tanta fuerza que nuestros vientres sudaban el uno contra el otro, mientras él me estrechaba entre sus brazos. Puso las palmas de sus manos debajo de mis glúteos y me levantó a peso contra la mesa.

—Ughhhh, dios mío, Stella. Dios. No creo que pueda aguantar mucho más.

Mis caderas se elevaron para recibir sus embestidas y sentí como cada músculo de mi vientre respondía a su grosor. Escoré mi pelvis para recibirlo aún más profundo. Podía notar como su glande golpeaba el cuello de mi útero y pensé que en mis contadísimas experiencias sexuales ningún hombre había llegado tan lejos, ni me había hecho sentir tan cerca de él.

Era una mezcla de placer y dolor tan deliciosa y salvaje y que se acumuló tan rápido que entré prácticamente en trance. Lo sentía grande, duro, ardiente y pesado.

Y lo sentía mío.

Todo mío.

Cuando me miró a los ojos y susurró mi nombre me deshice en grandes oleadas de jadeos. Todo mi cuerpo se puso rígido por un instante, mientras los dedos de mis pies se curvaban y espasmos incontrolables recorrían mis extremidades.

Un grito agudo, casi animal, llegó de alguna parte. ¿Tal vez de mí misma? No me importaba. No quería saber nada más que lo que concernía al hombre que gruñía ya sobre mí y que en ese instante se corría intensamente.

Cuando terminó, su cabeza cayó sobre mi hombro. Un profundo y cálido suspiro recorrió mi pezón, arrancándome otro escalofrío.

No quería que ese momento terminase nunca; ni tampoco hubiese imaginado que el sexo pudiese sentirse así entre dos personas. Ni la más mínima idea. Le acaricié el pelo y le planté un beso en la mejilla sudorosa.

—Espero no haberte lastimado, Stella. No sé qué me ha pasado, pero me sentí tan…

—Shhhh. No hables ahora. No digas nada. Shhhhh.

Enterró su rostro en mi cuello y me abrazó con fuerza. Aún

palpitábamos a un ritmo frenético. Nos quedamos juntos en silencio hasta que noté que la presión en mi vejiga necesitaba atención y tuve que moverme.

Sus ojos en ningún momento abandonaron mis curvas cuando me envolví en la enorme chaqueta de lana que usaba en mi estudio cuando tenía frío y salí hacia el baño.

CAPÍTULO 8

STELLA

Las cejas de Victoria Sailor tenían una forma peculiar, como de bruja Disney. Era una mujer de edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta años, y se conservaba en formol. Era muy atractiva. Vestía con un curioso *blazer* de color gris, con unas hombreras enormes y puntiagudas que acentuaba incluso los rasgos de su cara.

Se levantó de su silla tranquilamente y se acercó a uno de los ventanales. Empezó a regar las dos únicas plantas que tenía en la oficina.

Mi mente se evadió por un momento, recordando una vez más la noche que había pasado con Simon. Simon Stephanopolis. Ya sabía su apellido. Ya tenía una ligera idea de quién era el hombre que me había seducido.

Habían pasado algo menos de cuarenta y ocho horas desde que nos habíamos despedido y yo estaba inmersa en un torbellino de emociones. Sentía que nuestra conexión era más fuerte y sin embargo había algo que no me encajaba. Llamadlo intuición de artista, si es que tal cosa existe, no tengo ni idea. Estaba inquieta.

Al día siguiente recibí un mensaje de Victoria, emplazándome para una reunión de negocios en su despacho. Iba preparada. Más o menos sabía lo que quería. Que me incorporase a su cartera de artistas. Ser mi representante de manera oficial.

Tenía ciertas dudas con eso. Por una parte quería estar centrada en la pintura, pero dejar la circulación de mis obras en manos de otra persona tampoco me convencía al cien por cien. No se había establecido la suficiente confianza entre nosotras como para darle esa sustanciosa comisión sobre mi trabajo.

Pero allí me encontraba, en su oficina. Aquellas paredes pulidas y la decoración elegante creaban un ambiente sofisticado y minimalista que contrastaba fieramente con mi cascada de emociones.

—Stella… Supongo que ya intuyes por qué te he pedido esta reunión. En primer lugar, te pido disculpas. En circunstancias normales esto habría sido más distendido, te habría invitado a comer, estaríamos por ahí, tomando un buen cóctel. Pero supongo que eso podemos hacerlo para celebrar un acuerdo. Así que iré al grano. Sé que estás trabajando con los Stoketon también, que les cediste cuatro obras. ¿Qué tal ha ido?

Torcí el gesto. Me incomodaba un poco hablar de eso. A fin y al cabo era su competencia.

—Bien. Sí. Les cedí cuatro obras de formato mediano. Y tengo entendido que están vendidas.

Victoria suspiró. Aquello no le había hecho ninguna gracia, pero no tenía sentido ocultarle información. En ese mundillo todo se sabía.

—Verás. Quiero que trabajes en exclusiva conmigo. Eso significa que sería yo quien comercializaría todo tu trabajo durante el periodo que acordemos. Podemos discutir todos los detalles, pero eso te dejaría todo el tiempo del mundo para centrarte en tu trabajo.

Extendió una carpeta de color verde sobre la mesa.

—Aquí estarían los puntos del acuerdo. Es un contrato estándar, muy parecido al que tengo con otros artistas. Por supuesto, puedes hablar con cualquiera de ellos y pedirles *feedback*…Y preguntarme cualquier duda que tengas.

Sonreí. Estiré el brazo y cogí la carpeta. La guardé directamente en mi mochila, sin echarle un vistazo.

—La veré con detalle, Victoria.

—¿No vas a leerlo ahora?

—Prefiero estudiarlo con calma. En casa.

Sus labios se apretaron un poco más, convirtiéndose en una línea aún más fina. No estaba acostumbrada a encontrarse con reticencias.

—Stella, tengo algo que compartir contigo.

—Claro. ¿De qué se trata?

Vaciló un instante antes de hablar.

—Se trata de *Sueños Efímeros*, el cuadro que me cediste.

—¿Qué pasa con él?

—Fui yo misma quien lo compré. Me parece que si empezamos a colaborar de forma regular, deberías saberlo.

—¿Cómo?

—Fue una apuesta personal. Y, además, siento decir que nadie más me preguntó por ese cuadro, aunque yo personalmente no dudo de su calidad. Así que debes estar tranquila en ese sentido.

—Los cuadros que les cedí a los Stoketon…

Victoria apoyó los codos en su elegante mesa y se acercó un poco más a mí. Y entonces me lanzó una segunda confesión. Una un poco más dolorosa.

—Stella, creo que te mereces saber la verdad. La persona que compró esos cuatro cuadros fue Simon Stephanopolis. Como supongo que ya sabrás, está forrado. Y por alguna razón, le interesas más allá de tu arte.

—¿Cómo? Pero él no me ha dicho…

Victoria se rio. Estaba disfrutando cada segundo de aquello.

—Querida, no te preocupes por eso. Como ya te he dicho, nadie

duda de tu arte. Los comienzos son duros para todo el mundo, y si puedes contar con un pequeño espaldarazo de alguien con dinero, mucho mejor para ti. Estás con él, ¿no?

Me quedé callada. Esa era una cuestión personal, y además, ni yo misma tenía una respuesta.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras procesaba todo lo que Victoria me había dicho. La magnitud de la verdad me había colapsado.

Entonces, ¿era todo una farsa? ¿Mis cuadros no interesaban a nadie más que a la mujer que quería parte de mi dinero y al hombre que pretendía seducirme, y que, por cierto, lo había conseguido?

Había estado en mi estudio. Me había entregado a él, allí mismo, en mi mesa de trabajo. ¿Por qué no me había dicho que había sido él quien había comprado los malditos cuadros?

—¿Por qué iba a ocultarme algo así? —murmuré, con mi voz teñida de enojo y confusión. Creo que estaba al borde de las lágrimas, pero no le iba a dar esa satisfacción a Victoria.

—Las personas tienen sus razones, Stella. Algunos se mueven por el deseo de proteger, mientras que otros están atrapados en una red de secretos de la que no pueden escapar. Pensé que tenías que saber la verdad, pero cómo manejarla depende completamente de ti.

Salí de la oficina de Victoria triste y agobiada. Le prometí que estudiaría su oferta y le daría una respuesta lo antes posible. Pero lo cierto era que esa galería que una vez me pareció una especie de santuario, una de las metas de mi incipiente carrera, me parecía ahora un espacio de traición.

Las calles animadas del Bajo Manhattan no consiguieron mejorar mi estado de ánimo. Ni siquiera ver la librería Strand a solo unos pasos, una de mis favoritas en la ciudad, me hizo aparcar mis preocupaciones. La trama de confianza que había tejido con Simon, en nuestros primeros encuentros, se debilitaba por momentos.

Empecé a andar como un robot, confiando en que un poco de ejercicio me sentaría bien. Y de repente, de nuevo, mi intuición estaba alertándome de algo que me acechaba.

No lo vi al instante. Supongo que era bueno en su trabajo, pero me giré dos veces y, por encima de mi hombro, alcancé a ver a un hombre vestido con un abrigo oscuro y gorra, y los ojos ocultos tras unas gafas de sol.

Me estaban siguiendo.

Mi pulso se alteró.

Caminé durante quince minutos más. Tracé una ruta absurda, caminando sin rumbo por las calle 12 hasta Union Square. Y ahí seguía.

Aceleré de nuevo el paso, y mis sentidos se agudizaron. La

presencia del hombre que me seguía no era una ocurrencia aleatoria; era un movimiento calculado, una intrusión en el santuario de mi privacidad. Mi mente se llenó de preguntas. ¿Era un detective? ¿Quién había contratado a este tipo y por qué seguía cada uno de mis movimientos?

Me la jugué. Me acerqué a un callejón desierto y aminoré la marcha. Su presencia entonces se hizo mucho más evidente. Me giré bruscamente, enfrentándome a él. Supongo que la adrenalina y la rabia derrotaron al miedo.

—¿Quién eres y por qué me sigues?

La mirada del detective se cruzó con la mía, inexpresiva. Se quitó las gafas enseguida, dejándome apreciar y memorizar sus ojos claros.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, señorita Bennett. No hay necesidad de alarmarse.

—¿Tu trabajo? ¿Quién demonios te ha contratado?

La tensión en el aire se evidenció.

Vaciló un momento, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Digamos que alguien que tiene cierta preocupación sobre su seguridad.

Dios mío. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿En serio, Simon? ¿Mi seguridad? No había nadie más en mi vida que pudiese tener semejante…ocurrencia. ¿Un detective? Lo que me faltaba.

—No necesito a nadie siguiéndome —contesté, con voz firme—. Dile a quien sea que te haya pagado por seguirme que puedo cuidar muy bien de mí misma.

El detective inclinó la cabeza y se dio la vuelta, dejándome sola en la entrada del callejón. Salí de allí y aceleré el paso. Quería llegar a mi estudio lo antes posible. ¿Por qué? ¿Un detective? Uno de los malos, además. No había sido muy difícil captar sus movimientos.

Cuando llegué a mi estudio y cerré la puerta ahogué un sollozo. Para colmo todo allí me recordaba a él, a lo que habíamos hecho. Estaba llena de preguntas y dudas, y al mismo tiempo no tenía ganas de hablar con Simon. ¿Había comprado mis cuadros sin decírmelo? ¿Y encima me vigilaba?

Mientras recorría la habitación, recogiendo los instrumentos que necesitaba para ponerme de nuevo a pintar, mi teléfono vibró al recibir un mensaje. La pantalla se iluminó. La palabra SIMON hizo que me estremeciese. Y debajo de ella, un escueto mensaje:

Necesito explicarte. ¿Podemos vernos?

Aquel mensaje me desbordó. Por una parte tenía ganas de apagar el teléfono, o de lanzarlo contra el lienzo; y por otra necesitaba aclarar qué había pasado, quería que me explicase por qué me sentía traicionada. ¿Me esperaba un clamoroso desamor?

Respiré hondo. Necesitaba respuestas. Tecleé a toda velocidad:

Está bien. Dime un sitio y hora.

Mientras me preparaba para enfrentarme a Simon, tal vez por última vez, las luces de la ciudad que parpadeaban a través de mi ventana me recordaron dónde estaba. En la ciudad que había escogido para cumplir mi sueño. En las calles que no me habían dado nunca la espalda.

CAPÍTULO 9

SIMON

Maldito Liam Moore, murmuré entre dientes, mientras me preparaba para mi encuentro con Stella.

Este no iba a ser tal y como yo había previsto. A todas luces iba a tener que cancelar mi reserva en Blake’s uno de mis restaurantes favoritos del Upper East Side, donde tenía previsto llevarla a cenar. Pero eso era lo de menos.

No sabía exactamente qué había fallado. Liam Moore era bueno haciendo seguimientos, de eso no me cabía duda. Y Stella lo había pillado. Me llamó enseguida para comunicármelo y para disculparse.

—Está claro que es una mujer extremadamente intuitiva, Simon. *Sabía* que la estaban siguiendo. Hacía muchos años que no me pasaba algo así.

Se tomaba la libertad de llamarme Simon porque mi apellido, decía, era largo y complicado, pero no teníamos esa confianza. Y menos después de su cagada.

—Me dejas con el culo al aire, Moore. Esa es la verdad. Supongo que va a saber que soy yo, ¿no?

—Lo siento, Simon. Lo siento de veras. A veces pasan estas cosas. No me siento orgulloso. Pero como te decía, esa chica tiene un evidente sexto sentido. Obviamente no te cobraré por este servicio…

Colgué el teléfono, angustiado.

Stella y yo habíamos quedado en Union Square, en la puerta de una cafetería bastante conocida. Yo le había propuesto acercarme a su estudio, o a donde estuviese, pero ella se negó. *Prefiero un sitio más neutral,* me había escrito por mensaje.

Aquello me dio mala espina. Estaba preocupado. Di unos pasos bajo el débil resplandor del neón de un bar de copas, esperando su llegada.

No la vi acercarse. Apareció a mi espalda, y aún así evitó tocarme. Busqué su mirada. Sus ojos reflejaban una mezcla de incertidumbre y algo que no esperaba: esperanza. Esa mirada, tal y como me había dicho el detective por teléfono, tenía el poder de desentrañar el tapiz de medias verdades que yo había tejido; y sabía que, si tenía la más mínima intención de que aquella mujer permaneciese a mi lado, había llegado el momento de la honestidad.

—Simon —dijo, con su voz casi convertida en un susurro—.

Explícamelo. Todo.

Tomé aire.

No es fácil hablar de la obsesión.

Y más cuando ya estaba convencido de que se había convertido en amor.

—Stella, te debo la verdad. El día que nos conocimos, en la galería de Victoria Sailor, no solo quedé cautivado por tu arte, sino por la mujer que lo había creado. Supongo que eso es más que obvio, ¿no? Sin saberlo, te convertiste en mi musa.

La expresión de Stella se suavizó un poco, pero el escepticismo persistía. Cerró los ojos, agitó la cabeza en señal de negación:

—Estuvimos juntos. En mi estudio. Y no me dijiste que habías decidido comprar mis cuadros en la galería de los Stoketon. Cuatro de ellos, nada menos. ¿Y el detective? ¡Qué demonios, Simon! ¿Por qué? Eso es lo peor.

El peso de mis acciones empezaba a aplastarme, pero decidí confesar:

—Me obsesioné con tus cuadros. Ya los había visto en un catálogo. En fotos. Hace unos meses. Entonces empecé a seguirte la pista. Cuando supe que expondrías en la galería de Victoria me presenté allí, aunque rara vez acudo a eventos de ese tipo. Pero necesitaba conocerte en persona. Y ya entonces quise comprar ese cuadro, pero alguien se me adelantó. Victoria no quiso darme la oportunidad de hacer una contraoferta. Contraté un detective porque no soportaba tener tan poca información sobre ti…No sé, supongo que cierta oscuridad de mi pasado…

Sus ojos se fijaron en mí, buscando sinceridad.

—¿De qué oscuridad estás hablando, Simon?

Estaba siendo un completo idiota. Tenía que medir mis palabras al milímetro, o la mujer por la que suspiraba se daría la vuelta y se perdería para siempre en las calles de Nueva York.

—Mira, sé cuando estoy delante de la mujer correcta. Tus pinturas me encantan, pero mis sentimientos por ti, me han desbordado… Quiero seguir conociéndote, no solo como la brillante artista que eres, sino como la chica que quiero tener a mi lado. Mereces toda la honestidad y creo que he fallado en eso. ¿Podrás perdonarme?

Se encogió de hombros, la tristeza que la había invadido era evidente. Tampoco me perdonaba eso.

—Sí, claro que puedo perdonar. Pero creo que necesito un poco de tiempo.

Iba a echar el freno. Y era lo más normal del mundo. Yo, en cambio, me lancé por el precipicio:

—Y yo creo que me he enamorado de ti. Y voy a hacer lo que sea necesario para hacer bien las cosas.

Se hizo el silencio entre nosotros.

Stella dio un pequeño paso hacia mí. El conflicto entre lo que necesitaba y lo que deseaba era palpable.

—Necesito tiempo, Simon —repitió—, pero no puedo ignorar el hecho de que yo también me estoy enamorando. Por eso duele.

Sus palabras eran contundentes, pero su cuerpo se acercaba cada vez más a mí. Algo en mi interior explotaba de felicidad. Había una mínima esperanza…

—Me muero de ganas por reconfortarte, por abrazarte.

Respiró hondo.

—He de tomar decisiones. Victoria me ha pedido que trabaje con ella y si te digo la verdad…no estoy segura de nada. Fue ella quien compró *Sueños líquidos.* Y luego tú te llevaste los otros cuatro cuadros. Creo que soy un fraude como artista…

No. Luz roja. Esa no era una buena decisión. Se veía a la legua. Conocía muy bien las artimañas de Victoria Sailor y sabía que Stella no iba a salir muy bien parada si le cedía parte de sus ganancias. Y haberle dicho eso era el primer paso para minar su autoestima.

—Ni de coña —contesté—. No, Stella. Ni se te ocurra pensar eso. Llevo diez años recorriendo galerías, comprando cuadros de artistas noveles y siguiendo atentamente sus carreras. No solo en Nueva York. También en Los Ángeles, Toronto, en Ciudad de México, en Europa…Y si hay algo de lo que me fío al cien por cien es de mi buen ojo. Sé cuando una artista va a triunfar. Y lo veo en ti. No en esos cinco cuadros. Lo vi…

Levantó la vista y me miró, esperanzada.

Lo que le dije salió de mi corazón, sin pensar, solo porque lo sentía:

—Lo vi del todo hace dos días, cuando fui a visitarte a tu estudio.

Di un paso pequeño hacia ella. La ciudad nos envolvía con sus luces y sus millones de ruidos y aún así nos era extremadamente ajena. Sentí el aire cálido escapando de su cuerpo y reprimí las ganas de besarla.

—¿En mi estudio?

—El cuadro en el que estabas trabajando cuando llegué. El que estaba en el bastidor, con toda esa pintura roja y violeta envolviéndonos mientras…

Se acercó un poco más. Levantó el rostro y sus labios quedaron justo debajo de los míos. Parecía que los conflictos de Stella se iban diluyendo ante mi cercanía.

Deslicé una mano por su cuello y acaricié su nuca. Una sonrisa apareció en sus labios.

—Mientras lo hacíamos, mientras me hacías el hombre más feliz sobre esta maldita ciudad, no podía apartar los ojos de ese cuadro. Mis ojos iban de ese lienzo a tu expresión de deseo, a cada uno de tus

gestos, y desde esa noche no entiendo el vacío que siento si no estás a mi lado. Lo del detective…fue una estupidez, Stella. Sobre todo porque ya no era necesario. Pero quería que alguien me avisara si estabas…en peligro. Y esa reunión con Victoria Sailor…me temo que ha sido peligrosa, ¿me explico? ¿Habéis llegado a un acuerdo?

Stella respondía positivamente a mis caricias. Solo entonces empecé a relajarme, a sonreírle.

—No. Le he dicho que necesitaba estudiarlo.

—Bien. Voy a darte todo el tiempo que quieras, pero quiero estar cerca de ti, esperando a que estés lista para…

Me callé de repente.

Esperé. Aguardé su perdón y este llegó en forma de beso. Allí mismo. En ese instante. Nos fundimos en un abrazo frente a Union Square. Mi artista favorita, la mujer con la que soñaba desde hacía meses, me daba una oportunidad, y no tenía ni idea de cuánto lo apreciaba.

Me quité un peso de los hombros mientras sus besos cortos y suaves me envolvían con aquella esperanza renovada. De ahí saldríamos más fuertes, y mientras abrazábamos un futuro iluminado por la promesa de un amor, cualquier equivocación se desvanecería pronto en un segundo plano. Esas sombras eran ya solo un lienzo para pintar nuestra gran historia de amor.

EPÍLOGO

STELLA

Dieciocho meses después…

Futura señora Stephanopolis. Así es este sueño del que no he querido despertar y que ahora me ha traído a Londres, a mi primera exposición en Europa. Y en la Tate Modern, nada menos, el museo que visité de adolescente y que se convirtió en mi favorito.

Señora Stephanopolis…Ese es mi nuevo título. Solo en la intimidad, claro. Yo seguiría firmando los cuadros como *Stella Bennett.*

Simon se acercó por mi espalda y me rodeó con sus brazos. Habíamos llegado a Reino Unido en un vuelo privado hacía solo unas horas.

—Se me hace tan raro no estar trabajando…—le dije.

Disfruté de la fresca brisa del río Támesis. Aquella vista espectacular, con la Torre de Londres y el London Eye de fondo me inspiraba.

Simon se rio.

—Cariño, *estás* trabajando. Te recuerdo que esta es tu primera muestra en Londres.

—Ya, ya, lo sé. Pero sabes a qué me refiero…

Agarró las manos con las que me pasaba el día pintando y las besó.

Mi carrera había despegado con Simon a mi lado. Con mucha más intensidad. Más rápido. Seguí su consejo y rechacé el acuerdo con Victoria Sailor. En lugar de asociarme de forma permanente con la galerista opté por crear mi propio negocio. Me establecí como artista independiente y empecé a comercializar mis propias obras.

Fue un éxito. En solo ocho meses pude comprar mi propio taller cerca de Tribeca y me mudé con Simon.

Él era mi mayor admirador y mi mejor consejero, y muy pronto se iba a convertir en mi esposo. Me hizo ver la importancia de dejarme ver de vez en cuando, de apartarme del lienzo para tomar perspectiva. No solo para vender mi trabajo, sino también para encontrar la inspiración.

Nuestro comienzo fue escandaloso. Precipitado, rápido, incluso algo torpe. Nunca le conté a nadie lo que pasó. Lo del detective, su obsesión…Y no lo hice porque todo el mundo me habría dicho que no lo hiciese. Que no siguiera adelante. Pero no podía ignorar a mi

corazón. Decidí que si me equivocaba me levantaría. En Nueva York. En Vermont. Donde fuera.

Eso no pasó.

A veces los planetas se alinean y la persona indicada no te decepciona.

—Empieza a hacer un poco de frío. ¿Entramos en la habitación? —me sugirió Simon—. Tenemos un buen rato antes de marcharnos hacia el museo. ¿Estás nerviosa?

No estaba nerviosa. Estaba obsesionada. Con él, con sus manos, con sus acertadísimos consejos y con la manera en que me había ayudado en este tiempo, aportando su experiencia solo si yo se lo pedía.

Tomé su mano y dejamos el Támesis a nuestras espaldas. Caímos sobre la cama, una vez más, y Simon me besó como la primera vez.

Siempre me besa como la primera vez.

***

Destellos de poder
Millonarios de Manhattan

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

OLIVIA

El sonido del traqueteo del metro resonaba en mis oídos mientras me dirigía hacia el corazón de Manhattan.

Había salido temprano de casa esa mañana. El sol que caía sobre Brooklyn se filtraba entre los edificios, creando una atmósfera dorada que inundaba las calles de energía y expectativas.

Por fin había llegado el día.

Tendría la oportunidad de entrevistar a Jacob Burnside, el enigmático multimillonario que había captado la atención de todo Nueva York.

Mis manos temblaban ligeramente de emoción y nerviosismo mientras ajustaba el bolso sobre mi hombro y verificaba por enésima vez que llevaba la grabadora y mis notas. Como periodista *freelance*, conseguir una entrevista con alguien como Jacob Burnside podría ser el trampolín que necesitaba para avanzar en mi carrera.

Había conseguido que el Post se interesase en ella. ¡El maldito New York Post! No podía cagarla.Y sabía que si conseguía derribar esa barrera con la que me iba a encontrar, las cosas podían salir bien.

Jacob Burnside no solía hablar con la prensa. No concedía entrevistas. No era *su estilo.* Eso era lo que me había dicho Patricia Mint, su secretaria, cuando por fin conseguí hablar con ella.

La imagen de Jacob practicándole la maniobra de Heimlich al alcalde de Nueva York se había hecho viral, y eso, por desgracia para él, había hecho que los focos de la prensa recayeran sobre el misterioso magnate.

Todo había sucedido en apenas unos minutos. Fue en la inauguración de un nuevo centro comercial en Tribeca, donde el alcalde se había sentido indispuesto. Al parecer se había atragantado con un hueso de cereza. El color de su rostro empezó a cambiar; y Jacob, que también asistía a la presentación con un grupo de inversores no lo dudó ni un instante. Sujetó al alcalde por la espalda y apretó con fuerza sobre sus costillas con movimientos firmes y certeros, hasta que el político expulsó el hueso que obstruía su garganta.

Todos lo habíamos visto en los medios locales.

Fue una imagen curiosa. Pero más allá del hecho en sí, de salvarle la vida al alcalde de la ciudad, yo me había fijado en él. Lo que más

me llamó la atención, además de su evidente atractivo —que yo prefería dejar al margen de todo—, era que no se sabía casi nada de Jacob Burnside.

Tenía muchos negocios —y mucho dinero—. La gente con la que había hablado y que podía tener más información, simplemente, no querían hablar de él.

En definitiva, era el misterio perfecto que desentrañar.

Y yo había conseguido una entrevista.

Me habían citado en un edificio de apartamentos al oeste de Tribeca, con vistas al parque Rockefeller. En el último piso, por supuesto. Era extraño, porque aquello no era una oficina. Pero dudaba seriamente que Patricia Mint me hubiese citado en su casa. Así que tal vez era solo un punto de encuentro que Burnside utilizaba para reuniones esporádicas.

Al llegar me detuve un momento junto a los ascensores para tomar aliento y ajustar mi aspecto. Quería causar una buena impresión, pero sin parecer demasiado ansiosa. Después de todo, era solo una entrevista.

Al subir en el ascensor, repasé mentalmente las preguntas que quería hacerle. Quería profundizar más allá de las típicas preguntas sobre su éxito empresarial y su fortuna. Quería conocer al verdadero Jacob, detrás de la fachada de multimillonario exitoso.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso indicado, me encontré frente a una puerta de madera elegante con el número "1201" grabado en una placa de metal. Respiré hondo para calmarme, levanté la mano y golpeé con decisión.

El sonido de unos pasos se evidenció al otro lado de la puerta, y mi corazón comenzó a latir con fuerza. La puerta se abrió lentamente, revelando a un hombre alto y apuesto, con cabello oscuro y ojos penetrantes que me observaban con curiosidad.

—¿Olivia Taylor? —preguntó. Su voz profunda resonó en el pasillo.

—Así es —respondí, extendiendo la mano con una sonrisa profesional —. Encantada de conocerle, señor Burnside.

Jacob Burnside me devolvió la sonrisa, estrechando mi mano con firmeza.

—Por favor, llámame solo Jacob —dijo, invitándome a entrar con un gesto de su mano.

Di unos pasos y accedí a su mundo. Aquel espacio era tan lujoso como me lo había imaginado, con muebles elegantes y una vista impresionante de los rascacielos del sur de Manhattan a través de las grandes ventanas. Además, acompañaba el día, soleado y con el cielo despejado. Jacob me condujo hacia un cómodo sofá y me ofreció tomar asiento mientras él se sentaba frente a mí en un sillón.

—Gracias por recibirme —dije, sacando mi grabadora y mis notas

—. No ha sido fácil… Bueno, la verdad es que estoy emocionada de tener la oportunidad de hablar contigo.

Sonrió. Su mirada se clavó en la mía. Sentí que era uno de esos hombres que no necesita demasiadas palabras para comunicarse. Y eso, para mí, que la palabra es mi herramienta, podía ser un problema.

—El placer es mío —respondió Jacob, cruzando las piernas con elegancia—. Dime, Olivia, ¿qué te gustaría saber?

Eché un rápido vistazo a las preguntas que había garabateado la tarde anterior, en mi apartamento. Allí, delante de él, me parecían insulsas y blandas. En ese momento pensé que la pregunta que realmente quería hacerle era por qué me había concedido esta entrevista. Por qué a mí.

Decidí improvisar un poco.

Pero empecé más o menos sobre seguro. Le hice las preguntas básicas sobre su éxito empresarial y sus proyectos actuales. Respondió con cortesía, pero podía sentir que había algo más detrás de esa fachada impecable.

Contestaba correctamente, pero con palabras bastante huecas y genéricas. No revelaba mucho, solo lo justo. Sin duda, había algo más detrás de lo que me contaba. Y yo quería llegar al meollo del asunto, descubrir realmente quién era Jacob Burnside. Pero había un pequeño problema: me estaba poniendo muy nerviosa con aquella mirada impenetrable. Era como si se estuviese formando una opinión muy concreta sobre mí… pero jamás la expresaría en voz alta.

Levanté la vista antes de preguntarle dónde había aprendido a hacer la maniobra de Heimlich, la técnica que había usado para salvar la vida del alcalde. Estaba llegando al final de la entrevista, del tiempo que me habían concedido.

Su respuesta me sorprendió:

—Fui socorrista. Hace siglos. Los fines de semana, durante los veranos. Cuando estaba en la universidad. En una piscina, en Charlotte. Ahí aprendí lo básico.

Lo miré directamente a los ojos.

—Cuando ya lo has conseguido todo, ¿qué te impulsa a seguir adelante cada día?

Un destello de sorpresa —o de poder— se asomó a sus ojos. Se relajó antes de contestar, y me lanzó una sonrisa intrigante. Se inclinó ligeramente para contestar.

—Esa es una pregunta interesante, Olivia. Precisamente porque es algo que yo jamás me preguntaría. Me levanto todos los días y trabajo. Creo que lo que me impulsa es la pasión por hacer del mundo un lugar mejor. Mi éxito empresarial es solo una herramienta para lograr ese objetivo.

Había cerrado mi cuaderno de notas, así que eso podía darle una pista de que mis preguntas estaban tocando a su fin.

Me había guardado lo que me producía verdadera curiosidad para el final.

—¿Por qué yo, Jacob? ¿Por qué has accedido a hablar conmigo? Tu secretaria me ha dicho que iba a ser complicado…

—Me parece que lo necesitas, Olivia. Necesitas publicar esa entrevista. Esto no es muy distinto de una maniobra de Heimlich. Solo estoy ayudándote. Sabes perfectamente que no necesito ningún tipo de promoción. Y te digo esto solo porque esa grabadora ya está apagada…

Se puso en pie. Su tiempo para mí había terminado.

¿Por qué? ¿Por qué sabía que lo necesitaba? ¿Cómo podía saber que ese era el único tema que me había admitido Troy Fuller, el jefe de redacción, y que solo lo había hecho porque pensaba que nunca conseguiría acceder a Jacob Burnside?

Sus palabras me sorprendieron, y me di cuenta de que había mucho más en Jacob Burnside de lo que aparecía en las portadas de revistas de negocios. Había una profundidad en él que quería explorar más a fondo.

Repasé mis notas. Habíamos hablado de filantropía, de política…Él tenía una mente aguda y perspicaz. Sin duda era un excelente conversador. Y ahora, con los dos ya en pie, mientras me acompañaba a la puerta, sentí una punzada de decepción. Quería seguir hablando con él. Pero tenía que redactar todo aquello, darle algún sentido y enviárselo a Fuller lo antes posible.

—Gracias por tu tiempo, Jacob. Ha sido muy interesante…

—No. El placer ha sido mío. Y espero que podamos volver a vernos pronto.

Dios mío, ¿acababa de decir eso en serio? Mientras caminaba por el pasillo hacia el ascensor, no pude evitar sonreír. Había algo en Jacob Burnside que me había cautivado por completo, algo que iba más allá de su éxito empresarial y su poderoso atractivo. Y estaba ansiosa por descubrir qué era.

CAPÍTULO 2

JACOB

Mi intuición no me había fallado. Aquella mujer era la criatura más bella y menos consciente de su poder que me había encontrado en mucho, mucho tiempo.

Mientras cerraba la puerta detrás de Olivia, me encontré perdido en mis pensamientos. Había algo en esa periodista que me intrigaba más de lo que me había atrevido a admitir. Desde el momento en que la vi entrar por esa puerta, su presencia había encendido una chispa dentro de mí; una chispa que amenazaba con arder fuera de control si no la mantenía a raya.

Sabía muy bien que si no jugaba bien mis cartas esa sería la última vez que la viese.

Me recosté contra la puerta, dejando escapar un suspiro mientras repasaba la conversación que acabábamos de tener. Era inteligente, perspicaz y tenía una curiosidad que iba más allá de lo superficial.

Había logrado desenterrar partes de mí que ni siquiera yo sabía que estaban allí, y eso me asustaba. Era lista, y aquella melena larga y rubia me volvía loco. No sabía explicarlo. Era su cuerpo, claro, pero también lo que me transmitía, ese aire de chica sencilla alérgica a los conflictos con la que llevaba tiempo soñando. Lista y ocupada con sus propios asuntos. Perfecta. Justo lo que necesitaba.

Me había hecho gracia su pregunta. ¿Por qué le había concedido la entrevista a ella y no a otros?

Pues por ti, Olivia.

¿Debería habérselo dicho? No. No era el momento. No si no me aseguraba de que ella tenía un mínimo interés en mí. Mientras me dirigía hacia la ventana y contemplaba el tráfico efervescente de la ciudad me di cuenta de que no había sido solo su habilidad periodística lo que me había atraído hacia ella. Había algo en su mirada, en la forma en que sus ojos brillaban con pasión, que me había dejado sin aliento.

No es frecuente ya encontrar periodistas apasionados. El periodismo ha perdido su esencia desde que los clics cobraron más relevancia que las historias.

No tenía la menor idea de qué iba a hacer con todo lo que le había contado, pero sospechaba que no iba a ser lo que yo esperaba. No iba a ser un artículo blando ni condescendiente, y muy probablemente

intentaría hablar con gente allegada a mí.

Estás perdiendo el control, Jacob; me regañé en voz baja, pasándome una mano por el cabello. *¿Qué son estas ensoñaciones de adolescente? No puedes permitir que esto vaya más allá de una simple entrevista…*

Pero la verdad era que ya había ido más allá de eso. Desde el momento en que la vi en persona, en mi despacho, supe muy bien que no sería capaz de mantener mi distancia por mucho tiempo. Había algo en ella que despertaba algo primario en mí, algo que había estado dormido durante demasiado tiempo.

Me alejé de la ventana y me dirigí hacia el bar, sirviéndome un vaso de whisky y tratando de calmar los latidos frenéticos de mi corazón. No podía permitirme perder el control, no cuando había tanto en juego.

Di un pequeño sorbo y lo aparté enseguida. No quería caer en eso de nuevo. El alcohol me había traído problemas en el pasado y no podía recurrir a él cada vez que algo me perturbase…

A lo mejor ha sido un error dejarla entrar aquí.

Pero incluso mientras intentaba convencerme a mí mismo de mantenerme alejado de Olivia, recordé la manera en que su piel había rozado la mía cuando me estrechó la mano, o la forma en que su risa había resonado en la habitación mientras hablábamos. Había una conexión entre nosotros que era imposible de ignorar.

¿Alejarte de ella? ¿No volverla a ver? Suerte con eso, Burnside.

Tomé el vaso de nuevo y di otro largo trago de whisky, dejando que el calor del licor se extendiera por mi cuerpo y me calentara desde adentro. Sabía que no podía permitirme ceder a esta atracción, no cuando había tanto en juego. Pero cuanto más intentase alejarme de Olivia, más me daría cuenta de que ya era demasiado tarde.

A veces solo necesitas ver a una mujer a un metro de distancia para darte cuenta de que te ha cautivado. No me atrevía a decir "enamorado" o "enamorado a primera vista", pero en ese momento ya sabía que no descansaría hasta que la tuviera a mi lado, aunque eso significara enfrentarme a mis propios demonios y desafiar a cualquiera que intentase separarnos.

Dejé el vaso sobre la mesa de una vez y me dirigí a mi escritorio, en la habitación contigua, donde la había recibido. Tenía mucho trabajo que hacer y debía apartarla de mi mente lo que quedaba de mañana; aunque sabía muy bien que eso era casi imposible.

Sonó el teléfono.

Era Patricia, mi secretaria.

—Jacob, te acabo de enviar los informes a tu correo. ¿Necesitas que me pase por ahí esta mañana?

—Gracias. No. Solo cancela todas mis citas para el resto del día.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. No solía generarle a mi

secretaria problemas de ese tipo, pero tenía otras cosas en la cabeza. Todo lo demás podía esperar.

—¿Estás seguro, Jacob? Tenías una reunión importante con Evan Cargill y su gente esta tarde.

—Segurísimo. Yo lo llamaré personalmente, no te preocupes.

Protestó sutilmente, pero al final colgó el teléfono. Me quedé contemplando las tranquilas aguas del Hudson a través de mi ventana, más allá del parque Rockefeller. Después cogí de nuevo el teléfono móvil y llamé al jefe de redacción del New York Post, Troy Fuller.

Hacía tiempo que nos conocíamos.

Y él me debía favores. Y no solo uno. Así que no me sentí en absoluto culpable cuando le dije:

—No admitas su texto tal y como te lo presente. Necesito que le pidas a Olivia Taylor que vuelva a verme. Fui un poco… genérico con mis respuestas y olvidé contarle algo. Algo que es hora de que el mundo sepa.

CAPÍTULO 3

OLIVIA

—Anímate —me dijo Megan.

Como si fuera tan fácil.

—Es que no lo entiendo, Meg. La semana había empezado bien. Me confirmó la entrevista. Fui a verlo. Respondió a todo. Y ahora el encargo se viene abajo.

—Troy es un idiota. Yo nunca me fie de él.

A veces la envidiaba. Hacía tiempo que Megan había dejado de intentar ser periodista; algo con lo que yo seguía obsesionada. Y se la veía feliz. Relajada. Había conseguido un trabajo en el Museo Guggenheim y llevaba ahí dos años. Había empezado en la recepción, encargándose de la venta de entradas para grupos de visitantes. De ahí no le había sido difícil pasar al departamento de comunicación. Y allí seguía, cada vez más interesada por el mundo del arte. Yo, por contra, seguía empeñada en destacar en una profesión precarizada que poco a poco iba perdiendo el alma.

—Si esto no sale adelante, lo dejo —anuncié.

Meg se rio.

—Si hay alguien que lo va a conseguir, esa eres tú, Liv. Nunca he conocido a nadie más empecinado en dedicarse al periodismo de investigación. Y creo que estás en el sitio y en el momento adecuado. Solo tienes que persistir un poco más. No te rindas con lo de Burnside.

El reportaje no se había caído del todo. Troy sabía muy bien que la entrevista había tenido lugar. Había conseguido entrar en la fortaleza de Jacob Burnside. Había accedido a hablar conmigo. Me había dado luz verde para aquello, para dirigirme a él en nombre del New York Post y, de repente, ¿no le interesaba publicarlo?

Mi amiga Megan sorbió su té helado, pensativa. Desde que tenía un trabajo de ocho a cinco de la tarde siempre estaba disponible para atender mis pequeñas crisis personales y profesionales.

—Tengo que irme a preparar un nuevo cuestionario.

—¿Para qué? Vamos a ver, Olivia. No sé si lo he entendido bien. Troy te ha dicho que vuelvas a hablar con él. ¿Que repitas vuestra conversación? Eso no tiene mucho sentido…

—No, nonono. Simplemente me dijo que no podía publicar mi texto tal y como estaba. Que sentía que le faltaba “algo”. Que creía que no había aprovechado del todo la ocasión rarísima de hablar con Jacob Burnside. Lo dejó todo un poco en el aire. Me dijo: no sé, Olivia,

déjame que le de unas vueltas…y colgó.

—Y acto seguido te llamó el mismísimo *millonetis.*

—No, él no. Fue Patricia, su secretaria. Me dijo que Jacob había olvidado contarme algo en la entrevista. Algo que ahora le parecía importante. Le dije que podía llamarlo para no molestarlo de nuevo en su oficina, pero me dijo que bajo ningún concepto. Que el señor Burnside prefería encontrarse de nuevo conmigo en persona…No entiendo nada, Meg.

Mi amiga se encogió de hombros y buscó al camarero con la mirada.

—Cosas de ricachones, Liv. No le busques más explicación. ¿Y vas a ir a ver que quiere?

—¿Qué otra opción tengo? Lo del zoo tampoco parece que vaya a salir adelante.

Lo del zoo era un tema aparte. Era un reportaje que tenía en el cajón desde hacía semanas y que estaba a medias. Dios mío, qué horror. Estaba muy perdida. Lo que sí sabía era que me gustaba hacer entrevistas…y así se lo había confesado a Meg esa tarde.

—Sobre todo si el entrevistado es un tipo tan guapo como ese Jacob Burnside —dijo—. Dime algo, ¿es tan atractivo en persona como en la única foto que existe de él en todo internet?

Me reí.

—Lo es, pero con todo lo que tengo encima ahora mismo, ni se me ha ocurrido fijarme en…

—Ya, claro.

—Megan, querida, creo que deberías ya superar *Cincuenta Sombras de Grey*. Han pasado años desde que leímos ese libro.

Me lanzó una sonrisa pícara.

—No me digas que Burnside no te enseñó su mazmorra. Pues qué decepción.

—Dudo mucho que tenga una mazmorra. Y en todo caso, no estoy interesada.

Eso no era del todo cierto, pero ni se me pasaba por la cabeza que un hombre que juega en esas ligas pudiese hacer el mínimo caso a una periodista temblorosa y novata como yo. Y yo tenía otras cosas en la cabeza, como por ejemplo, sacar aquel maldito reportaje adelante.

Me despedí de Meg con un abrazo. Iba a ver un musical de Broadway con Alice, una compañera de trabajo. Le dije que tenía mucho que hacer y que no podía acompañarlas, pero la verdad era que no podía permitirme una entrada para Broadway ese mes.

Así de peliagudas estaban las cosas. Ya podía disimular todo lo que me apeteciese, pero necesitaba empezar a vender mis reportajes a la voz de ya si no me quería ver debajo de un puente.

Decidí caminar hasta casa. El estudio en el sur de Brooklyn en el

que vivía era minúsculo, pero llevaba ahí más de un año y era lo máximo que me podía permitir. Mis colaboraciones no daban para más. Y muy pronto, si las cosas no daban un giro de ciento ochenta grados, tendría que volver a vivir con la abuela Marcia en Queens.

El móvil sonó en mi bolso.

Era Patricia, la secretaria de Jacob.

Dios, ¿esa mujer trabajaba veinticuatro horas? Ni siquiera tenía la seguridad de que existiese realmente. Cuando fui a verlo no estaba con él. Solo había oído su voz, y a la velocidad a la que avanza la tecnología a día de hoy, no me sorprendería más que su agenda la llevase un robot muy eficiente y muy creíble. No terminaba de encontrar el rastro humano en su asistente.

—¿Podrías ahora? —preguntó.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Jacob tiene un hueco. Podría reunirse contigo en el bar del hotel Belvedere.

Belvedere, Belvedere…me sonaba mucho ese hotel. Es más diría que no estaba muy lejos.

Obviamente no iba vestida para la ocasión y me sentí muy tentada de decírselo así mismo a Patricia; pero sentía que esa era la única oportunidad que tendría para cerrar aquel tema.

Supongo que en ese momento aún no era capaz de reconocerme a mí misma que lo que quería era verlo de nuevo. Y ese posible encuentro que solo existía en mi cabeza ya tenía poco que ver con la dichosa entrevista. Era él. Su forma de hablarme y de mirarme, como si le despertase curiosidad. Su porte, su pelo perfecto, sus labios…

—Iré —le dije a su robótica secretaria—. Me pasaré por allí ahora mismo.

Colgué el teléfono móvil y lo guardé en el bolso. No necesitaba más coordenadas.

Mientras desandaba el camino que me llevaría hasta la seguridad de mi pequeño estudio, previo trayecto en metro, puse rumbo a la coctelería de la primera planta del Hotel Belvedere. El misterio se había multiplicado de repente; y yo no soy el tipo de mujer que se desentiende de un enigma.

CAPÍTULO 4

JACOB

Ya no tenía ninguna duda. Al verla entrar por la puerta del bar, consciente de que aquel no era su ambiente pero preparada para disimularlo, confirmé que estaba perdido. Aquella chica me gustaba. Mucho.

Nuestras miradas se cruzaron, como si ninguno de los dos tuviese pérdida. Olivia Taylor caminó hacia mí y pensé que ni siquiera eso era justo. Que era yo quien tendría que perseguirla. Siempre. Porque ella estaba allí luchando por su reportaje, y yo entorpeciéndolo con el único objetivo de volverla a ver. Y sospecho que si lo supiera jamás me lo perdonaría.

—Volvemos a encontrarnos —le dije, tratando de exhibir mi mejor sonrisa.

—Antes de lo esperado.

—¿Cómo estás?

Se encogió de hombros. La hubiese abrazado, pero no quería invadir su espacio. Bueno, sí que quería. Lo deseaba desesperadamente. Pero no soy un hombre que haga ese tipo de avances si no lo ve cien por cien claro.

—¿Qué quieres tomar?

Se encogió de hombros.

—Agua con gas.

—Yo tomaré un *spritz*, si no te importa.

—¿Por qué iba a importarme?

Estaba a la defensiva. Algo iba mal. En ese momento pensé que no conocía a Olivia Taylor en absoluto y que tal vez había sido un error convocarla a aquella reunión improvisada —en el reservado de una coctelería, nada menos.

Se sentó junto a mí en la barra. Nuestras rodillas estaban cerca, casi tocándose. Me jode admitir que me puse nervioso.

—Sabes que la entrevista se cayó, ¿no? —me dijo—. No estoy segura de que el jefe de redacción del Post la vaya a publicar.

—Bueno, no he leído tu texto, Olivia, pero estoy seguro de que no hay ningún problema con él. Más bien, diría que el problema es mío. Mis respuestas. Lo siento si fui esquivo y no contesté…de una manera que pudiese resultar interesante.

Olivia resopló. Parecía triste. Estaba preciosa y no parecía

consciente de eso. Su melena rubia me pedía a gritos ser acariciaba. Quería enroscar mis dedos en ella. Dios mío, no podía contemplar no llevármela a casa esa misma noche y acomodarla en mis brazos, en mi cama, hasta que se durmiera, después de arrancarle más orgasmos de los que pudiese contar con una mano.

—No lo sé. Está sobre su mesa desde hace un par de días. Le falta "algo". Eso es todo lo que me han dicho. Hasta que tu secretaria me llamó.

—Ah, sí. Patricia…

—Ella, ¿existe?

Me reí.

—¿Cómo que si existe? Por supuesto que sí. Estaría muy perdido en esta ciudad y en esta vida si no fuese por ella. Aunque apenas nos veamos.

—¿No os veis?

—No. No es necesario. Trabajamos de forma virtual.

—Espera, espera. ¿Nunca la has visto en persona?

—Me encantaría decirte que no para contemplar tu expresión de horror, Olivia; pero siento decepcionarte. Ella vive en Buffalo y maneja todos mis asuntos y mi correo electrónico desde allí. Es una mujer ocupada con una hija dependiente de veinte años. Trabaja desde casa y solo nos reunimos una vez al mes, más o menos. ¿Por qué? ¿Era esta una de las preguntas que te faltó el otro día?

Bebió un trago ínfimo de su agua con gas.

—No, claro que no. En realidad lo que me falta es una respuesta. Ella me ha dicho que tenías algo más que contarme. Y por eso estoy aquí. Entiendo que esto es una extensión de nuestro encuentro… aunque sea en un bar tan bonito y acogedor como este.

Respiré hondo.

Iba a compartir un trozo de mi celosa intimidad a cambio de una media hora de su tiempo. Parecía justo.

Los tipos como yo no suelen complicarse tanto.

Para nosotros conseguir un número de teléfono personal y hacer una llamada es un juego de niños. No tengo ningún problema en llamar a una mujer y proponerle una cena íntima. Pero sí lo tenía en hacer eso con Olivia. Porque estaba ese maldito reportaje entre nosotros y sentía que aquello se interponía en nuestro verdadero camino.

Respiré hondo y se lo solté:

—Voy a postularme como alcalde de Nueva York. En las próximas elecciones.

Abrió mucho los ojos. Creo que si estuviese bebiendo escupiría su agua con gas de la impresión. Su equilibrio se trastabilló, y temí que se cayese del taburete. Miré alrededor para asegurarme de que nadie

más me había escuchado.

—¿Cómo?

—Así es. Voy a dar el paso hacia la política. Si lo recuerdas, hay algo que te dije en la entrevista: lo que verdaderamente me motiva es hacer de este sitio, y me refería a esta ciudad, un lugar mejor. Supongo que no fui muy específico. Pero el alcalde Rochester ya sabe de mis intenciones…

—El alcalde cuya vida salvaste.

Me reí.

—Bueno, Olivia, cualquiera en mi lugar, con mis conocimientos de primeros auxilios, hubiese hecho exactamente lo mismo.

—Espera, espera. ¿Me estás contando esto *off the record*? ¿Hay alguna posibilidad de que…pueda escribir sobre ello? —preguntó, visiblemente nerviosa—. Te lo digo porque ni siquiera sé si Troy Fuller, el redactor jefe del Post, me lo admitiría. Sospecho que querría un reportero más experimentado para una noticia de esta magnitud…

Sujeté su codo. Agradecí íntimamente el contacto con su piel.

—Olivia, Olivia…espera un segundo. Te lo estoy contando a ti. Ya sabes que no soy alguien muy dado a hablar con la prensa. Siempre he mantenido mis negocios y finanzas para mí y para un círculo muy reducido de personas. Eso a partir de ahora va a cambiar, obviamente. No es que vaya a ser un libro abierto. Pero soy un excelente gestor y hay muchas cosas de esta ciudad que me gustaría mejorar. Y por eso quiero dar este paso.

Se puso en pie. Estaba nerviosa y yo necesitaba que se tranquilizase, porque tenía una propuesta que hacerle. Y si eso le había impresionado, lo siguiente que tenía que decirle iba a hacer que se desmayase.

—No sabes lo importante que es esto para mí, Jacob. Mi trabajo es lo único que tengo ahora mismo y si decides que yo sea la periodista que comunique tu campaña…

—Olivia, en realidad es solo un avance, pero el New York Post me parece la mejor opción. Aún no he terminado de formar mi equipo de campaña, pero en cuanto esté listo convocaremos una rueda de prensa al uso. Pero sí, creo que tu texto será perfecto para avanzar mi candidatura. Espero que entiendas que no pude contarte todo esto en nuestra primera reunión. Eso solo era una…toma de contacto.

Dios mío, iba a ir al infierno.

—Claro —asintió—. Lo entiendo. Solo espero que en la redacción acepten la nueva propuesta.

—Créeme, lo harán.

—No lo dudo.

Respiré hondo.

El silencio nos interrumpió y nuestras miradas se fundieron y se

hicieron cómplices.

Me acerqué y la besé, así de simple.

No pude.

No pude resistir su candidez y su cercanía.

Y mucho menos aún cuando ella estiró un poco su brazo y me acarició la nuca con sus dedos. Me correspondía. Tal vez había escogido el peor momento para hacer aquello, pero así lo sentí.

Así lo sentimos.

Por tanto no pude pedirle lo que necesitaba.

Me concentraría en lanzar mi campaña electoral.

Y en Olivia.

CAPÍTULO 5

OLIVIA

Esto es una locura. Acababa de colgar el teléfono y de recibir las felicitaciones de Troy, el jefe de redacción. El nuevo texto era un bombazo y… por supuesto que iba a salir publicado a toda página. ¿Cómo había podido dudarlo?

—En la portada —me había dicho—. Felicidades, Olivia. Es evidente que has causado una muy buena impresión en Burnside. No sé cómo lo has hecho, pero te has ganado su confianza, así que me gustaría que tuviésemos una breve reunión. Vamos a necesitar que estés pendiente de él durante su campaña. Ah, y por cierto, déjame que le dé unas vueltas a tu propuesta de reportaje sobre el zoo.

Alucinante. ¿Una breve reunión? De repente, ¿quería trabajar conmigo?

No fui demasiado expresiva con él al teléfono. Tenía cosas que hacer y mucho en lo que pensar. Para empezar, estaba esperando al chófer de Jacob. Vendría a buscarme y me llevaría a cenar con él, a uno de esos restaurantes en las alturas desde donde se divisan todas las luces de la ciudad.

Nuestra primera cita.

Nuestra primera cita real.

Estaba temblando delante del espejo, dando una última vuelta para comprobar cómo me sentaba aquel vestido. Era blanco, sí. Y no sé si estaba proyectando algo en concreto, pero es mi color favorito a la hora de vestir y quería aparecer ante él impecable. Inmaculada.

Mi teléfono vibró.

Era una llamada de un número oculto. Cogí mi bolso y bajé los tres pisos desde mi estudio en Brooklyn.

Frente a la puerta de entrada me esperaba un elegante BMW de color negro.

A medida que me acercaba al vehículo, una rendija se abrió en la ventanilla de la parte trasera. Unos ojos inconfundibles me escrutaban desde dentro. Cuando llegué, la puerta se abrió.

—Me encanta verte caminar hacia mí —me dijo Jacob.

—No te esperaba.

Parpadeó, sorprendido.

—¿No esperabas que pasara a recogerte?

—Esperaba solo a tu chófer.

—Pues espero que te acostumbres pronto a mi estilo, Olivia.

Subí al coche y me besó.

Habían sido unos días extraños. Habíamos pasado tiempo juntos, pero Jacob también me había dado espacio para trabajar en mi nuevo texto con calma. Algo que me sorprendió —mucho—, fue que no aprovechó nuestra repentina cercanía para pedírmelo antes de enviarlo a la redacción.

—Confío cien por cien en que harás un gran trabajo —me había dicho.

No quiso leerlo.

Había algo casi poético en su acto de auxilio con el alcalde Rochester. Le había salvado la vida pero en apenas unos meses le disputaría el mando de la ciudad. Era una gran historia y ese precisamente había sido el punto de partida de mi enfoque.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

—Oh, solo vamos a cenar. A uno de mis restaurantes favoritos.

El anuncio de su candidatura era público desde hacía dos días.

—Supongo que habrás recibido mucha atención estos días. ¿Cómo lo llevas?

Ya me había quedado claro que era un hombre bastante privado.

—Oh, por descontado. Lo llevo mejor de lo que esperaba.

Cuando llegamos a la zona del restaurante, al pie del rascacielos One Central Park, había allí dos o tres fotógrafos esperándonos. Dispararon sus cámaras en cuanto Jacob salió del coche. Rápidamente acudió a mi lado y me pasó la mano por la cintura. Una amalgama de sentimientos entró en conflicto en mi interior. Por una parte, sentí puro regocijo. No sé si estaba “marcando su territorio”, pero sí sabía que yo estaba en esas fotos y que irremediablemente se nos iba a relacionar. Y por otra, ¿quién había llamado a esos fotógrafos? ¿cómo sabían que llegaríamos a cenar exactamente a esa hora?

No seas paranoica, me dije. *Hay algo, pero en el fondo, no hay nada. Todavía.*

Jacob y yo aún no habíamos intimado. No habíamos pasado la noche juntos. Esa era la cuarta vez que nos encontrábamos y no habíamos pasado de unos intensos besos. Eso me había sorprendido, pero aceptaba que era un ritmo natural que nosotros mismos habíamos establecido. ¿Yo tenía prisa?

Lo miré de reojo. Sí. Me excitaba solo con verlo. No entendía que no quisiera arrancarme la ropa de una vez por todas, invitarme a su cama. Ni siquiera había estado aún en su casa. Tampoco me parecía un hombre especialmente paciente. Cuando quería algo, lo quería *ya*. Por eso no entendía muy bien que el tiempo se dilatase cuando estábamos juntos.

Supuse que era por el dichoso reportaje y su anuncio sobre la

candidatura a la alcaldía.

Pero eso ya estaba liquidado. Texto entregado y publicado. Ya podíamos conocernos a otro nivel.

Aunque tampoco quería ilusionarme. Era un recién llegado a mi vida. El problema era que llevaba casi una semana obsesionada con él. Se colaba en mis pensamientos a traición, a cualquier hora del día.

¿Iba a pasar esa noche?

Sabía muy bien que esa iba a ser mi perdición.

Que si Jacob Burnside me envolvía con sus brazos sin ninguna barrera entre nuestra piel no habría vuelta atrás para mí. Me advertía de eso a mí misma mientras entrábamos en el restaurante desierto, ignorando por completo que, por desgracia, ya me estaba enamorando de él.

Y pensé *por desgracia* porque esos fotógrafos en la puerta del restaurante me habían descolocado por completo.

¿Y si te estás equivocando?

Pero luego veía su sonrisa, la manera en que retiraba la silla para que me sentase en la mesa más bonita que había visto en mi vida y mis propias emociones me jugaban una mala pasada.

Jacob había cerrado el restaurante solo para nosotros. Y mañana tal vez toda la ciudad lo sabría. Llegaría a oídos de Meg y no podría negarle a mi mejor amiga que me estaba colando por el mismísimo Jacob Burnside, un misterioso millonario que aspiraba a gobernar una ciudad que parecía el mismo centro del universo.

—Estás espectacular, Liv.

Levanté la vista de mi *risotto* para encontrarme con sus mejillas encendidas y el brillo de sus ojos. No había posibilidad de que aquello no fuese real. Sería el mejor actor del mundo. Y además me había llamado Liv.

—¿Te importa si te llamo Liv?

—Claro que no, solo me ha sorprendido oírlo. Solo mi amiga Meg me llama Liv.

—Me encantará conocerla.

Miré a mi alrededor. El restaurante estaba en la penumbra, salpicado de luces cálidas y estudiadas. La comida estaba deliciosa.

—Esos fotógrafos…

—No tengo la menor idea de cómo se han enterado de que estaría aquí esta noche. Me temo que alguien del restaurante se ha chivado… pero, ¿sabes qué? No me importa. Siempre me he escondido, un poco por defecto. Pero esta noche es especial, estás a mi lado y no pienso ocultarme.

—Jacob, es que no sé si es muy prudente que…

—No solo es prudente, sino que es inevitable. Y por mí pueden seguirme de nuevo hasta mi casa, porque es allí donde tengo la

intención de llevarte en cuanto se lleven el segundo plato.

CAPÍTULO 6

JACOB

Lo del segundo plato lo había dicho porque el postre debía ser mucho más privado. Y Olivia era lo suficientemente lista para entenderlo. Estaba espectacular esa noche. Un ángel vestido de blanco. Solo que mucho más sexy. No podía —y no pensaba— dejarla escapar.

Así que levanté un dedo para que cargasen la cena a mi cuenta, junto con todos los gastos derivados del cierre del restaurante, y nos fuimos de allí.

Yo tampoco entendía muy bien qué había sucedido en la entrada del edificio. Lo de esos fotógrafos no estaba previsto. Nunca me había pasado algo así, y a decir verdad no sabía muy bien cómo lo iba a gestionar.

No me importaba en absoluto que me retratasen con Olivia Taylor, la flamante nueva redactora del New York Post. En absoluto. Era perfecta. Y la quería a mi lado todos los momentos del día.

En la última semana había intentado limitar el contacto un poco, marcar la distancia justa para que ella pudiese terminar su reportaje sobre mi candidatura. Pero había sido muy difícil no llamarla, no intentar estar con ella a todas horas. Jodidamente difícil.

Y mientras me miraba encima de aquella cena había decidido que no podía esperar más. Necesitaba estar a solas con ella. Completamente a solas. Tenerla solo para mí.

Mi casa era el lugar perfecto, por muchos motivos. Estaba en una calle tranquila en el Upper East Side, no muy lejos de Central Park. Me encantó ese edificio desde que decidí comprarlo e instalarme allí, pero nunca había sentido ninguna conexión emocional particular con él hasta que llegué con Olivia.

Se paseó curiosa por el vestíbulo de mi salón. Admiró el corte de las lágrimas de vidrio de la lámpara que lo presidía, el candelabro del comedor y las molduras ornamentadas. Y el papel de la pared le gustó tanto que incluso se acercó a él para acariciarlo. Detalles que sinceramente, yo ni siquiera había notado.

—Contraté a un decorador —le dije, mientras me acercaba a ella consciente de que por fin estábamos solos.

—Jacob, yo…nunca he tenido mucho dinero —manifestó, encogiéndose de hombros—. Pero si lo hubiese tenido creo que mi

primera inversión habría sido un papel como este. Bueno. Tal vez la casa iría primero…

—Creo que aún no te he dicho lo ingeniosa que me pareces —dije, aprovechando la oportunidad para dejar que mi mirada recorriese su escote, y el resto de su silueta.

Caminamos hacia la sala de estar.

—¡Tienes un proyector! —exclamó emocionada.

—¿Quieres ver una película?

Se rio.

Podría jurar que los dos empezábamos a ser conscientes de cómo iba a acabar aquello. Nos acurrucamos en el sofá y ella, de inmediato, se acercó a mí. La estreché bajo mi brazo.

—Eres hermosa, Olivia. No puedo creer que estés aquí conmigo. Cada detalle que descubro sobre ti me vuelve loco.

Sus ojos azules brillaron mientras pasaba las yemas de sus dedos por mi hombro.

Suspiró.

—¿Sabes? Estaba pensando lo mismo de ti. Cuando me propusieron entrevistarte y vi tu foto, la única foto tuya que había en todo el maldito Internet, pensé que eras muy atractivo. Pero en persona, simplemente eres…

El proyector se había encendido, proyectando una luz blanca y dejándonos en la penumbra. Una de mis películas del Hollywood clásico empezaría en unos minutos si nadie lo evitaba.

Las palabras de Olivia parecieron perderse en sus labios cuando estos se acercaron a los míos, presionándolos en un tierno beso. Temblé. *Maldita sea, Burnside, estás temblando.*

Cada vez que rozaba su piel me olvidaba del mundo exterior, de mi pequeño imperio, de mi campaña electoral. Creo que gemí en el momento en que su lengua se aventuró en mi boca. De repente nuestros besos se volvieron más profundos y húmedos. El calor me invadía y por momentos me sentía el eslabón débil. Tenía que retomar el control, pero al mismo tiempo no estaba seguro de si estaba dando un paso en falso. No sabía si podría contenerme esta vez.

Me alejé unos segundos y la miré a los ojos.

—Liv, ¿quieres que vayamos a mi dormitorio? ¿Cómo te sientes si…?

Asintió. No percibí ni una sombra de duda. La cogí de la mano y recorrimos los pasillos que nos separaban de mi cama. Contempló mi dormitorio, asombrada.

—¿Duermes aquí?

—Casi todas las noches.

—En esta habitación solo hay una cama…

—Suficiente, ¿no crees?

La abracé y empecé a desabrocharle el vestido. Y no pude resistirme: un segundo después también el sujetador.

—Quiero verte, Liv…

Ella empezó a desabotonar mi camisa. Nos desnudamos despacio hasta que la última pieza de ropa cayó al cielo. Apenas podía mantener el ritmo de mi respiración.

Admiré su cuerpo, sus pechos. Eran increíbles. Perfectos. Redondos, grandes, coronados por unos pezones de color rosa. Su cintura se ensanchaba, terminando en unas caderas redondas y poderosas de las que no podía apartar las manos. Esto ya lo había adivinado, pero Liv poseía unas piernas largas y bien torneadas, y me moría de ganas de que me rodeasen.

Olivia tomó mi mano y nos hizo retroceder hacia la cama. Mientras se recostaba, con su melena rubia esparcida a su alrededor, la miré de nuevo, embelesado. Estaba absolutamente impresionante. Sabía que la seguiría hasta los confines de la tierra. Por si tenía alguna duda, sí, estaba perdido.

Nunca había estado tan excitado. Mi polla palpitaba por el inusual flujo de sangre. Tumbada sobre su piel sedosa, la besé con fuerza, encajando mi contundente erección contra su cadera.

—Necesito probarte— murmuré, esperando el travieso destello de asentimiento en sus ojos y esa perfecta arruga en su nariz antes de comenzar a besar su cuerpo.

Sus pequeños ruidos mientras lamía, casi devoraba, sus pezones y acariciaba sus pechos casi me sacan de mis casillas. Olivia jadeó, tirando de mi cabello. Sus hombros se movían contra la cama.

Creo que no dejé ni un centímetro de su piel por lamer y solo cuando había terminado de saborearla comenzó a moverse con frustración. Lo quería tanto como yo, estaba claro.

Me estiré para besarla de nuevo, amoldando sus labios a los míos hasta que ambos nos quedamos sin aire. Cubrí de besos el camino hacia su estómago, salté su montículo, arrastrando mis labios a lo largo de la parte interna de sus muslos mientras los abría, posicionándome adecuadamente.

—Recuéstate en la almohada para que pueda ver tus ojos.

Liv sonrió.

Miré su hermoso sexo de color rosa. Pasé los pulgares por su piel mientras la abría suavemente.

Comenzó a parpadear frenéticamente, ya agarrando la sábana mientras yo aplanaba mi lengua, lamiendo su coño mientras ella soltaba un pequeño gemido. A ese le siguieron otros, cada vez más intensos. Esos ruidos me dejaron indefenso. Era esclavo de todos ellos y de cada uno de sus movimientos. Mi lengua se deslizó a lo largo de su suave piel, explorando por todos lados mientras lamía su dulce

humedad. Coloqué mi lengua plana contra su clítoris, la mantuve quieta mientras pasaba uno de mis dedos por su pliegue varias veces antes de deslizarme dentro. Su respiración se entrecortó, mientras su cuerpo se tensaba.

—Tranquila, cariño— susurré, haciendo círculos con mi lengua perezosamente alrededor de su clítoris mientras sacaba y metía mi dedo.

—¿Es demasiado? —le pregunté.

—Sí. Quiero decir, no. Es asombroso. Es simplemente… demasiadas sensaciones a la vez.

Se me ocurrió algo.

—Iré con mucho cuidado. Agárrame con fuerza del pelo. Estira si quieres que te lo haga más fuerte. Hacia ti. Y empújame si es demasiado para ti. Está en tus manos. Estás al mando, Liv. Lo sabes, ¿verdad?

Su adorable sonrisa casi me destroza. Sus dedos se enroscaron en mi cabello mientras yo bañaba su clítoris con pequeños lamidos. Sus caderas se movían a mi ritmo y sentí que poco a poco se relajaba. Noté como se cernía más y más sobre mi lengua, como si quisiera montarla. Me apretó más fuerte. Respondía lamiendo con más intensidad, con movimientos bruscos hacia arriba.

Soltó un grito de placer, largo y grave, como un animal entregado a su instinto. Era todo a la vez: lujuria, frustración y asombro. Sus dientes se clavaron en su labio inferior mientras gemía:

—Yo…voy a…

—Sí —gruñí con fuerza, presionando mis dedos y lengua aún más rápido.

Sus pechos desnudos se agitaban mientras jadeaba. La sentía mía. Toda para mí. Y eso, teniendo en cuenta lo obsesionado que estaba ya con ella, era la mejor de las noticias.

Sus ruidos entrecortados alcanzaron su punto máximo con un gemido fuerte y ronco: el sonido más ardiente que jamás había escuchado. Su orgasmo pareció extenderse por todo su cuerpo. Cada centímetro de su piel temblaba, mientras sus muslos ya me rodeaban.

Sentir que Olivia se entregaba a mí de esta manera era algo que nunca olvidaría. Cada detalle de esa noche se quedó grabado en mí para siempre.

Sus jugos fluían aún más intensamente ahora. Soltó mi cabello mientras bajaba, parpadeando mientras me miraba a los ojos.

Subí hasta encontrarme de nuevo con su boca, que se sentía más hambrienta. Moviéndonos el uno contra el otro, sus besos eran sucios y salvajes; y fue entonces cuando su pierna se enredó alrededor de la mía.

Me detuve un instante.

—¿Intentas decirme que quieres más?
—Sí. Por favor.
—¿Quieres que llegue hasta el final?
El escalofrío que la atravesó me llegó al alma.
—Sí.
No dejé pasar ni un segundo. Necesitaba sentirla. Era como si tuviera hambre y solo ella pudiese saciarme. En ese momento, mientras me preparaba para entrar despacio en su cuerpo y subir al séptimo cielo, pensé que no sería capaz de explicarle aquello a nadie con palabras, así que siempre me lo guardaría para mí.
Bajé los ojos y aprecié una mínima sombra de duda en sus ojos.
Me detuve.
—Olivia, dime qué pasa. Podemos parar y dormir abrazados, solamente. Si es lo que quieres. Eso estaría perfecto.
Para mi alivio, ella se echó a reír.
—No, no quiero parar. Solo estoy nerviosa. Yo nunca…
Algo se congeló en mi garganta.
Dios mío.
Era su primera vez.
—¿Estás segura? —me agaché para besarla.
—Cien por cien segura.
Me hipnotizó con su mirada de deseo. Empecé a presionar poco a poco en su interior, estudiando cada una de sus reacciones.
¿Cómo puede un hombre tener tanta suerte?
Podía sentir una amalgama de emociones extendiéndose desde el centro de mi pecho. Estaba enamorado.
¿Cómo ha podido suceder esto tan rápido, Burnside?
Mi corazón ya le pertenecía a ella.

CAPÍTULO 7

OLIVIA

Seguro que cuando pasara esa noche me mortificaría preguntándome si había hecho bien en decírselo, en hacerle saber que nunca había estado con un hombre "hasta el final", a pesar de que ya hacía unos años que había dejado atrás la universidad. *A lo mejor no me cree*, pensé, aún debajo de su cuerpo, retorciéndome de deseo.

Jacob se abrió paso en mi cuerpo como un golpe de viento de verano que abre una ventana. Lo necesitaba. Sentía cómo se amoldaba a mí centímetro a centímetro.

Después de ese orgasmo alucinante, estaba tan mojada y abierta que mi cuerpo parecía completamente listo para él. Sentía un hormigueo en los pechos, mis muslos se apretaban alrededor de sus caderas y cada parte de mí ansiaba esta intrusión.

Los ojos de Jacob parecían estudiar mi expresión. Me encantó lo atento que estaba. Su cálido aliento recorrió mi mejilla.

—Me encanta la sensación de tu carne caliente a mi alrededor, cariño.

Su voz profunda todavía era suave, pero había una urgencia en su tono que me electrizó.

Aunque sólo estaba unos centímetros dentro de mí, me sentí cambiada. Ya nada iba a ser igual. Sabía que lo que vendría sería incómodo por un momento, así que agarré la parte posterior de su cuello, presionando contra su cuerpo duro como una roca.

Su boca se derritió contra la mía, besándome fuerte y profundamente mientras sus caderas se movían despacio. Sus dedos se movieron entre nosotros. Abrió los labios de mi coño para que su eje se frotara más firmemente contra mi clítoris con cada pequeña embestida.

Un extraño sonido gutural se me escapó mientras se hundía un poco más. La sensación de su cuerpo entrando en el mío, mi carne húmeda estirándose a su alrededor, no fue exactamente dolorosa, pero fue... intensa.

—Estás tan prieta, cariño…Me encanta —jadeó.

Su cuerpo grande y musculado sobre el mío me hacía sentir minúscula, pero también protegida.

—Más —supliqué, abriendo un poco más las piernas.

Eso le hizo perder el poco control que le quedaba. En ese instante

sentí que Jacob llegaba hasta el fondo. Se desató un vaivén de consecuencias insospechadas que nos condujo irremediablemente hasta un orgasmo, un segundo clímax para mí, al que me aferré como si fuese el último de mi existencia.

Jacob se derrumbó sobre mi piel sudorosa, acurrucándose entre mis pechos y dejándose acariciar. Solo por unas horas, hasta que el sol nos interrumpió, fue un hombre normal y corriente, desnudo, que solo quería que lo acariciasen.

Que lo acariciase yo.

Solo que cuando me desperté, él ya no estaba allí.

No le deseo a nadie despertarse en una cama ajena, en un dormitorio desnudo en el que solo hay un mueble.

Sola.

Me levanté de la cama de un salto y me vestí, dispuesta a reconocer el territorio. A lo mejor sí estaba en casa, tal vez perdido en aquel laberinto de hogar en las alturas.

—¿Jacob? —le pregunté a aquel ático.

No estaba.

Volví al dormitorio y me encontré un post-it de color verde pegado en la puerta blanca. Aunque era difícil no verlo, no entendía muy bien por qué Jacob no me había despertado si tenía que irse. Recordé en ese momento que a Carrie Bradshaw alguien la había dejado mediante un post-it.

Me acerqué para leer. Eran un puñado de palabras pulcras y bien formuladas:

Me preparaba para ir a buscar un buen desayuno a mi sitio favorito y traértelo a la cama —Rod tiene el día libre. Pero he de atender un asunto urgente en la oficina de campaña. Si te despiertas antes, por favor, desayuna sin mí. Volveré antes de que parpadees.

Respiré hondo. Rod era su chófer. Obviamente Jacob no estaba allí tras mis incesantes parpadeos. Decidí que me iría enseguida. No tenía la menor idea de cuándo se había marchado. No lo había oído salir de la cama.

Fui a la cocina y abrí la nevera. Cogí una mermelada austriaca y busqué pan. Había una carísima cafetera Marzocco y una colección de tazas blancas y elegantes, todas idénticas.

Mordisqueé el pan y me sentí casi violentada después de abrir la nevera. Busqué mi móvil para ver si tenía algún mensaje. ¿Cuánto tiempo estaba dispuesta a esperar? Cuando noté la cafeína circulando por mi cuerpo y reactivando mis seis sentidos decidí que iba a quedarme un rato más, no tanto por volver a Jacob, algo que ansiaba, sino para disfrutar la sensación de estar sola en aquel apartamento

enorme y perfecto.

Cuando digo “la sensación de estar sola” me refiero, por supuesto, a echar un vistazo. No a husmear, sino a familiarizarme con las estancias de la casa.

Lo que sea.

Como queráis llamarlo.

En los últimos años estaba haciendo un esfuerzo por evitar esa mala costumbre de justificarme a mí misma.

Atravesé el pasillo principal y me asomé a una habitación con libros. En el medio, junto a un gran ventanal, había una enorme mesa de trabajo.

Entré en el despacho de Jacob.

Observé su biblioteca y presté atención al tipo de libros que se agolpaban allí. Había muchas biografías de políticos y de los grandes empresarios *tech*. No sabría decir si Jacob habría leído todo aquello o si los tenía *por defecto*.

Su ordenador Macbook estaba semiabierto en mitad de la mesa. Allí no había nada más.

Me detuve un instante antes de hacer lo evidente: abrir la pantalla del todo.

No había clave de seguridad alguna. Algo habitual en la gente que vive sola.

De repente visualicé a mi amiga Meg en aquella situación, de pie delante del ordenador portátil de alguien como Jacob Burnside. Diría que ella es una de esas personas sensatas que se caracteriza por tomar buenas decisiones, y por tanto, le está yendo bastante bien en esta jungla que es Nueva York. Es práctica, no se complica, intenta que sus emociones no decidan por ella —aunque todas sabemos lo difícil que es eso.

Opino que ella también habría echado un rápido vistazo a aquella bandeja de entrada.

Había muchos emails de Patricia, la asistente robótica y virtual —para mí, al menos— de Jacob. Abrí los tres primeros. Eran insulsos y breves. Recibía muchos correos de ella todos los días, así que entendí enseguida que la relación laboral era estrecha por una firme necesidad.

Observé también que había varios e-mails relativos a su incipiente campaña electoral. Miré su silla de cuero, pero no me atreví a sentarme. Tal vez eso implicaba dejar la marca de mis nalgas en aquel cuero de color granate.

Escogí un e-mail al azar y lo abrí de pie, junto a la mesa, de pasada. El corazón me latía con tanta fuerza como hacía unas horas, cuando Jacob había irrumpido en mi cuerpo provocándome sonrojantes oleadas de placer.

El “asunto” del e-mail era “Puntos reunión”, y constituía una especie de resumen de una reunión mantenida entre Jacob, Patricia y su nuevo y flamante equipo de campaña, del que parecía destacar un tal Patrick.

Mis ojos se deslizaron a toda velocidad en aquellas líneas. En un principio no era nada amenazante ni fuera de lo común. Era un resumen de lo que se había hablado en esa reunión: ideas, pasos a seguir, cosas que iban a necesitar, tareas a repartir entre los diferentes miembros del equipo.

Fue el punto siete lo que me hizo cerrar aquel ordenador como si fuese radioactivo:

7. Todos coincidimos que lo mejor para Jacob sería abordar el inicio de una campaña acompañado de una mujer. Necesitamos una presencia femenina en su vida para convencer al votante medio y para aportar una dimensión que vaya más allá del exitoso hombre de negocios que ahora prueba suerte en la política.

¿Qué?

Releí aquellas líneas para asegurarme de que no eran un producto defectuoso de mi imaginación.

Una presencia femenina en su vida.

Mi corazón latía desbocado.

Recordé la extrañeza que me había causado la presencia de aquellos fotógrafos en la puerta del restaurante.

¿Eso era yo?

¿Una herramienta política en pre-campaña?

Sentí una náusea. No debería haberme comido aquella mermelada extranjera.

Agradecí infinito haberme vestido nada más salir de aquella cama, porque eso significaba que no iba a perder ni un minuto más en casa de Jacob Burnside. Abandoné la habitación, cogí mi bolso, que había quedado junto al proyector del salón, y salí de allí.

Supongo que, aunque a mitad de camino me pregunté si había cerrado aquel maldito e-mail, también agradecí haber escogido las escaleras para huir de la vida del futuro alcalde de la ciudad, y así evitaba cruzarme con él. Mientras yo corría hacia la calle, él subía para no encontrarme ya en su cama deshecha.

CAPÍTULO 8

OLIVIA

Mi teléfono parpadeó por enésima vez. Era Jacob, claro. Llevaba varios días tratando de localizarme, pero no estaba preparada para hablar con él. Había decidido ser, por una vez, egoísta. Pensar en mí y en deshacer primero el entuerto que me estaba colapsando.

No afrontar aquello no era precisamente una actitud adulta. La cuestión era que, me moría de ganas de verlo, pero mi estúpido orgullo me lo impedía. Tampoco quería reconocer que había fisgoneado en su correo electrónico, porque no era algo de lo que me sentía orgullosa.

Tal vez estamos empatados, pensé.

No sé, sentía que todo se había enturbiado y que había sucedido en el peor momento. Cuando había llegado hasta el final en la cama con el único hombre que podía llegar a interesarme, a pesar de las circunstancias y su inminente candidatura como alcalde.

Leí su mensaje sin abrirlo, para que él no supiese al cien por cien si lo había recibido o no.

Aunque Jacob Burnside no era precisamente tonto.

Liv, necesito verte. No sé muy bien dónde he fallado, aunque lo sospecho. Si podemos hablar, te aseguro que haré lo que esté en mi mano para arreglarlo.

Suspiré. Aparté el teléfono. Aquel trozo de plástico era mi único vínculo con él y sabiendo que solo tenía que teclear en esa pantalla para retomar las cosas en el punto exacto en el que las habíamos dejado más me valía mantenerlo fuera de mi alcance.

Llevaba tres días sin salir de mi apartamento. El timbre había sonado en un par de ocasiones y me temía, no lo sabía con seguridad, que a lo mejor había sido él.

Vagué una vez más desde la cocina hasta mi cama, una distancia francamente minúscula. Hundí mi cara en la almohada y recordé cómo me había sentido entre sus brazos, en sus sábanas. Me mortificaba la idea de que no fuese a volver a suceder, que hubiese sido mi primera y última vez en aquel dormitorio.

Censuré una lágrima que amenazaba con resbalar por mi mejilla. ¿Para qué? Si ya había llorado bastante y me fastidiaba reconocerlo, porque era de las que pensaba que lamentarse servía de poco.

Levanté la cara de la almohada y vi, en mi escritorio minúsculo apostado en un rincón, mi ordenador portátil abierto. Había estado intentando escribir, trabajar en el reportaje sobre el zoo que le había prometido al Post. Sabía muy bien que a Troy no le fascinaba el tema, pero quería que estuviese “contenta”, para que les echase una mano con la campaña para la alcaldía de Jacob. Sinceramente, necesitaba el trabajo como agua de mayo pero era lo que menos me apetecía en ese momento.

Mi teléfono volvió a sonar.

Era, precisamente, el jefe de redacción del New York Post. Lo dejé sonar tres veces. A la cuarta, atendí la llamada. No podía permitirme perder un trabajo como aquel.

—Hola, Troy.

—Vaya, no suenas muy entusiasmada…

Intenté sonreír para transmitirle al menos que estaba viva.

—Solo un poco cansada. Pero dime.

—¿En qué andas estos días?

Estuve a punto de decirle de la manera más pasivo- agresiva posible: *sabes perfectamente que sigo con el reportaje de investigación sobre el zoo.* Pero cambié el chip a toda velocidad.

—Sigo documentándome para lo del zoo. ¿Recuerdas que ya hablamos…?

—Sí, sí. Escúchame, Olivia, en realidad no te llamo por eso. Me han llegado unas fotos…peculiares. Y, por deferencia, quería comentarlo contigo antes de tomar una decisión. ¿Estás cerca de tu ordenador?

—Sí.

—Vale. Te las estoy enviando ahora mismo.

Ya sabía perfectamente qué me iba a enviar pero aún así me levanté de un salto y abrí mi correo con el corazón en un puño.

Eran cuatro imágenes que no dejaban lugar a muchas dudas.

Allí estábamos, Jacob y yo, con nocturnidad, entrando a cenar en uno de los restaurantes más exclusivos y lujosos de Manhattan. Él miraba de reojo a los fotógrafos y yo miraba el suelo, pero sonreía. Él pasaba su mano izquierda por la parte trasera de mi cintura.

—Siento tener que preguntarte esto, Olivia, pero…¿estáis liados?

No contesté.

No tenía por qué.

Por suerte el idiota de Troy no era alguien que se sintiese muy cómodo con los silencios.

—Discúlpame, supongo que no es asunto mío. Pero es que tiene que ver con el motivo original de mi llamada…No sé si ya lo sabes, pero mañana es la rueda de prensa oficial de la campaña de Burnside. Y me gustaría que estuvieses allí, como reportera del New York Post.

Si me dices que sí, te haré llegar nuestras credenciales con un mensajero en esta misma tarde.

Resoplé.

Sabía que no podía decir que no. Era mi maldito trabajo estar ahí.

Tienes toda la noche para mentalizarte, Liv. Tú misma.

—Troy, mira, esas fotos…

—No. No te preocupes por eso ahora, Olivia. No las voy a publicar. Ahora mismo estás en mi equipo, aunque no formes parte oficialmente de nuestra plantilla. Eso podría cambiar. Me gusta el trabajo que estás haciendo y, oye, la manera en que manejas tus fuentes…no creo que sea asunto mío. Ni de nuestros lectores.

—¿Sabes si se han enviado a alguien más?

—¿Si las tiene algún otro periódico?

—Eso es.

—No. No lo creo. Y tampoco se han filtrado en las redes. Es que ahora mismo no son del todo relevantes, Olivia. Jacob Burnside es solo un candidato más. Creo que tiene serias posibilidades de convertirse en alcalde si juega bien sus cartas. Y a medida que los ciudadanos lo conozcan querrán saber más sobre él. Y querrán saber quién es la periodista que lo acompaña. Pero no tienes que preocuparte de nada. No son fotos comprometidas. Burnside no es un candidato problemático. Aunque supongo que tú todo eso ya lo sabes ... mejor que yo.

Respiré hondo.

—Está bien, Troy. Envíame esa acreditación y la convocatoria para mañana.

—Perfecto. No esperaba menos de ti. Necesitaré el texto a mediodía. Enviaremos un fotógrafo y te enviaré su contacto por e-mail.

Colgó sin despedirse.

Tragué saliva.

No parecía que lo de las fotos le hubiese impresionado demasiado. Probablemente estaba curado de espantos.

Me senté delante del ordenador. Llegó un nuevo correo suyo, con la invitación para la rueda de prensa de Jacob. Eché un nuevo vistazo a las fotos. Me fijé en la segunda y la tercera. En ellas Jacob ya no miraba a las cámaras. Me miraba a mí, embelesado.

Mierda, pensé. *Ya es demasiado tarde. Estoy enamorada.*

Sabía que nuestro encuentro, más allá de mi trabajo, era inevitable. Me pregunté si tenía tiempo de confeccionarme una armadura resistente, si podía proteger mi corazón de lo que podía llegar a hacer Jacob con él si así lo deseaba.

Tenía motivos para ello.

Abracé mis rodillas, traté de reconfortarme a mí misma.

Al día siguiente todas las incógnitas se desvelarían y podría pensar con un poco más de claridad.

O eso esperaba.

CAPÍTULO 9

JACOB

Eché un vistazo a la sala repleta de periodistas. Miré a mi izquierda, buscando la mirada serena de Patricia. Había logrado venir para la presentación ante la prensa de mi candidatura y estaba infinitamente agradecido por ello. Más que nunca necesitaba rodearme de gente de confianza.

Estaba nervioso.

Y sabía muy bien que esa inquietud no tenía nada que ver con mi presentación en sociedad. Con la revelación de mi proyecto. Tenía que ver con Olivia. El motivo era que sabía perfectamente que ella podía estar allí, en aquella marea de cámaras y murmullos. Es más, debería estar allí.

Y estaba más o menos convencido de ello porque era la única razón por la que había convocado esa rueda de prensa más o menos urgente, a pesar de que mi equipo me lo había desaconsejado. Todo el mundo quería que esperase al menos una semana más.

El problema era que yo no podía esperar una semana más para volver a verla.

Patricia me distrajo un segundo. Puso una botella de agua sobre el atril.

—¿Todo bien, Jacob?

—Sí.

—¿Tienes todo?

—Todo controlado, muchas gracias.

Paseé de nuevo la vista por la sala. Seguía sin verla, y eso me destrozaba. Calculé a ojo cuántas personas podría haber allí. ¿Cien? ¿Ciento cincuenta? Y aún así si Olivia estuviese allí la encontraría entre un millón, tal era la luz y el magnetismo que irradiaba.

El volumen del murmullo en la sala empezó a menguar, como si los presentes deseasen que empezara a hablar. Miré a Patrick Godmann, mi mano derecha en el camino hacia la alcaldía. Uno de mis colaboradores de mayor confianza. Me hizo un gesto con la mano para que empezase a hablar de una vez.

Carraspeó un poco. No podía esperarla más.

—Buenos días. Quiero daros las gracias a todos por estar aquí esta mañana. Especialmente con tan poco tiempo, con un aviso tan repentino por nuestra parte. No podía esperar más para desvelaros los

planes que tengo para esta ciudad y sus habitantes.

La pantalla a mi espalda se encendió. Continué hablando, detallando punto por punto todos los proyectos que habíamos redactado en el programa. En cuanto logré concentrarme en todo lo que quería contarles, todo fue como la seda. Uno de mis puntos fuertes era hablar en público. Siempre se me había dado bien, desde que era un estudiante.

Solo hubo un segundo en el que tuve que recurrir al viejo truco de la botella de agua, el momento en que mi garganta se secó mientras los periodistas atendían a la parte visual de la presentación.

Ese fue el momento en que la vi, por supuesto.

No podía perdérselo. Al fin y al cabo esa, la mía, era su historia.

Olivia estaba al fondo de la sala, y no la había visto porque se había situado detrás de un fotógrafo alto y corpulento. Le lancé una mirada desde la distancia, rogándole que la interpretase como yo quería.

Con ella, quería decirle…

…que aquel estúpido punto de aquella maldita reunión no era una necesidad para mí. No necesitaba una mujer a mi lado para apuntalar mi campaña. Pero sí la quería. Solo si era ella.

…que no me importaba cómo se había enterado de aquello. No me importaba que Olivia hubiese visto mi correo porque jamás debería haberla dejado sola en una casa extraña después de haberla amado durante toda la noche. Yo también hubiese buscado respuestas. Yo, probablemente, habría hecho exactamente lo mismo.

…que…

Tantas cosas.

Quería decirle que me había enamorado en el momento más extraño de mi vida y que todo iba a ser mejor y más emocionante si ella me tomaba de la mano y me acompañaba en este viaje.

Quería decirle todo eso y no podía, porque centenares de ojos se clavaban en mí, buscando respuestas, y los míos se clavaban en los suyos, encontrándolos de pasada, como si la confianza entre nosotros estuviese herida de muerte.

Terminé la conferencia como pude y, rápidamente, abrí el turno de preguntas.

Esperé la suya, pero no llegaba.

No era una periodista conocida, a pesar de que su nombre sí había empezado a sonar, ligado al sorprendente anuncio de mi candidatura. Pero tal vez no mucha gente la reconocería en persona.

Le susurré a Patrick que solo admitiría cuatro preguntas, confiando en terminar pronto y poder interceptarla antes de que se marchara.

Señalé a la derecha, luego a la izquierda, contestando lo más relevante. Al final, se hizo un breve silencio. Mantuve mi mirada fija

en el fondo de la sala, y, como si le hubiese lanzado un poderoso hechizo, Olivia levantó la mano.

Patrick se me adelantó.

—Lo siento, era la última pregunta. Hemos de terminar…

—No, no —le interrumpí—. Una más.

Alguien le acercó el micrófono. El mar de ojos se posó entonces en Olivia y vieron lo que yo vi; un ángel sobre la tierra.

—Olivia Taylor, del New York Post —se presentó.

Un murmullo se extendió por la sala. La muchedumbre acababa de ubicarla a la perfección. Me pregunté quién de todos ellos habría visto ya las fotos que nos tomaron antes de entrar al restaurante.

—Hola, Olivia.

—Señor Burnside, ¿en qué momento le comunicó al alcalde Rochester que iba a disputarle el gobierno de la ciudad?

—Hace unas semanas.

—¿Fue el día que le salvó la vida?

Exhalé. No veía por dónde quería ir. Lo que sí tenía claro era que jamás mentiría en una rueda de prensa.

—Exacto. Fue ese mismo día.

—Verá. Esta misma mañana, antes de venir aquí, he hablado con el alcalde Rochester —dijo Olivia—. Al parecer hubo un malentendido. No se atragantó. Simplemente, su corazón dejó de latir cuando supo por usted mismo que iba a ser su principal rival. No fue un atragantamiento. Fue un infarto.

El silencio sepulcral recorrió la sala, cortante como el más afilado de los cuchillos.

Miré los papeles que tenía delante, aunque sabía muy bien que allí no había ninguna respuesta. Levanté la mirada y la fijé de nuevo en ella.

Solo está haciendo su trabajo, recordé.

Y lo hacía cada vez mejor.

—Eso es. Pero no me corresponde a mí dar parte de los contratiempos de salud del señor Rochester. ¿Cuál es la pregunta, Olivia?

—En realidad ya me ha dado la respuesta. Solo quería que confirmara este punto. Le dio una mala noticia y después le salvó…

Una de cal y otra de arena.

Noté cómo Patrick se movía inquieto detrás de mí. Quería que saliese de aquel atolladero a la voz de ya.

—Bueno, Olivia, desafortunadamente a veces no podemos medir el efecto de nuestras palabras. Usted debe saberlo bien.

Un murmullo estalló en la sala, como si estuviésemos en mitad de un juicio.

—Bien, la rueda de prensa ha terminado —saltó Patrick, incapaz de

contenerse ni un segundo más—. Estaremos disponibles para aclarar cualquier duda que quede…

Salí corriendo de allí, sin detenerme a estrechar las manos que se interponían en mi camino.

Tenía un único destino: Olivia.

Sorteé a todos los presentes y salí a toda prisa tras ella. Huía de mí como si el hechizo de la reportera estuviese a punto de deshacerse, llegadas las doce del mediodía.

Bajé corriendo las escalinatas, y ella aceleró también el paso cuando se dio cuenta de que la seguía.

—¡Liv, espera! ¡Liv!

Solo cuando la alcancé y pude retenerla entre mis brazos me di cuenta de que era demasiado tarde. Varios fotógrafos, presentes en la sala, nos habían seguido y apuntaban sus objetivos hacia nosotros.

Y me daba exactamente lo mismo que nos viera todo el universo.

—Lo siento, Jacob, yo no puedo…

—No. Lo siento yo. No sé bien qué has leído, Olivia, pero no necesito una mujer a mi lado solo para que adorne mi campaña electoral. Eso fue solo una idea peregrina y anticuada de Patrick. Una idea que descarté personalmente.

Suspiró aliviada.

—Es que he cometido un error. No debería haber dejado que todo sucediera tan rápido. No mientras estoy intentando sacar esta maldita historia adelante, y Troy Fuller confía en mí.

—Siento haberte metido en esto, pero…¿crees de verdad que podíamos evitarlo? ¿Qué podíamos posponer lo que sentimos, Liv? ¿Calendarizar las ganas que siento de estar contigo?

—No sé si es posible, pero…

—¿Acaso aún no te has dado cuenta de que me he enamorado de ti?

Nuestras miradas se encontraron y se dijeron todo lo que faltaba por decir. Se perdonaron.

—Siento haber leído ese correo, Jacob. Me sentía tan avergonzada que…no he sabido encararlo. Ha sido muy infantil por mi parte no querer verte hasta hoy y aclarar las cosas.

La abracé.

Sabía muy bien que nos estaban haciendo fotos pero me daba exactamente igual.

—Olivia, lo dejaré ahora mismo. Si no quieres formar parte de esto, si no quieres estar a mi lado durante estos meses de precampaña, retiraré mi candidatura de inmediato.

—¿Cómo? ¡No!

Me besó.

Me encantó comprobar que nuestros besos seguían siendo igual de

eléctricos.

Vi a lo lejos cómo se acercaba Rod con el coche.

—Vamos, huiremos de aquí.

Y así fue como corrimos los dos de aquella escalinata en la que la alcancé, después de responder a sus difíciles preguntas. Amaba a Olivia Taylor y la necesitaba a mi lado. Estaba dispuesto a conseguir lo que ella me pidiese, o a renunciar a cualquier cosa a cambio de que ella se asentase como periodista. No tenía un papel fácil a mi lado y lo sabía muy bien. Pero mientras bajábamos la escalera, de la mano, supe que solo necesitaba despertarme todas las mañanas a su lado para saber que todo estaba bien.

EPÍLOGO

Seis meses después

JACOB

Apreté la mano de Olivia mientras todo el mundo guardaba silencio en la sala. Esperábamos los últimos resultados de las votaciones.

La noche anterior habíamos estado hablando sobre qué pasaría si perdía aquellas elecciones. Me había tomado el día libre y lo habíamos pasado en la cama, leyendo y viendo películas en el proyector. Ese era uno de mis pasatiempos favoritos, y me encantaba compartirlo con Olivia.

—Nada —me dijo, echando su cabeza sobre mi pecho—. Si no ganas no pasaría absolutamente nada. Lo importante es este camino, Jacob. Es curioso, pero si lo piensas, ha sido tu decisión de dedicarte a la política lo que hizo que nuestros caminos se cruzaran.

La había abrazado con fuerza. Sonreí, feliz.

—Tienes toda la razón.

Y estábamos allí, en aquella sala, rodeados de mi equipo de confianza, observando como Patrick revoloteaba nervioso, aguardando los últimos resultados.

Y yo, obviamente, sentía que con aquella mujer a mi lado, ya había ganado. Mi victoria tuvo lugar el día que presenté mi candidatura, en aquella escalinata del Palacio de la Prensa, cuando ambos nos hablamos con el corazón y nos fuimos de allí juntos.

No habíamos vuelto a dormir solos desde esa noche.

Le hizo un hueco a Olivia y a su ordenador en mi vida, en mi casa.

Vivíamos juntos y éramos felices.

—¡Un cincuenta y tres por ciento! —exclamó Patrick—. ¡Es nuestro!

—¿Qué? —grité—. Es una broma, ¿no?

Salí disparado hacia la pantalla donde se recogían los últimos votos escrutados.

Olivia me abrazó por la espalda y la sala se convirtió en un clamor.

—Lo sabía —me susurró—. No podía ser de otra manera. Los ciudadanos de Nueva York han visto exactamente lo que yo vi.

Nos besamos.

—Alcaldesa consorte —le susurré en el oído.

Liv se rio.

—Sobre eso tengo alguna duda —dijo entre risas—, pero estaré a tu lado para lo que necesites.

Mientras las luces de la ciudad parpadeaban, me alcé como el nuevo alcalde de Nueva York, con mi visión de un futuro mejor resonando en el aire. A mi lado, Olivia me observaba con orgullo y amor. Su presencia fue mi mayor fortaleza en ese momento de triunfo; en el que me presentaba victorioso delante de los medios y los ciudadanos.

Con la ciudad que jamás duerme a nuestros pies y el amor como nuestra guía, Olivia y yo nos enfrentamos a un nuevo capítulo de nuestras vidas juntos. Trabajamos codo a codo para hacer de Nueva York un lugar más justo y próspero, y con cada paso, nuestro vínculo se fortalece aún más, demostrando que el verdadero amor es capaz de superar cualquier obstáculo.

Y así, en medio de la grandeza y la majestuosidad de la ciudad que tanto amamos, Olivia y yo caminamos juntos hacia un futuro lleno de promesas, sabiendo que nuestro amor es más fuerte que nunca y que juntos, quién sabe, podríamos conquistar el mundo.

***

Si te han gustado estas historias, puedes leer más de la serie MILLONARIOS DE MANHATTAN en el primer volumen recopilatorio, que incluye las historias 1 a 4. Las encontrarás en ebook o papel aquí.

*****

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic aquí. Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

*****

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en mi página de autora de Amazon, donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?
¡No te pierdas mis series de relatos!
Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

El largo verano del amor
Un amor desértico
Un amor feroz
Un amor oculto

Millonarios de Manhattan
Millones de razones
Docenas de rosas
Altas dosis de protección
El yate del deseo
Fuego en la mirada
La rehén del millonario
La obsesión del magnate

No deberíamos
Algo atrevido
Algo arriesgado
Algo temerario
Algo prohibido

Hotel Paradiso
Las vacaciones que necesito
El océano que nos separa
El millonario que me espera
El náufrago que la sedujo
La estrella que se esconde
El detective que me sigue
El heredero que regresa
El mafioso que la reclama

Serie MINIS
Todo por un anillo (Minis #1)
Todo por una entrevista (Minis #2)
Todo por una tormenta (Minis #3)
Todo por una aventura (Minis #4)
Todo por una película (Minis #5)

Oficina WonderBooks
Lejos de su ambición
Cerca de tu mesa
Fuera de mi alcance
Hasta que fue inevitable

Las hermanas Alcott
Su eterna promesa
Su eterna presencia

Pasión sin fronteras
El turco

El profesor de inglés
La reportera
Mercurio retrógrado

Los hombres de la montaña
A ocho metros del leñador
A cinco minutos del guardabosques

Títulos independientes
¡No pienso besar al grinch!
La huida de Bella
La espía que te amó
El asunto Danvers
Cinco veranos hasta encontrarte
Catriona: un romance rockstar